

se

Carson McCullers

La balada del café triste



Bajo el título de uno de ellos, *La balada del café triste*, se agrupan en este libro varios de los relatos más significativos de la singular y sutil narrativa de Carson McCullers, que han accedido ya a la consideración de clásicos de la moderna literatura norteamericana y constituyen incursiones en la silenciosa, secreta y sagrada intimidad del alma de sus personajes. Narrados con un prodigioso sentido de la construcción, los relatos de Carson McCullers alcanzan una resonancia interior que va mucho más allá de su sencilla y directa observación de la realidad. El mundo punzante, desesperanzado y profundamente poético de Carson McCullers constituye, en palabras de Edith Sitwell el legado de «una escritora trascendental».



Carson McCullers

La balada del café triste

ePub r2.0

Titivillus 08.12.2018

Título original: *The Ballad of the Sad Café: The Shorter Novels and Stories of Carson McCullers*
Carson McCullers, 1951
Traducción: María Campuzano

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



LA BALADA DEL CAFÉ TRISTE

El pueblo de por sí ya es melancólico. No tiene gran cosa, aparte de la fábrica de hilaturas de algodón, las casas de dos habitaciones donde viven los obreros, varios melocotoneros, una iglesia con dos vidrieras de colores, y una miserable calle Mayor que no medirá más de cien metros. Los sábados llegan los granjeros de los alrededores para hacer sus compras y charlar un rato. Fuera de eso, el pueblo es solitario, triste; está como perdido y olvidado del resto del mundo. La estación de ferrocarril más próxima es Society City, y las líneas de autobuses Greyhound y White Bus pasan por la carretera de Forks Falls, a tres millas de distancia. Los inviernos son cortos y crudos y los veranos blancos de luz y de un calor rabioso.

Si se pasa por la calle Mayor en una tarde de agosto, no encuentra uno nada que hacer. El edificio más grande, en el centro mismo del pueblo, está cerrado con tablones clavados y se inclina tanto a la derecha que parece que va a derrumbarse de un momento a otro. Es una casa muy vieja: tiene un aspecto extraño, ruinoso, que en el primer momento no se sabe en qué consiste; de pronto cae uno en la cuenta de que alguna vez, hace mucho tiempo, se pintó el porche delantero y parte de la fachada; pero lo dejaron a medio pintar y un lado de la casa está más oscuro y más sucio que el otro. La casa parece abandonada. Sin embargo, en el segundo piso hay una ventana que no está atrancada; a veces, a última hora de la tarde, cuando el calor es más sofocante, aparece una mano que va abriendo despacio los postigos, y asoma una cara que mira a la calle. Es una de esas caras borrosas que se ven en sueños: asexuada, pálida, con unos ojos grises que bizquean hacia dentro tan violentamente que parece que están lanzándose el uno al otro una larga mirada de congoja. La cara permanece en la ventana durante una hora, aproximadamente; luego se vuelven a cerrar los postigos, y ya no se ve alma viviente en toda la calle. Esas tardes de agosto... Después de subir y bajar por la calle, ya no sabe uno qué hacer; en todo caso, puede uno llegarse hasta la carretera de Forks Falls para ver a la cuerda de presos.

Y lo cierto es que en este pueblo hubo una vez un café. Y esta casa cerrada era distinta de todas las demás, en muchas leguas a la redonda. Había mesas con manteles y servilletas de papel, ventiladores eléctricos con cintas de colores, y se celebraban grandes reuniones los sábados por la noche. La dueña del café era *miss* Amelia Evans. Pero la persona que más contribuía al éxito y a la animación del local era un jorobado, a quien llamaban «el primo Lymon». Otra persona ligada a la historia del café era el exmarido de *miss* Amelia, un hombre terrible que regresó al pueblo después de cumplir una larga condena en la cárcel, causó desastres y volvió a seguir su camino. Ha pasado mucho tiempo; el café está cerrado desde entonces, pero todavía se le recuerda.

La casa no había sido siempre un café. *Miss Amelia* la heredó de su padre, y al principio era un almacén de piensos, guano, comestibles y tabaco. *Miss Amelia* era muy rica: además del almacén, poseía una destilería a tres millas del pueblo, detrás de los pantanos, y vendía el mejor *whisky* de la región. Era una mujer morena, alta, con una musculatura y una osamenta de hombre. Llevaba el pelo muy corto y cepillado hacia atrás, y su cara quemada por el sol tenía un aire duro y ajado. Podría haber resultado guapa si ya entonces no hubiera sido ligeramente bizca. No le habían faltado pretendientes, pero a *miss Amelia* no le importaba nada el amor de los hombres; era un ser solitario. Su matrimonio fue algo totalmente distinto de todas las demás bodas de la región: fue una unión extraña y peligrosa, que duró solo diez días y dejó a todo el pueblo asombrado y escandalizado. Dejando a un lado aquel casamiento, *miss Amelia* había vivido siempre sola. Con frecuencia pasaba noches enteras en su cabaña del pantano, vestida con mono y botas de goma, vigilando en silencio el fuego lento de la destilería.

Miss Amelia prosperaba con todo lo que se podía hacer con las manos: vendía menudillos y salchichas en la ciudad vecina; en los días buenos de otoño plantaba caña de azúcar y la melaza de sus barriles tenía un hermoso color dorado oscuro y un aroma delicado. Había levantado en dos semanas el retrete de ladrillo detrás del almacén, y sabía mucho de carpintería. Para lo único que no tenía buena mano era para la gente. A la gente, cuando no es completamente tonta o está muy enferma, no se la puede coger y convertir de la noche a la mañana en algo más provechoso. Así que la única utilidad que *miss Amelia* veía en la gente era poder sacarle el dinero. Y desde luego lo conseguía: casas y fincas hipotecarias, una serrería, dinero en el banco... Era la mujer más rica de aquellos contornos. Hubiera podido hacerse más rica que un diputado a no ser por su única debilidad: a saber, su pasión por los pleitos y los tribunales. Se enzarzaba en un pleito interminable por cualquier minucia. En el pueblo se decía que si *miss Amelia* tropezaba con una piedra en la carretera, miraba inmediatamente a su alrededor para ver a quién podría demandar. Aparte de sus pleitos, llevaba una vida rutinaria, y todas sus jornadas eran iguales. Exceptuando sus diez días de matrimonio, nada había alterado el ritmo de su existencia hasta la primavera en que cumplió treinta años.

Fue en medio de una tranquila noche de abril. El cielo tenía el color de los lirios azules del pantano, y la luna estaba clara y brillante. La cosecha se presentaba buena aquella primavera, y las últimas semanas la fábrica había trabajado día y noche. Abajo en el arroyo, la fábrica cuadrada de ladrillo estaba iluminada, y se oía el rumor monótono de los telares. Era una de esas noches en que se oye con gusto, en el silencio del campo, el canto lento de un negro enamorado; esas noches en que uno tomaría su guitarra para sentarse a tocar con calma, o en que simplemente se quedaría uno descansando a solas, sin pensar en nada. La calle estaba ya desierta, pero el

almacén de *miss* Amelia permanecía encendido, y fuera en el porche había cinco personas. Una de ellas era Stumpy MacPhail, un capataz de rostro colorado y manos pequeñas y enrojecidas; en el escalón más alto estaban dos muchachos con mono, los mellizos Rainey: los dos eran largos y lentos, albinos y de ojos verdes. El otro hombre era Henry Macy, un personaje tímido y asustadizo, de modales comedidos y gestos nerviosos, que estaba sentado en un extremo del escalón más bajo. *Miss* Amelia estaba de pie, apoyada en la puerta, con los pies embutidos en las botazas de goma, y deshacía pacientemente los nudos de una cuerda que se había encontrado. Llevaban mucho tiempo callados.

Uno de los mellizos, que estaba mirando al camino vacío, fue el primero en romper el silencio. Dijo:

—Veo algo que se acerca.

—Un carnero escapado —dijo su hermano.

La figura que se acercaba estaba todavía demasiado lejos para ser percibida con claridad. La luna formaba unas sombras delicadas bajo los melocotoneros en flor, a lo largo del camino. Se mezclaban en el aire el aroma dulce de las flores y de las hierbas de primavera y el olor caliente, acre, de las ciénagas.

—No. Es algún chiquillo —dijo Stumpy MacPhail.

Miss Amelia miró hacia el camino, en silencio. Había dejado caer la cuerda y estaba jugueteando con el cierre de su mono con su mano morena y huesuda; frunció las cejas, y le cayó sobre la frente un mechón de pelo negro. Mientras estaban allí esperando, un perro de las casas del camino empezó a ladrar furiosamente; luego se oyó una voz que le hizo callar. No vieron con claridad lo que llegaba por el camino hasta que la forma estuvo a su lado, en la franja de luz amarilla del porche.

Era un forastero, y no es frecuente que los forasteros entren en el pueblo a pie y a tales horas. Además, aquel hombre era jorobado. No mediría más allá de cuatro pies de altura, y llevaba un abrigo andrajoso lleno de polvo, que apenas le llegaba a las rodillas. Sus piernecillas torcidas parecían demasiado débiles para soportar el peso de su gran torso deforme y de la joroba posada sobre su espalda. Tenía una cabeza enorme, con unos ojos azules y hundidos y una boquita muy dibujada. En aquel momento su piel pálida estaba amarilla de polvo y tenía sombras azules bajo los ojos. Llevaba una maleta desvencijada, atada con una cuerda.

—Buenas... —dijo el jorobado, jadeando.

Miss Amelia y los hombres del porche no contestaron a su saludo, ni dijeron una palabra. Se quedaron mirándole, sin más.

—Voy buscando a *miss* Amelia Evans.

Miss Amelia se echó hacia atrás el mechón de la frente y levantó la barbilla.

—¿Por qué?

—Pues porque soy pariente suyo —contestó el jorobado.

Los mellizos y Stumpy MacPhail miraron a *miss* Amelia.

—Soy yo —dijo ella—. Explíqueme eso del parentesco.

—Pues veré... —empezó a decir el jorobado. Parecía estar violento, casi a punto de llorar. Apoyó la maleta en el último escalón, sin quitar la mano del asa—. Mi madre se llamaba Fanny Jesup, y venía de Cheehaw. Salió de Cheehaw hace unos treinta años, para casarse con su primer marido. Recuerdo que contaba que tenía una medio hermana llamada Martha. Y hoy me han dicho en Cheehaw que Martha era la madre de usted.

Miss Amelia le escuchaba con la cabeza ladeada. Era una mujer solitaria; no era de esas personas que comen los domingos rodeadas de parientes, ni ella sentía la menor necesidad de buscárselos. Había tenido una tía abuela, dueña de unas cuabras de caballos de alquiler en Cheehaw, pero aquella tía ya había muerto. Aparte de ella, solo tenía un primo que vivía en una población a veinte millas de allí; pero aquel primo y *miss Amelia* no se llevaban muy bien, y cuando por casualidad se encontraban, escupían a un lado de la calle. De tiempo en tiempo, algunas personas hacían lo imposible por sacar a relucir alguna clase de parentesco con *miss Amelia*, pero siempre fracasaban.

El jorobado se lanzó a una larga disertación mencionando nombres y lugares desconocidos para sus oyentes del porche, y que, aparentemente, nada tenían que ver con el asunto.

—... de modo que Fanny y Martha Jesup eran medio hermanas. Y como yo soy hijo del tercer marido de Fanny, usted y yo somos... —se inclinó y empezó a desatar la maleta. Sus manos parecían patitas sucias de gorrión, y temblaban. La maleta estaba llena de harapos y de toda clase de extrañas chatarras, que parecían trozos de una máquina de coser. El jorobado hurgó entre sus pertenencias y sacó una fotografía vieja.

—Aquí tiene un retrato de mi madre y su medio hermana.

Miss Amelia no dijo nada. Movía lentamente la mandíbula, de un lado a otro, y se veía claramente lo que estaba pensando. Stumpy MacPhail cogió la fotografía y la acercó a la luz. Era un retrato de niñas pálidas de dos o tres años; sus caras eran dos manchitas blancas, y podía ser un retrato antiguo de cualquier álbum de familia.

Stumpy se las devolvió sin hacer comentarios.

—¿De dónde viene usted? —preguntó.

—He estado viajando —contestó el jorobado con voz insegura.

Miss Amelia seguía callada. Permanecía apoyada al quicio de la puerta, mirando al jorobado. Henry Macy parpadeó nerviosamente y se frotó las manos. Luego se levantó en silencio y desapareció. Era un hombre excelente, y la situación del jorobado le había conmovido; por eso prefería no estar presente cuando *miss Amelia* echara al intruso de su casa y del pueblo. El jorobado seguía en el último escalón con la maleta abierta; sorbió con la nariz, y le tembló la boca. Quizá empezaba a darse cuenta de su posición; tal vez comprendía lo desconsolador que era encontrarse en una población desconocida, con una maleta llena de harapos, intentando convencer a

miss Amelia de que eran parientes. Sea como fuere, se sentó desmayadamente en la escalera y se echó a llorar.

No era corriente que un jorobado desconocido llegara al almacén caminando a medianoche y se sentara allí a llorar. *Miss* Amelia echó hacia atrás el mechón de la frente y los hombres se miraron, violentos. El pueblo estaba silencioso.

Entonces dijo uno de los mellizos:

—Me parece que este es un Morris Finestein de primera.

Todos asintieron, ya que aquella era una frase que encerraba un significado preciso. Pero el jorobado lloró más fuerte, porque no podía saber de qué estaba hablando. Morris Finestein era un hombre que había vivido en el pueblo años atrás; no era más que un pequeño judío vivo y saltarín que lloraba cuando le llamaban Matacristos, y comía todos los días pan sin levadura y salmón en conserva. Le había ocurrido un percance y se había trasladado a Society City. Pero desde entonces, en el pueblo decían que un hombre era un Morris Finestein si le encontraban afeminado o cominero, o si lloraba.

—Bueno, está apenado —dijo Stumpy MacPhail—. Algún motivo tendrá.

Miss Amelia cruzó el porche con dos zancadas lentas, balanceándose. Bajó los escalones y se quedó mirando pensativamente al forastero. Alargó con precaución uno de sus dedos morenos y tocó ligeramente la joroba. El hombrecillo seguía llorando, pero parecía ya más tranquilo. La noche estaba silenciosa y la luna brillaba todavía con una luz clara y suave; se iba notando frío. Entonces *miss* Amelia hizo algo sorprendente: sacó una botellita del bolsillo de atrás de su pantalón y, después de frotar un poco el tapón de metal contra la palma de su mano, se la ofreció al jorobado. *Miss* Amelia no se decidía nunca a vender su *whisky* a crédito, y nadie recordaba haberla visto regalar ni una gota.

—Beba un trago —dijo—. Esto le calentará las tripas.

El jorobado dejó de llorar, se lamió las lágrimas que le caían por la boca y bebió de la botella. Cuando terminó, *miss* Amelia tomó a su vez un buche, se calentó y enjuagó la boca con él y escupió. Luego bebió unos tragos. Los mellizos y el capataz tenían sus botellas, pagadas con su dinero.

—Buen licor —dijo Stumpy MacPhail—. *Miss* Amelia, usted siempre hace bien las cosas.

No se pueden pasar por alto las dos botellas grandes de *whisky* que bebieron aquella noche; solo así puede uno explicarse lo que ocurrió después. Sin aquel *whisky*, quizá no hubiera llegado a abrirse el café. Porque el licor de *miss* Amelia tiene una cualidad peculiar: sabe limpio y seco en la lengua, pero una vez dentro empieza a arder y ese fuego dura mucho tiempo. Y eso no es todo. Ya es cosa sabida que si se escribe un mensaje con zumo de limón en una hoja de papel, no queda rastro de la escritura; pero si se expone el papel al fuego, las letras se vuelven de un color castaño y se puede leer lo escrito. Imaginad que el *whisky* es el fuego y que el mensaje está oculto en el alma de un hombre; entonces se comprenderá el valor del

licor de *miss* Amelia. Muchas cosas que han pasado sin que se supiera, pensamientos relegados a las profundidades del alma, salen de pronto a la luz y se hacen patentes. Un hilandero que no ha estado pensando toda la semana más que en los telares, la comida, la cama, y otra vez los telares, al llegar el domingo bebe de aquel *whisky* y tropieza con un lirio silvestre. Y toma el lirio en su mano, se queda contemplando la delicada corola de oro, y de pronto se siente invadido por una ternura tan viva como un dolor. Y un tejedor levanta de pronto la mirada y por primera vez descubre el cielo radiante de una noche de enero, y se siente sobrecogido de temor al pensar en su propia pequeñez. Esas son las cosas que ocurren cuando un hombre ha bebido el licor de *miss* Amelia. Podrá sufrir, podrá consumirse de gozo; pero la verdad ha salido a la luz: ha calentado su alma y ha podido ver el mensaje que estaba oculto en ella.

Bebieron hasta la madrugada, y las nubes cubrieron la luna y la noche se puso oscura y fría. El jorobado seguía sentado en el último escalón, lastimosa figura con la frente apoyada sobre las rodillas. *Miss* Amelia estaba de pie, con las manos en los bolsillos, un pie sobre el segundo escalón. Llevaba mucho tiempo callada. Su cara tenía esa expresión que se ve a veces en los bizcos que piensan concentradamente en algo: una expresión mezcla de inteligencia y desvarío. Al fin dijo:

—No sé su nombre.

—Me llamo Lymon Willis —dijo el jorobado.

—Bueno; pase adentro —dijo *miss* Amelia—. Hay algo de cena en la cocina.

Miss Amelia nunca invitaba a nadie a comer, a no ser que estuviera planeando engañar a alguna persona, o intentando sacar dinero a alguien. Así que los hombres del porche pensaron que algo no marchaba bien. Más tarde comentaron que *miss* Amelia debía de haber estado bebiendo toda la tarde, en el pantano. Sea como fuere, *miss* Amelia abandonó el porche y Stumpy MacPhail y los mellizos se fueron a sus casas. *Miss* Amelia abrió la puerta del almacén y echó una ojeada para ver si todo estaba en orden. Luego entró en la cocina, que quedaba al fondo del almacén. El jorobado la siguió, arrastrando su maleta, sorbiendo y limpiándose la nariz con la manga mugrienta de su abrigo.

—Siéntese —dijo *miss* Amelia—. Voy a calentar esto.

Cenaron muy bien; *miss* Amelia era rica, y no se privaba de buenas comidas. Tomaron pollo frito (el jorobado se sirvió la pechuga), puré de rutabaga, coles y batatas asadas, color de oro pálido. *Miss* Amelia comía despacio, con el apetito de un cavador. Estaba sentada con los codos sobre la mesa, inclinada sobre su plato, con las rodillas muy separadas y los pies apoyados en el barrote de la silla. Por su parte el jorobado engulló la cena como si no hubiera probado bocado en varios meses. Mientras comía, una lágrima le resbaló por la cara polvorienta; pero no era más que una lágrima rezagada, no quería decir nada. Cuando *miss* Amelia terminó, limpió cuidadosamente su plato con una rebanada de pan y luego vertió en el pan la mezcla

dulce y clara hecha por ella. El jorobado también se sirvió melaza, pero era más delicado y pidió un plato limpio. Cuando dieron fin a la cena, *miss* Amelia echó hacia atrás su silla, apretó el puño y se tentó la musculatura del brazo derecho por debajo de la tela azul y limpia de la manga de su mono; era aquel un hábito inconsciente que tenía al terminar las comidas. Cogió entonces la lámpara que había sobre la mesa y señaló la escalera con la cabeza, como invitando al jorobado a seguirla.

Encima del almacén estaban las tres habitaciones donde *miss* Amelia había pasado toda su vida: dos dormitorios con una sala grande en medio. Pocas personas habían visto estas habitaciones, pero todo el pueblo sabía que estaban bien amuebladas y muy limpias. Y he aquí que *miss* Amelia introducía en aquella parte de la casa a un hombrecillo desconocido, sucio y jorobado, salido Dios sabe de dónde. *Miss* Amelia subió despacio los escalones, de dos en dos, llevando la lámpara en alto. El jorobado la seguía saltando, tan pegado a ella que la luz vacilante formaba sobre la pared de la escalera una sola sombra, grande y extraña, de sus dos cuerpos. Al poco tiempo quedó el piso de encima del almacén tan oscuro como el resto del pueblo.

La mañana siguiente amaneció serena, con tonos pálidos, rojos y rosados. Las tierras que rodeaban el pueblo estaban recién aradas, y los granjeros se pusieron muy temprano a plantar los tallos tiernos del tabaco, de un verde oscuro. Volaban cuervos a ras de los campos y sus sombras azules se deslizaban sobre la tierra. En el pueblo, los obreros salían temprano de sus casas llevando las fiambreras de la comida, y las ventanas del molino despedían reflejos cegadores con el sol. El aire era fresco, y los melocotoneros tenían una levedad de nubes de marzo con sus copas florecidas.

Miss Amelia bajó al amanecer, como siempre. Se lavó la cara en el agua de la bomba y en seguida empezó a trabajar. Ya entrada la mañana ensilló su mula y salió a recorrer su plantación de algodón, que caía cerca de la carretera de Forks Falls. Como es de suponer, al mediodía todo el pueblo sabía lo del jorobado que había llegado al almacén a medianoche. Pero nadie le había visto todavía. Pronto empezó a apretar el calor, y el cielo tenía ya un tono azul profundo. Pero los vecinos seguían sin ver al forastero. Algunos recordaron que la madre de *miss* Amelia había tenido una hermanastra, pero, mientras unos aseguraban que ya había muerto hacía mucho tiempo, otros opinaban que se había fugado con un plantador de tabaco. En cuanto a la pretensión del jorobado de ser pariente de *miss* Amelia, todos coincidían en afirmar que era un engaño. Y los vecinos, que conocían bien a *miss* Amelia, decidieron que lo más seguro era que le hubiera puesto en la calle después de darle de comer. Pero al caer de la tarde, cuando el cielo ya palidecía, una mujer empezó a decir que había visto una cara arrugada en la ventana de una de las habitaciones de encima del almacén. *Miss* Amelia no decía nada. Estuvo un rato despachando en el almacén, discutió una hora con un labrador a propósito de una mancera, arregló unas

alambradas del gallinero, cerró al ponerse el sol y se metió en sus habitaciones. El pueblo se quedó intrigado y haciendo comentarios.

Al día siguiente, *miss* Amelia no abrió el almacén; se encerró dentro, y no se dejó ver de nadie. Aquel día empezó a circular el rumor; un rumor tan horrible que conmovió a todo el pueblo y sus contornos. Lo propagó un tejedor llamado Merlie Ryan. El tejedor es muy poquita cosa: un hombrecillo cetrino, cojitranco y desdentado. Padece tercianas, es decir, que un día de cada tres le sube la fiebre, de forma que se pasa dos días tristón y enfurruñado, y al tercer día se excita y a veces se le ocurren un par de ideas, casi siempre disparatadas. Era uno de sus días de fiebre cuando Merlie Ryan se volvió de pronto y dijo:

—Yo sé lo que ha hecho *miss* Amelia: ha matado a ese hombre por algo que llevaba en la maleta.

Lo dijo con toda calma, dándolo por hecho. Antes de una hora, la noticia había recorrido el pueblo.

Aquel día, el pueblo pudo dar rienda suelta a su imaginación, inventando una historia bien feroz y macabra, con todos los detalles espeluznantes: un jorobado, un entierro a medianoche en el pantano, *miss* Amelia arrastrada por las calles camino de la cárcel... Y se hicieron cábalas sobre el posible destino de sus bienes. Hablaban de todo ello a media voz, agregando a cada versión algún detalle nuevo y emocionante.

Empezó a llover, y las mujeres se olvidaron de recoger la ropa tendida. Y hasta hubo una o dos personas, que debían dinero a *miss* Amelia, que se pusieron los trajes del domingo, como si aquel día fuera un día de fiesta. Los vecinos se apiñaron en la calle Mayor, murmurando y vigilando el almacén.

Hay que decir que no todo el pueblo se sumó a aquel maligno festival: quedaban algunos hombres sensatos que argüían que, siendo *miss* Amelia tan rica, no iba a asesinar a un vagabundo por cuatro porquerías. Había en el pueblo hasta tres buenas almas que no deseaban aquel crimen, ni siquiera por interés ni por la emoción que pudiera suscitar; no les causaba ningún placer imaginarse a *miss* Amelia agarrada a los barrotes de la cárcel o conducida a la silla eléctrica en Atlanta. Aquellas buenas almas juzgaban a *miss* Amelia de otro modo que sus convecinos. Cuando una persona es tan distinta de las demás como ella lo era, y cuando los pecados de una persona son tan numerosos que no se pueden recordar de buenas a primeras, dicha persona requiere un juicio especial. Las buenas almas recordaban que *miss* Amelia había nacido morocha y algo rara de rostro; que se había criado sin madre, con su padre, un hombre solitario; que, ya en su juventud, la pobre llegó a medir seis pies y dos pulgadas de estatura, lo cual no es cosa corriente en una mujer, y que sus costumbres eran demasiado extrañas como para poder razonar sobre ellas. Y, sobre todo, las buenas almas recordaban aquella boda tan asombrosa, que fue el escándalo más inexplicable que había ocurrido nunca en el pueblo.

Así pues, aquellas almas de Dios sentían por *miss* Amelia algo parecido a la piedad. Cuando *miss* Amelia decidía hacer alguna barbaridad, como por ejemplo

irrumpir en una casa para apoderarse de una máquina de coser en pago de una deuda, o se lanzaba con saña a uno de sus pleitos, los tres justos del pueblo se sentían invadidos por una mezcla de exasperación, de vaga inquietud y de honda e incomprensible tristeza. Pero dejemos ya a los justos, que no eran más que tres; el resto del pueblo estuvo festejando el supuesto crimen toda la tarde.

Miss Amelia, por alguna oculta razón, parecía ajena a todo aquello. Pasó la mayor parte del día en el piso alto. Cuando bajó al almacén, fue de un lado para otro con la mayor calma, las manos hundidas en los bolsillos del mono y la cabeza tan baja que la barbilla le quedaba dentro del escote de la camisa. No se le veían por ningún lado manchas de sangre. De vez en cuando se quedaba parada, mirando sombríamente las grietas del suelo, jugueteando con un mechón de su pelo corto y murmurando algo para sí misma. Pero la mayor parte del día la pasó en el piso alto.

Cayó la noche. La lluvia de aquella tarde había refrescado el aire, y el crepúsculo era húmedo y frío como en invierno; no había estrellas, y caía una llovizna fría y helada. Desde la calle se veían las lámparas de las casas, oscilantes y fúnebres. Se levantó el viento, no de la parte del pantano, sino de los fríos y oscuros pinares del norte.

Los relojes del pueblo dieron las ocho. Todavía no había ocurrido nada. El viento nocturno y los macabros rumores del día tenían a mucha gente asustada y encerrada en sus hogares junto al fuego. Otros estaban reunidos en grupos. Unos ocho o diez hombres se habían concentrado en el porche del almacén de *miss Amelia*. Estaban silenciosos, esperando. No hubieran podido explicar qué esperaban; pero siempre que hay tensión en el ambiente, cuando se sabe que va a ocurrir algo importante, los hombres se reúnen y esperan de este modo. Y después de la espera, llega un momento en que todos actúan al unísono, no impelidos por el pensamiento o por la voluntad de un hombre, sino como si sus instintos se hubieran fundido, de forma que la iniciativa no parte de uno de ellos, sino del grupo entero. En esos momentos, ninguno titubea; y solo depende del destino el que las cosas se resuelvan pacíficamente, o que la acción conjunta derive en tumulto, violencias y crímenes.

Así pues, los hombres esperaban silenciosos en el porche del almacén de *miss Amelia*, y ninguno de ellos sabía por qué estaban allí o lo que harían, pero sabían que tenían que esperar, y que la hora se acercaba.

La puerta del almacén estaba abierta. Dentro había luz, y todo estaba como siempre: a la izquierda, el mostrador, con la carne, los botes de caramelos y el tabaco. Detrás del mostrador, los estantes con los comestibles. En la parte derecha del almacén se amontonaban los aperos de labranza; al fondo, a la izquierda, estaba la puerta que conducía a la escalera. La puerta estaba abierta. Y más a la derecha, también al fondo del almacén, había otra puerta que daba a un cuartito que *miss Amelia* llamaba su oficina. También esa puerta estaba abierta. Eran las ocho de la noche y se veía a *miss Amelia* allí dentro, sentada ante su mesa de trabajo con una pluma en la mano y unas hojas de papel ante sí.

La oficina tenía buena luz, y *miss* Amelia no parecía ver a aquella delegación, allí en el porche. Todo estaba muy ordenado en torno suyo, como de costumbre. Aquella oficina era bien conocida y hasta temida en toda la región; *miss* Amelia despachaba allí sus asuntos. Sobre la mesa había una máquina de escribir que *miss* Amelia sabía manejar, pero solo utilizaba para los documentos más importantes. En los cajones se apilaban miles de papeles, por orden alfabético. *Miss* Amelia recibía también en aquella oficina a las personas enfermas, pues le encantaba dárselas de médico y no le faltaban ocasiones de entregarse a esta pasión. Dos estantes enteros estaban llenos de frascos y medicinas. Junto a la pared había un banco para los enfermos. *Miss* Amelia sabía coser una herida con una aguja quemada sin que se llegara a infectar; tenía un ungüento fresco para las quemaduras; para las dolencias no localizadas disponía de variadas medicinas que había sacado de misteriosas recetas; soltaban muy bien el vientre, pero no se podían dar a los niños porque producían unas convulsiones muy dolorosas. Para los niños tenía remedios aparte, más suaves y de sabor dulce. Sí, *miss* Amelia era un gran médico, todos lo decían. Tenía manos delicadas, aunque fueran tan grandes y huesudas, y una gran imaginación y cientos de remedios distintos. Nunca titubeaba si se veía frente a un caso peligroso y desconocido; se atrevía con cualquier clase de enfermedades, con una sola excepción: las dolencias propias de las mujeres. Se ruborizaba con solo oír hablar de aquellas cosas, y se quedaba cortada, pasándose un dedo entre el cuello y la blusa, o frotando una contra otra sus botazas de goma, y parecía una niña grandota muda de vergüenza. Pero la gente confiaba en ella para todo lo demás. No pasaba facturas y tenía siempre una invasión de pacientes.

Aquella noche estaba *miss* Amelia escribiendo sin parar con su estilográfica; sin embargo, no podía sentarse allí toda la vida fingiendo no ver a los hombres que esperaban en el porche oscuro y la observaban. De vez en cuando, levantaba la vista y les miraba en silencio, pero sin gritarles qué se les había perdido en su almacén para andar rondando por allí como almas en pena. Tenía una expresión digna y seria, como siempre que estaba en su oficina. Al cabo de un rato, aquel modo de mirar de los hombres parecía molestarla; se pasó un pañuelo rojo por la cara, se levantó y cerró la puerta de la oficina.

Aquel gesto fue como una señal para el grupo del porche. Había llegado la hora. Llevaban mucho tiempo de pie, con la calle húmeda y oscura a sus espaldas; habían esperado mucho, y en aquel preciso instante se les despertó el instinto de actuar. Entraron en el almacén todos a una, como movidos por una sola voluntad. En aquel momento los ocho hombres parecían iguales, todos vestidos con mono azul, casi todos con el pelo rubio, pálidos y con la mirada fija y como alucinada. Nunca se sabrá lo que hubieran podido hacer entonces: en aquel instante se oyó un ruido en lo alto de la escalera. Los hombres levantaron la vista y se quedaron mudos de asombro: allí estaba el jorobado, a quien ya daban por muerto. Y no era en absoluto como se lo habían descrito; nada de un pobre enanito harapiento, solo y perdido en el mundo.

Pero ninguno de ellos había visto nunca hasta entonces una cosa igual. Por el almacén cundió un silencio de muerte.

El jorobado bajaba las escaleras muy despacio, con la arrogancia de quien es dueño de cada tabla del suelo que pisa. Había cambiado mucho en aquellos dos días. En primer lugar, estaba limpio como los chorros del oro. Llevaba todavía su abrigo, pero ahora lo tenía bien cepillado y remendado; debajo llevaba una camisa de *miss Amelia*, a cuadros rojos y negros. No usaba pantalones como los de los hombres corrientes, sino unos pequeños calzones muy ajustados que le llegaban solo a las rodillas. Las piernecillas las llevaba embutidas en unas medias negras y sus zapatos eran de una forma extraña, anudados alrededor de los tobillos, y estaban muy brillantes. Se había ceñido al cuello un chal de lana verde limón; casi le cubría las grandes orejas pálidas, y las dos bandas le caían hasta el suelo.

El jorobado bajó al almacén con pasitos tiesos y presuntuosos, y se plantó en medio del grupo de hombres. Los hombres le abrieron paso y se le quedaron mirando boquiabiertos. También el jorobado se comportó de un modo extraño: fue mirando a los hombres, en silencio, hasta la altura de sus propios ojos, es decir, hasta los cinturones. Después, con maliciosa curiosidad, fue examinando ordenadamente las regiones inferiores de cada uno de aquellos hombres, desde la cintura hasta los zapatos. Cuando terminó su inspección cerró los ojos un momento y movió la cabeza, como si, en su opinión, lo que acababa de ver no valiera gran cosa. Entonces, con mucho descaro, y solo para confirmar su veredicto, echó atrás la cabeza y abarcó en una mirada el círculo de rostros que le rodeaba. Había un saco de guano a medio llenar a la izquierda del almacén; después de su examen, el jorobado se fue a sentar sobre el saco. Se instaló cómodamente, con las piernecillas cruzadas, y hundiendo la mano en el bolsillo de su abrigo sacó algo de él.

Los hombres tardaron un rato en recobrar su aplomo. Merlie Ryan, el de las tercianas, que había propagado el rumor aquel día, fue el primero en hablar. Miró el objeto que sostenía el jorobado y murmuró:

—¿Qué tiene usted ahí?

Todos los hombres sabían qué tenía el jorobado en la mano: era la cajita de rapé que había pertenecido al padre de *miss Amelia*, una cajita de esmalte azul con un adorno de oro en la tapa. Los hombres conocían muy bien aquella caja y se maravillaron. Miraron inquietos la puerta cerrada de la oficina, y oyeron a *miss Amelia* silbar suavemente.

—Sí, ¿qué tienes ahí? ¿Cacahuetes?

El jorobado levantó vivamente los ojos y respondió, cortante:

—Un cepo para cazar entrometidos.

Metió los deditos huesudos en la caja y se llevó algo a la boca, pero no ofreció a nadie. Ni siquiera era rapé lo que estaba tomando, sino una mezcla de azúcar y cacao; pero la tomaba como si fuera rapé, metiéndose un poco de la mezcla bajo el labio inferior, y buscándola luego con la punta de la lengua, haciendo muecas.

—Los dientes me han sabido siempre amargos —dijo, como una explicación—. Por eso tomo este polvo dulce.

Los hombres seguían rodeándole, y se sentían desmañados, y como alelados. Esta sensación no desapareció nunca del todo, pero pronto quedó paliada por una nueva impresión, como si en el almacén hubiera un ambiente de intimidad y de fiesta. Los hombres que habían ido al almacén aquella noche eran los siguientes: Hasty Malone, Robert Calvert Hale, Merlie Ryan, el reverendo T. M. Willin, Rosser Cline, Rip Wellborn, Henry Ford Crimp y Horace Wells. Exceptuando al reverendo Willin, todos se parecen mucho, como ya hemos dicho; todos han pasado algún buen rato en su vida; todos han sufrido o han llorado por algo; casi todos son personas tratables si no están exasperados. Eran todos obreros de la hilatura y vivían en casas de dos o tres habitaciones por las que pagaban diez o doce dólares al mes. Y todos, aquella noche, habían cobrado, porque era un sábado. Así que, de momento, podéis considerarlos como un todo.

El jorobado, por su parte, estaba ya individualizándolos mentalmente. Una vez instalado sobre el saco empezó a charlar con unos y con otros, haciéndoles preguntas, como por ejemplo si uno estaba casado, cuántos años tenía, cuánto ganaba a la semana, etcétera, y así fue llegando a preguntas más íntimas. Pronto se unieron al grupo otros vecinos; como Henry Macy, desocupados que habían husmeado algo extraordinario, mujeres que venían a buscar a sus maridos, y hasta un niño con el pelo color de estopa que se deslizó en el almacén, robó una caja de galletas y se escabulló sin que le vieran. Los dominios de *miss* Amelia estuvieron pronto muy concurridos, pero ella seguía sin abrir aún la puerta de la oficina.

Existe un tipo de personas que tienen algo que las distingue de los mortales corrientes; son personas que poseen ese instinto que solamente suele darse en los niños muy pequeños, el instinto de establecer un contacto inmediato y vital entre ellos y el resto del mundo. El jorobado era, sin duda alguna, de este tipo de seres. No llevaba en el almacén más de media hora, y ya se había establecido un contacto entre él y cada uno de los hombres. Era como si hubiera vivido años enteros en el pueblo, como si fuera uno de los vecinos más populares y su sitio habitual, durante incontables veladas, hubiera sido aquel saco de guano en el que se sentaba. Todo esto, junto con el hecho de ser un sábado por la noche, contribuyó seguramente al ambiente de libertad y de alegría ilícita que reinaba en el almacén. También se notaba cierta tensión, debida en parte a la situación anormal, y en parte a que *miss* Amelia siguiera encerrada en su oficina, sin hacer acto de presencia.

Apareció a las diez de la noche. Y los que esperaban que se produjera algún drama a su entrada, quedaron decepcionados. Abrió la puerta y entró en el almacén con sus zancadas lentas y dignas. Tenía una mancha de tinta en la nariz y se había anudado al cuello el pañuelo rojo. No parecía notar nada anormal. Dirigió sus ojos bizcos al lugar donde estaba sentado el jorobado y se le quedó mirando un momento. Al resto de los hombres les concedió tan solo una ojeada de pacífica sorpresa.

—¿Desean alguna cosa?

Había muchos parroquianos, porque era sábado por la noche y todos querían beber. *Miss Amelia* había abierto tres días antes un barril de los antiguos, y había llenado botellas abajo en la destilería. Cogió el dinero de los parroquianos y lo contó a la luz de la lámpara, como de costumbre. Pero lo que sucedió a continuación ya no era corriente: antes, había que pasar siempre al oscuro patio posterior, y allí le daban a uno su botella por la puerta de la cocina. Aquella transacción no producía ninguna alegría especial. El parroquiano tomaba su botella y se marchaba, o, si su esposa no quería ver botellas por casa, podía uno volver al porche delantero del almacén para echar unos tragos allí o en la calle. El porche y el trozo de calle delante de la casa eran propiedad de *miss Amelia*, no había que olvidarlo; pero ella no los consideraba como sus dominios. Los dominios empezaban en la puerta y comprendían todo el interior del edificio. Allí no había permitido jamás que nadie sino ella descorchase una botella o bebiera. Y ahora, por primera vez, rompía esa tradición. Entró en la cocina, con el jorobado pegado a sus talones, y volvió con las botellas al almacén caldeado e iluminado. Y, lo que es más, sacó algunos vasos y abrió dos cajas de galletas, que quedaron hospitalariamente a disposición de la concurrencia, en una bandeja, y todo el que quería podía tomar una sin pagar.

Miss Amelia no dirigió la palabra a nadie más que al jorobado, para preguntarle con una voz algo ronca y brusca:

—Primo Lymon, ¿lo quieres así, o te lo caliento en un cazo?

—Sí, hazme el favor, *Amelia* —dijo el jorobado. (¿Y desde cuándo había osado nadie llamar a *miss Amelia* por su nombre a secas, sin anteponerle un respetuoso «*miss*»? Ni siquiera su novio y esposo de diez días; nadie se había atrevido a tratarla con tanta familiaridad desde la muerte de su padre, que por alguna razón la llamaba siempre Chiquita)—. Si haces el favor, caliéntamelo.

Así empezó el café; de aquel modo tan sencillito. Recordaréis que era una noche fría, como de invierno; hubiera resultado desagradable sentarse a beber en la calle. Pero dentro del almacén había buena compañía y un calorcillo delicioso. Alguien había encendido la estufa del fondo, y los que compraban botellas convidaban a beber a los amigos. Había algunas mujeres por allí y tomaron unas copitas de ponche y algunas hasta un traguito de *whisky*. El jorobado seguía siendo una novedad, y su presencia divertía a los vecinos. Sacaron el banco de la oficina, y algunas sillas más. Unos se apoyaban en el mostrador, otros se instalaron sobre los barriles y los sacos. El *whisky* pasaba de mano en mano, pero no se oían palabrotas ni risotadas soeces, ni nadie se comportó mal. Al contrario, la velada estaba transcurriendo con una finura rayana en la timidez. Y es que los vecinos de este pueblo no estaban acostumbrados a reunirse por puro placer: iban en grupos a trabajar a la fábrica; algunos domingos el pastor organizaba comidas campestres, y, aunque ello pueda considerarse como un placer, la finalidad de aquellas excursiones era hablarle a uno de las penas del infierno y llenarle de temor ante el Todopoderoso. Pero el espíritu de un café es algo

muy diferente. Todos, hasta los más ricos y los más tragones, saben que en un café como es debido hay que comportarse con educación y no se puede ofender a nadie; y que los pobres miran a su alrededor con agradecimiento, y pinchan los arenques con delicadeza y modestia, ya que el ambiente de un verdadero café tiene que reunir estas cualidades: compañerismo, satisfacciones del estómago, y cierta alegría y gracia de modales. Nadie había explicado esas cosas a los reunidos aquella noche en el almacén de *miss* Amelia; pero todos parecían saberlas, aunque nunca habían tenido un café en el pueblo.

Pero *miss* Amelia, la causante de todo, se pasó la mayor parte de la noche de pie en la puerta de la cocina. Exteriormente, no parecía haber cambiado. Pero más de un vecino la miraba con curiosidad. *Miss* Amelia lo observaba todo, pero sus ojos volvían siempre a posarse en el jorobado. El hombrecillo se paseaba por el almacén, tomando pellizcos de aquel polvo de su caja de rapé, y se mostraba alternativamente sarcástico y amable. Allí donde estaba de pie *miss* Amelia las llamas de la estufa proyectaban un resplandor que iluminaba su cara alargada y morena. Parecía pensativa, ensimismada, y en su expresión había una mezcla de pena, asombro y vaga satisfacción. Sus labios no estaban tan apretados como de costumbre, parecía algo más pálida y le sudaban las manos grandes y vacías. No cabía duda: aquella noche tenía el aire lánguido de una enamorada.

La inauguración del café cesó a medianoche. Todos se dijeron adiós amistosamente. *Miss* Amelia cerró la puerta principal pero olvidó echar el cerrojo. Pronto se quedó el pueblo a oscuras: la calle Mayor con sus tres tiendas, el molino, las casas, todo se sumió en la noche y en el silencio. Y así terminaron aquellos tres días y noches, en los que habían tenido lugar la llegada de un forastero, una celebración extraordinaria y la apertura del café.

Pasaron cuatro años. No nos detendremos en ellos, porque fueron iguales unos a otros. Hubo grandes cambios, pero se produjeron poco a poco y por sus pasos: cada paso tiene poca importancia. El jorobado siguió viviendo con *miss* Amelia. El café fue prosperando; *miss* Amelia empezó a despachar *whisky* por vasos sueltos, y se colocaron algunas mesas en el almacén. Todas las noches llegaban parroquianos, y los sábados se reunía mucha gente. *Miss* Amelia empezó a servir cenas de pescado frito a quince centavos la ración. El jorobado la convenció para que comprara una hermosa pianola. A los dos años, aquello no era ya un almacén, sino un verdadero café, que se abría todas las tardes de seis a doce.

El jorobado bajaba la escalera por las noches con un gran aire de suficiencia. Siempre olía un poco a nabizas, porque *miss* Amelia le atiborraba mañana y tarde de caldo de verduras para que cogiera fuerzas. Le mimaba de una manera increíble, pero él no medraba con nada; la comida le engordaba la cara y la chepa, mientras que el resto de su cuerpo seguía encanijado y deforme. *Miss* Amelia tenía el mismo aspecto

de siempre; entre semana seguía llevando botas de goma y mono, pero los domingos se ponía un vestido rojo oscuro que colgaba de su cuerpo del modo más pintoresco. Sin embargo, sus modales y sus costumbres habían cambiado mucho. Todavía le encantaba enzarzarse en un pleito bien borrascoso, pero ya se iba volviendo menos feroz con el prójimo cuando se trataba de embargarle. Como el jorobado era tan exageradamente sociable, *miss* Amelia empezó a salir un poco, a funerales y cosas así. Sus actividades médicas seguían teniendo mucho éxito y su *whisky* era mejor que nunca. El café mismo resultaba un buen negocio, y se había convertido en el único lugar de reunión en muchas millas a la redonda.

Así que, de momento, no concedáis a aquellos años más que unas miradas casuales y fragmentarias. Ved al jorobado: marcha pegado a los talones de *miss* Amelia, en una mañana de invierno, camino de los pinares; van a cazar. Helos aquí, durante las faenas del campo, en las fincas de *miss* Amelia: el primo Lymon no mueve un dedo, pero está siempre ojo avizor para denunciar el menor síntoma de pereza entre los trabajadores. En las tardes de otoño se sientan en la escalera de atrás y trocean cañas de azúcar. Los días sofocantes del verano bajan al pantano, donde el ciprés de las marismas tiene un color verdinegro y hay una luz soñolienta sobre los matorrales. Si el sendero pasa por un hoyo enfangado o está cortado por un charco de agua negruzca, ved cómo *miss* Amelia se agacha para que el primo Lymon pueda subirse a su espalda; miradlos cómo vadean, con el jorobado cabalgando sobre los hombros de ella, agarrado a sus orejas o sujetándose a su frente. Algunos días, *miss* Amelia saca el Ford que ha comprado y lleva al primo Lymon al cine de Cheehaw, a alguna feria distante o a ver una riña de gallos; al jorobado le vuelven loco los espectáculos. Naturalmente, todas las mañanas están en su café, y durante muchas horas charlan sentados junto a la chimenea de la sala del piso alto. El jorobado pasa malas noches; le asusta quedarse solo en la oscuridad. Tiene miedo de morir. Y *miss* Amelia no quiere dejarle a solas con sus temores. Es posible que la instalación del café tenga también esta causa: sirve para que el jorobado esté acompañado y entretenido y pase luego mejor la noche. Ya habéis echado un vistazo a lo que fueron aquellos cuatro años. De momento los dejaremos estar.

Pero creemos que el comportamiento de *miss* Amelia requiere una explicación; ha llegado el momento de hablar de amor. Porque *miss* Amelia estaba enamorada del primo Lymon. Esto lo podía ver cualquiera. Vivían en la misma casa y nunca se les veía separados. Por lo tanto, según la señora MacPhail, mujer chata y atareada que se pasa la vida cambiando de sitio los muebles de su sala, según ella y sus amigas, aquellos dos vivían en pecado. Si de verdad eran parientes, solo lo eran en segundo o tercer grado, y ni siquiera eso se podía probar. Claro que *miss* Amelia era una mujerona inmensa, de más de seis pies de altura, y el primo Lymon un enanillo que no le llegaba a la cintura. Pero eso era una razón de más para la señora MacPhail y

sus comadres, que eran de esa clase de personas que se regodean hablando de uniones monstruosas y otras aberraciones. Dejémoslas hablar. Las buenas almas del pueblo pensaban que, si aquellos dos habían encontrado alguna satisfacción de la carne, era un asunto que solo les importaba a ellos y a Dios. Pero todas las personas sensatas estaban de acuerdo en negar aquellas relaciones. ¿Qué clase de amor era, pues, aquel?

En primer lugar, el amor es una experiencia común a dos personas. Pero el hecho de ser una experiencia común no quiere decir que sea una experiencia similar para las dos partes afectadas. Hay el amante y hay el amado, y cada uno de ellos proviene de regiones distintas. Con mucha frecuencia, el amado no es más que un estímulo para el amor acumulado durante años en el corazón del amante. No hay amante que no se dé cuenta de esto, con mayor o menor claridad; en el fondo, sabe que su amor es un amor solitario. Conoce entonces una soledad nueva y extraña, y este conocimiento le hace sufrir. No le queda más que una salida, alojar su amor en su corazón del mejor modo posible; tiene que crearse un nuevo mundo interior, un mundo intenso, extraño y suficiente. Permítasenos añadir que este amante no ha de ser necesariamente un joven que ahorra para un anillo de boda; puede ser un hombre, una mujer, un niño, cualquier criatura humana sobre la tierra.

Y el amado puede presentarse bajo cualquier forma. Las personas más inesperadas pueden ser un estímulo para el amor. Se da por ejemplo el caso de un hombre que es ya abuelo que chochea, pero sigue enamorado de una muchacha desconocida que vio una tarde en las calles de Cheehaw, hace veinte años. Un predicador puede estar enamorado de una perdida. El amado podrá ser un traidor, un imbécil o un degenerado; y el amante ve sus defectos como todo el mundo, pero su amor no se altera lo más mínimo por eso. La persona más mediocre puede ser objeto de un amor arrebatado, extravagante y bello como los lirios venenosos de las ciénagas. Un hombre bueno puede despertar una pasión violenta y baja, y en algún corazón puede nacer un cariño tierno y sencillo hacia un loco furioso. Es solo el amante quien determina la valía y la cualidad de todo amor.

Por esta razón, la mayoría preferimos amar a ser amados. Casi todas las personas quieren ser amantes. Y la verdad es que, en el fondo, el convertirse en amados resulta algo intolerable para muchos. El amado teme y odia al amante, y con razón: pues el amante está siempre queriendo desnudar a su amado. El amante fuerza la relación con el amado, aunque esta experiencia no le cause más que dolor.

Ya dijimos antes que *miss* Amelia había estado casada. Ahora podemos traer a colación aquel curioso episodio. Recordad que todo ocurrió hace mucho tiempo, y que fue el único contacto personal que había tenido *miss* Amelia, antes de la llegada del jorobado, con este fenómeno, el amor.

El pueblo era entonces el mismo de ahora; la única diferencia es que había dos tiendas en lugar de tres, y que los melocotoneros que bordeaban la calle eran entonces

más torcidos y más pequeños. *Miss Amelia* tenía diecinueve años, y su padre había muerto meses atrás. En aquel tiempo vivía en el pueblo un mecánico reparador de telares que se llamaba Marvin Macy. Era el hermano de Henry Macy, pero no se parecían en absoluto; ya que Marvin Macy era el hombre más guapo de la región; muy alto, fuerte, con unos ojos grises de mirar lento, y el pelo rizado. Se desenvolvía muy bien, ganaba buenos jornales y tenía un reloj de oro que se abría por detrás y se veía un cromo con unas cataratas. Desde un punto de vista externo y social, Marvin Macy pasaba por ser un sujeto afortunado: no estaba a las órdenes de nadie y conseguía todo cuanto se le antojaba. Pero desde un punto de vista más serio y profundo, Marvin Macy no era un hombre envidiable, porque tenía un carácter endiablado. Su fama era tan mala como la del muchacho más perverso de la comarca, o aún peor. Cuando era todavía un niño, llevaba siempre en el bolsillo la oreja seca y en salazón de un hombre al que había matado con una navaja de afeitar en una pelea. Les cortaba las colas a las ardillas del pinar solo por divertirse, y llevaba en el bolsillo izquierdo del pantalón matas de marihuana (prohibida) para tentar a los que andaban deprimidos y propensos al suicidio. Pero, a pesar de su fama, era el ídolo de numerosas chicas de la región, entre las cuales había siempre varias muchachitas de pelo limpio y dulces ojos, de tiernas formas y modales encantadores. Marvin Macy echaba a perder a aquellas dulces muchachitas. Por fin, a los veintidós años, Marvin Macy escogió a *miss Amelia*. Aquella era la mujer que deseaba, aquella joven solitaria, desgarrada, de extraño mirar. Y no la quería por su dinero; se había enamorado de ella.

El amor cambió a Marvin Macy. Antes de enamorarse de *miss Amelia*, todos dudaban que aquel bruto pudiera tener alma y corazón. Pero había una explicación para su maldad; Marvin Macy había tenido una infancia muy dura. Había sido uno de los siete hijos de una pareja de desalmados. Sus progenitores, indignos del nombre de padres, eran unos jóvenes montaraces que se pasaban la vida pescando y remando en el pantano. Cada hijo que les nacía (y tenían uno todos los años) era un estorbo para ellos. Por las noches, cuando volvían a su casa, se quedaban mirando a los niños como preguntándose de dónde habían podido salir. Si los niños lloraban, les pegaban, y lo primero que aprendieron aquellas criaturas en este mundo fue a buscar el rincón más oscuro de la casa para esconderse bien. Estaban tan delgados que parecían duendecillos blancos, y no hablaban nunca, ni siquiera entre ellos. Los padres acabaron por abandonarlos definitivamente, dejándolos a merced de los vecinos. Fue un invierno muy duro; la fábrica estuvo cerrada casi tres meses y hubo mucha hambre en el pueblo. Pero no vayáis a creer que en este pueblo dejan que los niños blancos se mueran de hambre por las calles. Pasó lo siguiente: el mayor de los hermanos, que tenía ocho años, se marchó a Cheehaw y desapareció; tal vez se metió en un tren de mercancías y se fue a correr mundo, no se sabe. Los vecinos se hicieron cargo de otros cuatro hermanitos, que fueron pasando de casa en casa, y, como estaban delicados, se murieron antes de Pascua. Quedaban Marvin Macy y Henry Macy, y los

llevaron a casa de una buena mujer del pueblo llamada Mary Hale, que los adoptó y los cuidó como si fueran sus hijos. Los dos crecieron en aquella casa y recibieron buenos tratos.

Pero los corazones de los niños son unos órganos delicados. Una entrada dura en la vida puede dejarles deformados de mil extrañas maneras. El corazón herido de un niño se encoge a veces de tal forma que se queda para siempre duro y áspero como el hueso de un melocotón. O, al contrario, es un corazón que se ulcera y se hincha hasta volverse una carga penosa dentro del cuerpo, y cualquier roce lo oprime y lo hiere. Esto último es lo que ocurrió a Henry Macy, que es tan distinto de su hermano, pues Henry es el hombre más amable y más sensible del pueblo: les da su jornal a los necesitados, y en la época del café se quedaba los sábados por la noche cuidando a los niños cuyos padres se habían ido de tertulia. Henry Macy es un hombre tímido, y se ve que es de los que tienen el corazón hinchado y sufren. En cambio, Marvin Macy se volvió descarado, audaz y cruel. Su corazón era tan duro como los cuernos del diablo, y hasta que se enamoró de *miss* Amelia no hizo más que dar disgustos y cubrir de vergüenza a su hermano y a la buena mujer que le crio.

Pero el amor transformó a Marvin Macy. Durante dos años estuvo enamorado de *miss* Amelia, pero no se declaraba. Se quedaba a la puerta de su casa, con la gorra en la mano, con los ojos humildes y suplicantes, de un gris brumoso. Se reformó por completo. Empezó a portarse bien con su hermano y con su madre adoptiva, aprendió a no derrochar y ahorra su salario. Y, lo que es más, empezó a volverse hacia Dios. Ya no se quedaba recostado en el suelo del porche, cantando y tocando la guitarra, todo el domingo; iba a la iglesia y a las reuniones parroquiales. Aprendió buenos modales; se fue acostumbrando a ponerse en pie y a ceder su silla a las damas, y dejó de decir palabrotas y de armar camorra y de usar los nombres santos en vano.

Pasó por esta transformación durante dos años, y mejoró su carácter en todos sentidos. Y al término de los dos años fue una tarde a casa de *miss* Amelia, llevando un ramo de flores del pantano, un paquete de chucherías y un anillo de plata. Aquella tarde se declaró.

Y *miss* Amelia se casó con él. Más tarde, todo el mundo se preguntó por qué. Algunos dijeron que se había casado porque deseaba que le hicieran regalos de boda. Otros pensaron que la culpa había sido de la tía abuela de Cheehaw, que era una mujer insoportable y regañona. Sea cual fuere la causa, *miss* Amelia atravesó a grandes zancadas la iglesia, vestida con el traje de novia de su difunta madre, que era de seda amarilla, y le quedaba cortísimo. Fue una tarde de invierno, y el sol, que entraba por las vidrieras rojas de la iglesia, envolvía a la pareja en una luz extraña. Mientras les leían las frases sacramentales, *miss* Amelia estuvo haciendo un gesto raro: se frotaba la palma de la mano derecha sobre el costado de su traje de seda. Estaba buscando el bolsillo de su mono y, al no encontrarlo, se impacientaba y su cara tomaba una expresión aburrida y exasperada. Cuando el pastor les hubo casado y

hubo rezado las oraciones, *miss* Amelia salió precipitadamente de la iglesia, sin dar el brazo a su marido, y echó a andar por la calle delante de él.

La iglesia no queda lejos del almacén, así que los novios fueron a pie a su casa. Dicen que por el camino *miss* Amelia se puso a hablar de un trato que había hecho con un granjero para la compra de unas cargas de leña. La verdad es que se comportó con el novio lo mismo que si hubiera sido un cliente de los que iban al almacén a buscar *whisky*. Pero hasta entonces todo había marchado bien; el pueblo estaba agradecido, porque veía cómo había cambiado el amor a Marvin Macy, y esperaban que tal vez reformase también a la novia. Por lo menos contaban con que el matrimonio amansaría un poco a *miss* Amelia, con que la engordaría y llegaría a convertirla algún día en una mujer tratable.

Se equivocaron. Los chiquillos que estuvieron aquella noche curioseando por la ventana contaron todo lo que había pasado: primero, los novios cenaron unas cosas riquísimas que había preparado Jeff, el viejo cocinero negro de *miss* Amelia. La novia repitió de todos los platos, pero el novio apenas probó bocado. Luego, la novia se puso a hacer lo que hacía siempre: leyó el periódico, terminó un inventario de las mercancías del almacén, etc. El novio se quedó en la puerta con cara de tonto, sin que le hicieran caso. A las once, la novia cogió una lámpara y subió al primer piso. El novio subió detrás. Hasta entonces todo parecía bastante correcto; pero lo que ocurrió después fue cosa de impíos.

No había pasado media hora, cuando *miss* Amelia se precipitó escaleras abajo, en pantalones y chaqueta caqui. Su rostro se había ensombrecido tanto que parecía una negra. Cerró la puerta de la cocina de un portazo y le dio una patada tremenda. Luego se fue controlando; atizó el fuego, se sentó y colocó los pies sobre el fogón. Leyó el *Almanaque Agrícola*, se tomó un café y se puso a fumar en la pipa de su padre. Su cara seria, huraña, había recobrado nuevamente su color natural. De vez en cuando anotaba en un papel algún dato del almanaque. De madrugada entró en la oficina y destapó la máquina de escribir, que había comprado hacía poco, y empezó a teclear en ella torpemente. De esta manera transcurrió su noche de bodas. Cuando amaneció, salió al patio como si no hubiera pasado nada y se puso a clavar las tablas de una jaula de conejos que había empezado la semana anterior para vendérsela a alguien.

Un recién casado hace mal papel si no con[^] sigue acostarse con su bienamada y lo sabe todo el pueblo. Marvin Macy bajó aquel día con sus galas nupciales y con mala cara. Cómo había pasado la noche, solo Dios lo sabe. Se paseó por el patio mirando a *miss* Amelia, pero manteniéndose a distancia. Hacia el mediodía se le ocurrió una idea y salió camino de Society City. Regresó cargado de regalos: una sortija con un ópalo, un medallón de esmalte rosa como los que estaban entonces de moda, una pulsera de plata con dos corazones grabados y una caja de bombones que le había costado dos dólares y medio. *Miss* Amelia apenas se fijó en aquellos hermosos presentes; abrió la caja de bombones, porque tenía hambre, y después miró los otros regalos como tasándolos... y los puso a la venta encima del mostrador. La

noche transcurrió igual que la anterior, con la única diferencia de que *miss* Amelia se bajó su colchón de pluma y lo instaló junto al fogón de la cocina, y durmió allí como un ángel.

Así estuvieron tres días. *Miss* Amelia seguía ocupándose de sus asuntos, y se interesó mucho por la noticia de un puente que iban a construir a unas diez millas carretera abajo. Marvin Macy todavía iba detrás de ella por la casa, y se le notaba en la cara cuánto sufría. Al cuarto día hizo una cosa enormemente ingenua: fue a Cheehaw y volvió con un notario. Entonces, en la oficina de *miss* Amelia firmó un documento cediéndole todos sus bienes terrenos, que eran diez acres de bosques maderables comprados con el dinero que había ahorrado. *Miss* Amelia estudió cuidadosamente el documento para asegurarse de que no cabía ninguna posibilidad de engaño y lo guardó sin decir nada en el cajón de su mesa. Aquella tarde, cuando el sol brillaba todavía, Marvin Macy cogió una botella de *whisky* y se fue solo al pantano; al anoecer volvió borracho, se acercó a *miss* Amelia con ojos húmedos y abiertos y le puso una mano en el hombro. Quería decirle algo, pero antes de que pudiera abrir la boca *miss* Amelia le dio un puñetazo en la cara con tanta fuerza que le derribó de espaldas contra la pared y le rompió un diente.

El final de aquel episodio solo se puede contar a grandes trazos: después del primer puñetazo, *miss* Amelia propinó muchos otros a su marido, siempre que se le ponía a tiro, y siempre que le veía borracho. Finalmente le echó de su casa, y Marvin Macy se vio forzado a sufrir en público. Durante el día se quedaba rondando justo en el límite de las propiedades de *miss* Amelia, y, algunas veces, con ojos de loco, cogía su rifle y se sentaba allí a limpiarlo, mirando fijamente a *miss* Amelia. Si *miss* Amelia estaba asustada, no lo demostró, pero su cara parecía más sombría que nunca y escupía mucho en el suelo. El último intento estúpido de Marvin Macy fue trepar una noche a la ventana del almacén y quedarse allí sentado en la oscuridad, sin un propósito definido, hasta que *miss* Amelia bajó la escalera a la mañana siguiente. Aquello hizo a *miss* Amelia dirigirse inmediatamente al juzgado de Cheehaw, con la idea de que podría hacerle encerrar en la cárcel por allanamiento o injuria. Marvin Macy abandonó el pueblo aquel día, y nadie le vio marchar ni supo adónde se fue. Al marcharse, echó por debajo de la puerta de *miss* Amelia una carta larga y extraña, escrita en parte con lápiz y en parte con tinta. Era una arrebatada carta de amor, pero contenía también amenazas: Marvin juraba que haría pagar a *miss* Amelia todo el daño que le había hecho. El matrimonio de Marvin Macy había durado diez días. Y el pueblo sintió esa satisfacción especial que siente la gente cuando le juegan a alguien una mala pasada con medios escandalosos y terribles.

Miss Amelia se quedó con todo lo que había pertenecido a Marvin Macy: con su bosque maderable, con su reloj de oro, con todo. Pero no parecía conceder mucha importancia a aquel botín, y cuando llegó la primavera hizo pedazos la cogulla de Ku-Kux-Klan de Marvin para cubrir sus plantas de tabaco. Así que Marvin Macy no hizo otra cosa que acrecentar la riqueza de ella y ofrecerle amor. Pero, aunque

parezca raro, ella nunca hablaba de Marvin sin una amargura y un desprecio terribles. Ni una sola vez llegó a referirse a él por su nombre, sino que le llamaba desdeñosamente «ese remiendatelares con el que me casé».

Y pasado el tiempo, cuando empezaron a llegar al pueblo rumores horripilantes sobre Marvin Macy, *miss* Amelia se mostró muy complacida, ya que, liberado de su amor, se había revelado al fin el verdadero carácter de Marvin Macy. Se convirtió en un criminal cuyo retrato y cuyo nombre aparecieron en todos los periódicos del estado. Robó en tres surtidores de gasolina y asaltó los almacenes A. & P. de Society City con una escopeta serrada. Fue sospechoso del asesinato de Sam Ojos de Chino, un conocido bandolero. Todos estos crímenes estuvieron relacionados con el nombre de Marvin Macy, hasta el punto de que su maldad se hizo famosa en muchos países. Al fin la justicia le capturó, borracho, en el suelo de un refugio de turistas, con su guitarra al lado y cincuenta y siete dólares en el zapato derecho. Fue juzgado, sentenciado y enviado al penal que hay cerca de Atlanta. *Miss* Amelia sintió una honda satisfacción.

Bueno, todo esto ocurrió hace mucho tiempo, y es la historia del matrimonio de *miss* Amelia. El pueblo se burló durante meses enteros de aquella historia grotesca. Pero, aunque los hechos externos de aquel amor sean indudablemente tristes y ridículos, no hay que olvidar que la verdadera historia fue la que tuvo lugar en el corazón del propio amante. ¿Quién, sino Dios, puede ser el último juez de este amor o de cualquier otro? En la primera noche del café hubo varios que pensaron de pronto en aquel esposo fallido, encerrado en una cárcel sombría a muchas millas de allí. Y durante los años siguientes, el pueblo no olvidó del todo a Marvin Macy. Nunca se pronunciaba su nombre en presencia de *miss* Amelia o del jorobado; pero el recuerdo de su pasión y de sus crímenes, y el pensamiento de aquel hombre prisionero en una celda del penal, era como un bajo continuo que acompañaba, turbador, el alegre amor de *miss* Amelia y la algazara del café. Así pues, no olvidéis a este Marvin Macy, porque va a representar un papel terrible al final de nuestra historia.

Durante los cuatro años en que el almacén se iba transformando en café, las habitaciones de arriba no sufrieron ningún cambio. Aquella parte de la casa se conservó tal como había estado toda la vida de *miss* Amelia, tal como había estado en tiempos de su padre y probablemente en tiempos del padre de su padre. Las tres habitaciones, como ya se ha dicho, estaban escrupulosamente limpias. Hasta el objeto más pequeño tenía su sitio exacto, y Jeff, el criado de *miss* Amelia, limpiaba y frotaba todo cada mañana. El cuarto de enfrente era el del primo Lymon; era el cuarto donde Marvin Macy había pasado las pocas noches que le admitieron en la casa, y antes de aquello había sido el dormitorio del padre de *miss* Amelia. El cuarto estaba amueblado con una cómoda grande, un escritorio cubierto con un tapete blanco y almidonado, con bordes de ganchillo, y una mesa con tablero de mármol. La cama era

inmensa, con cuatro columnas talladas de palo de rosa oscuro. Tenía dos colchones de pluma, edredones y toda clase de comodidades hechas a mano. La cama era tan alta que guardaban debajo de ella dos escalones de madera; ningún ocupante había utilizado hasta entonces aquellos escalones, pero el primo Lymon los sacaba todas las noches y subía por ellos con solemnidad. Además de los escalones, aunque púdicamente empujado fuera de la vista, había un orinal de porcelana con rosas pintadas. No había alfombras sobre el suelo oscuro y encerado, y las cortinas eran de una tela blanca, también con bordes de ganchillo.

A otro lado de la sala estaba el dormitorio de *miss* Amelia, que era más pequeño y muy sencillo. La cama era estrecha, de madera de pino. Había una cómoda donde *miss* Amelia guardaba sus pantalones, sus blusas y su traje del domingo, y dos escarpas en la pared del baño para colgar sus botas de goma. No tenía cortinas, alfombras ni adornos de ninguna clase.

La habitación grande del centro, la sala, estaba muy recargada. Delante de la chimenea estaba el sofá de palo de rosa, tapizado de seda verde. Todo era de muy buena clase y ostentoso: las mesas de mármol, dos máquinas de coser Singer, un jarrón grande con ramas de las llamadas «hierbas de las Pampas»... El mueble más importante de la sala era una vitrina grande que guardaba una serie de tesoros y curiosidades. *Miss* Amelia había añadido a aquella colección dos objetos: uno era una gran bellota de roble; el otro, una cajita de terciopelo que contenía un par de piedras pequeñas, grisáceas. Algunas veces, cuando no tenía mucho que hacer, *miss* Amelia sacaba aquella cajita y se acercaba a la ventana con las piedrecitas en la palma de la mano, mirándolas con una mezcla de fascinación, respeto y miedo. Eran los cálculos renales de la propia *miss* Amelia, y se los había extraído el médico de Cheehaw hacía algunos años. Había sido una experiencia terrible, desde el primer momento hasta el último, y todo cuanto había sacado eran aquellas dos piedrecitas; tenía que concederles un valor extraordinario o, si no, reconocer que había hecho un pésimo negocio. El segundo año de la estancia del primo Lymon con ella las hizo montar como dijes en una cadena de reloj que le regaló. Tenía en gran estima el otro objeto que había añadido a la colección, la bellota grande; pero siempre que la miraba se quedaba triste y perpleja.

—Amelia, ¿qué significa esa bellota? —le preguntó el primo Lymon.

—Ya lo ves; una bellota —contestó *miss* Amelia—. No es más que una bellota que cogía la tarde en que murió papá.

—¿Cómo dices? —insistió el primo Lymon.

—Digo que no es más que una bellota que vi en el suelo aquel día. La cogí y me la guardé en el bolsillo. No sé por qué.

—Vaya una razón para guardarla —dijo el primo Lymon.

Miss Amelia y el primo Lymon solían conversar mucho en las habitaciones de arriba, casi siempre en las primeras horas de la madrugada, cuando el jorobado no podía dormir. *Miss* Amelia era una mujer silenciosa por sistema, y no dejaba que se le

fuera la lengua cada vez que algo le pasaba por la cabeza; pero había algunos temas de los que le encantaba hablar. Todos aquellos temas tenían un punto común: eran inagotables. Le gustaba contemplar problemas a los que se podía dar vueltas durante años y años y que permanecían insolubles. Por su parte, el primo Lymon disfrutaba hablando de cualquier cosa, porque era un gran charlatán. Los dos enfocaban las conversaciones de un modo muy diferente: *miss* Amelia se mantenía siempre en el ancho campo de las generalizaciones y divagaciones, y hablaba y hablaba interminablemente con su voz baja y pensativa sin llegar a ningún lado; y el primo Lymon, por su parte, la interrumpía de pronto para atrapar, como una urraca, algún detalle que, aunque no tuviera importancia, era al menos algo concreto y que ofrecía algún lado práctico. Algunos de los temas favoritos de *miss* Amelia eran: las estrellas, el por qué los negros tienen la piel negra, el mejor tratamiento para el cáncer, etc. Su padre era también uno de sus temas más queridos e inagotables.

—Sí, Law —le decía a Lymon—. En aquella época sí que dormía yo bien; me metía en la cama y en cuanto se apagaba la lámpara me dormía, vaya si me dormía; como si me hubiera ahogado en grasa caliente. Luego, al amanecer, entraba papá y me ponía la mano en el hombro, y me decía: «Ve moviéndote, chiquita». Y luego, más tarde, subía de la cocina, cuando ya estaba el fogón caliente, y gritaba: «¡Fritos de maíz! ¡Ternera en su jugo! ¡Huevos con jamón!». Y yo corría escaleras abajo y me vestía al lado del fogón mientras él se lavaba fuera, en la bomba. Y luego nos íbamos a la destilería, o...

—Las tortas de maíz de esta mañana no estaban buenas —decía el primo Lymon—. Se habían frito demasiado aprisa y por dentro estaban crudas.

—Y cuando papá traficaba con el licor, en aquella época... —y la conversación se prolongaba indefinidamente, con las largas piernas de *miss* Amelia estiradas ante la chimenea; porque encendían la chimenea invierno y verano, ya que Lymon era muy friolero. El jorobado se sentaba en una silla baja frente a *miss* Amelia; los pies apenas le llegaban al suelo, y generalmente llevaba el torso bien arropado con una manta o con el chal verde. *Miss* Amelia no hablaba de su padre a nadie más que al primo Lymon.

Aquella era una de sus pruebas de amor. El jorobado era su confidente en las materias más delicadas e importantes. Solo él sabía dónde guardaba *miss* Amelia un plano en el que está señalado el lugar donde había enterrados ciertos barriles de *whisky*, en una de sus tierras, allí cerca. Solo él tenía acceso a su talonario de cheques, y la llave de la vitrina de los tesoros. El jorobado sacaba dinero de la caja registradora, puñados enteros de dinero, y le gustaba el ruido que hacían las monedas en su bolsillo. Casi todas las cosas de la casa le pertenecían, porque, cuando se enfadaba, *miss* Amelia se ponía a dar vueltas buscándole algún regalo... así que ahora apenas quedaba nada a mano para dárselo. La única parte de su vida que *miss* Amelia no quería compartir con el primo Lymon era el recuerdo de sus diez días de matrimonio. Marvin Macy era el único tema del que no hablaba nunca con él.

Dejad, pues, pasar los años lentos y llegad a una tarde de sábado, seis años después de la aparición del primo Lymon en el pueblo. Era en agosto, y el firmamento había estado ardiendo todo el día sobre el pueblo como una sábana de fuego. Iban ya oscureciendo los resplandores verdosos del crepúsculo y por doquier reinaba una sensación de serenidad y calma. La calle estaba alfombrada con una capa de polvo seco y dorado, de una pulgada de espesor, y los niños pequeños correteaban medio desnudos, estornudaban mucho, sudaban y estaban inquietos e irritables. La fábrica había cerrado al mediodía.

Los vecinos de las casas de la calle Mayor pasaban el rato sentados en sus escalones, y las mujeres se daban aire con abanicos de hoja de palma. En la fachada de la casa de *miss* Amelia había un letrero que decía: «Café». El porche de atrás estaba más fresco gracias a la sombra de una celosía de madera, y el primo Lymon estaba allí sentado, dando vueltas a una heladora. De vez en cuando quitaba la sal y el hielo y sacaba la tapa para chupar un poco y ver cómo iba quedando su obra. Jeff guisaba en la cocina. Aquella mañana temprano *miss* Amelia había puesto en la pared del porche delantero un aviso que decía: «Cena de pollo. Esta noche veinte centavos». El café ya estaba abierto, y *miss* Amelia acababa de terminar el trabajo de la oficina. Las ocho mesas estaban ocupadas y la pianola tocaba una musiquilla estridente.

En un rincón, cerca de la puerta y sentado a una mesa con un niño, estaba Henry Macy. Estaba bebiendo un vaso de *whisky*, cosa rara para él porque el alcohol se le subía a la cabeza en seguida y le hacía llorar o cantar. Tenía la cara muy pálida, y su ojo izquierdo se cerraba constantemente con un tic nervioso, como le ocurría siempre que estaba agitado. Había entrado en el café arrimándose a la pared y en silencio, y cuando le saludaron no dijo nada. El niño que tenía al lado era de Horace Wells, y lo habían dejado aquella mañana en casa de *miss* Amelia para que le curase.

Miss Amelia salió de su oficina y entró en el café con una rabadilla de gallina entre los dedos, pues aquel era su bocado predilecto. Echó una ojeada a la sala, vio que todo andaba bien y se dirigió a la mesa del rincón donde estaba Henry Macy. Dio la vuelta a la silla y se sentó a horcajadas apoyada en el respaldo; solo quería matar el tiempo, porque todavía no estaba su cena. En el bolsillo de atrás del mono llevaba una botella de Kroup Kure, una medicina hecha con *whisky*, caramelo y un ingrediente secreto. *Miss* Amelia destapó la botella y se la metió en la boca al niño. Luego se volvió a Henry Macy y, al ver los guiños nerviosos de su ojo izquierdo, le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Henry Macy parecía a punto de explicar algo difícil, pero después de mirar largamente a los ojos de *miss* Amelia tragó saliva y no dijo nada. *Miss* Amelia se volvió a su paciente. Solo sobresalía la cabeza del niño por encima de la mesa. Tenía

la cara muy encarnada, con los párpados medio cerrados y la boca abierta. Le había salido un grano grande, duro e hinchado en el muslo, y le habían llevado para que *miss Amelia* se lo reventara. Pero *miss Amelia* empleaba un método especial con los niños: no le gustaba hacerles daño y verles asustados y pataleando. Por eso había dejado que el niño correteara por la casa todo el día, y le había ido dando jarabes y dosis frecuentes de Kroup Kure, y al caer la tarde le ató una servilleta al cuello y le dio una buena cena. Ahora estaba el niño cabeceando sobre la mesa, y a veces, al respirar, dejaba escapar un gruñido de cansancio.

De pronto se notó un revuelo en el café, y *miss Amelia* miró rápidamente en torno. Había entrado el primo Lymon. El jorobado cruzó el café con pasitos arrogantes, como todas las noches, y cuando llegó al centro exacto del local se paró en seco, y miró inquisitivamente a su alrededor, recontando a los clientes y calculando el material emocional que había disponible aquella noche. El jorobado era un ser maligno: disfrutaba con las emociones fuertes, y se las componía para enzarzar a la gente sin decir una palabra, de un modo asombroso. Él era el culpable de que los mellizos Rainey hubiesen disputado por una navaja hacía dos años, y de que no hubieran vuelto a hablarse desde entonces. Él estuvo presente cuando la gran pelea entre Rip Wellborn y Robert Calvert Hale, y en todas las otras peleas que, de resultas de aquella, hubo en el pueblo desde su llegada. Metía las narices en todas partes, se enteraba de las intimidades de todo el mundo y se pasaba la vida entrometiéndose en todo. Y a pesar de eso, por raro que parezca, era el alma del café. Nunca había tanta alegría como cuando él estaba presente. Siempre que entraba en el salón se notaba una repentina tensión en el ambiente, porque cuando aquel enredador andaba por medio no sabía uno nunca qué se le podía venir a uno encima, o qué iba a ocurrir allí en cualquier momento. La gente no se siente nunca tan a sus anchas ni tan libre de cuidados como cuando entrevé la posibilidad de alguna conmoción o calamidad. Por eso, cuando el jorobado hizo su entrada en el café, todos le miraron y de pronto se oyó un alboroto de voces y de botellas descorchadas.

Lymon saludó con la mano a Stumpy MacPhail, que estaba en una mesa con Merlie Ryan y Henry Ford Crimp.

—Hoy he ido paseando hasta Lago Podrido, para pescar —dijo—. Y en el camino tropecé con una cosa que al principio me pareció un árbol grande caído. Pero, al pasarle por encima, siento algo que se mueve, miro otra vez, y me encuentro encima de un cocodrilo, tan largo como de esa puerta a la cocina, y más gordo que un cerdo.

El jorobado siguió parloteando. Todos le miraban de vez en cuando, y algunos escuchaban su cháchara y otros no. Había días en que no decía más que mentiras y fanfarronadas. Nada de lo que contaba esta noche era verdad. Había estado en la cama todo el día, con la garganta inflamada por el calor, y no se había levantado hasta última hora de la tarde, para dar vueltas a la heladora. Todo el mundo lo sabía, pero él seguía allí, de pie en medio del café, contando aquellos embustes y baladronadas hasta que le daba a uno dolor de cabeza.

Miss Amelia le observaba con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza ladeada. Había ternura en sus extraños ojos grises, y sonreía suavemente, ensimismada. A veces levantaba los ojos del jorobado y los dirigía a las otras personas del café, y entonces su mirada era orgullosa y un tanto amenazadora, como si estuviera retándoles a todos a que se atreviesen a reírse del jorobado por todas aquellas majaderías. Jeff entraba con las cenas ya servidas en platos, y los nuevos ventiladores eléctricos daban al café un agradable frescor.

—El niño se ha dormido —dijo al fin Henry Macy.

Miss Amelia bajó la vista al paciente que tenía a su lado y compuso su rostro para su próxima actuación. El niño tenía la barbilla apoyada en la esquina de la mesa, y por la comisura de la boca le babeaba un poco de Kroup Kure. Tenía los ojos cerrados y en el borde de los párpados se le había hospedado pacíficamente una pequeña familia de mosquitos. *Miss Amelia* le puso la mano en la cabeza y se la sacudió con fuerza, pero el paciente no se movió. Entonces *miss Amelia* tomó al niño en brazos, con cuidado de no tocar la pierna enferma, entró en su oficina seguida por Henry Macy y cerraron la puerta.

El primo Lymon se aburría aquella tarde. No pasaba nada de particular, y, a pesar del calor, los parroquianos del café estaban de buen talante. Henry Ford Crimp y Horace Wells estaban en la mesa del centro, abrazados por los hombros, contándose un chiste muy largo; pero cuando el jorobado se acercó a ellos no le sirvió de nada porque se había perdido el principio de la historia. La luz de la luna iluminaba la calle polvorienta, y los pequeños melocotoneros estaban negros y quietos; no había brisa alguna. El soñoliento zumbido de los mosquitos de la ciénaga era como un eco de la noche silenciosa. El pueblo estaba oscuro; solamente allá abajo, a la derecha del camino, se veía la luz de una lámpara. En algún lugar de la noche, una mujer cantaba con voz aguda, salvaje, una canción que no tenía principio ni fin, y estaba formada por tres notas solas, que se repetían una vez, y otra, y otra. El jorobado estaba de pie en el porche, apoyado en la baranda, mirando hacia el camino vacío, como esperando que alguien llegase por allí. Al cabo de un momento oyó unos pasos que se acercaban, y luego una voz.

—Primo Lymon, ya tienes la cena en la mesa.

—Esta noche no tengo mucho apetito —dijo el jorobado, que se había pasado todo el día tomando rapé dulce—. Tengo la boca amarga.

—Solo un bocadito —dijo *miss Amelia*—. La pechuga, el hígado y el corazón.

Volvieron juntos al café iluminado y se sentaron con Henry Macy. Su mesa era la mayor del café, y había sobre ella un ramillete de lirios del pantano en una botella de Coca-Cola. *Miss Amelia* había terminado con su paciente y estaba satisfecha de sí misma. Solo se habían oído unos lloriqueos soñolientos al otro lado de la puerta de la oficina, y, antes de que el enfermito se despertara, todo había terminado. El niño estaba ahora echado sobre el hombro de su padre y dormía profundamente. Con los

brazos colgando inertes a lo largo de la espalda del padre y la cara muy encarnada, salía ya del café, camino de su casa.

Henry Macy seguía callado. Comía cuidadosamente, sin hacer ruido, y no era tan ansioso como el primo Lymon, que, después de decir que no tenía apetito, se estaba sirviendo plato tras plato. De vez en cuando, Henry Macy miraba a *miss* Amelia y luego volvía a bajar la vista.

Era una típica noche de sábado. Una pareja de viejos que habían venido del campo estuvieron titubeando un momento en la puerta, cogidos de la mano, y al fin se decidieron a entrar. Llevaban tanto tiempo viviendo juntos que se parecían como hermanos gemelos. Eran morenos, arrugados, parecían dos cacahuetes caminantes. Se marcharon temprano, y hacia la medianoche se habían ido casi todos los parroquianos. Rosser Cline y Merlie Ryan seguían jugando a las damas, y Stumpy MacPhail estaba sentado con una botella de *whisky* encima de la mesa (su mujer no toleraba el *whisky* en su casa) y sostenía pacíficas conversaciones consigo mismo. Henry Macy no se había marchado todavía, y esto era algo raro en él, que siempre se iba a la cama al caer la noche. *Miss* Amelia bostezó, pero Lymon estaba nervioso y ella no quería insinuar que ya era la hora del cierre.

Al fin, a eso de la una, Henry Macy se puso a mirar una esquina del techo y dijo con calma a *miss* Amelia:

—Hoy he tenido una carta.

Miss Amelia no iba a impresionarse por una cosa así, porque recibía un montón de cartas de negocios y de catálogos.

—Sí; he recibido carta de mi hermano.

El jorobado, que había estado dando vueltas por el café a pasitos de ganso, con las manos cruzadas detrás de la cabeza, se detuvo de pronto. Tenía un instinto agudo para notar el menor cambio en el ambiente; echó una ojeada a todas las caras presentes y esperó.

Miss Amelia frunció el entrecejo y apretó el puño.

—Te felicito —dijo.

—Está bajo palabra. Ha salido del penal.

A *miss* Amelia se le había puesto la cara muy oscura; y, a pesar del calor que hacía aquella noche, se estremeció. Stumpy MacPhail y Merlie Ryan empujaron las damas a un lado. El café estaba en silencio.

—¿Quién? —preguntó el primo Lymon, y sus orejas grandes y pálidas parecían crecer y quedarse enhiestas—. ¿Qué?

Miss Amelia dio un golpe en la mesa con las palmas de la mano.

—Porque Marvin Macy es un... —pero la voz se le enronqueció y solo dijo al cabo de unos momentos—: Su sitio está en ese penal para el resto de su vida.

—¿Qué es lo que hizo? —preguntó el primo Lymon.

Hubo una larga pausa porque ninguno sabía exactamente cómo contestar a aquella pregunta.

—Atracó tres estaciones de gasolina —dijo Stumpy MacPhail. Pero su explicación no parecía muy convincente y daba la sensación de que quedaban por mencionar muchos pecados.

El jorobado estaba impaciente. No podía soportar que le dejaran al margen de nada, ni siquiera de una gran desgracia. El nombre de Marvin Macy le era desconocido, pero le atormentaba como cualquier asunto al que se aludiera en su presencia sin estar él bien enterado, como cuando se referían a la serrería vieja que habían desmontado antes de su llegada o cuando dejaban escapar alguna frase casual sobre el pobre Morris Finestein, o recordaban algún suceso acaecido cuando no estaba él. Aparte de esta curiosidad innata, al jorobado le interesaban muchísimo todas las variedades de robos y crímenes. Empezó a dar vueltas en torno a la mesa, repitiéndose las palabras «libertad bajo palabra» y «penal». Pero aunque hizo preguntas insistentes, no pudo sacar nada en claro, ya que nadie se atrevía a hablar de Marvin Macy en el café, delante de *miss* Amelia.

—La carta no decía gran cosa —dijo Henry Macy—. No me decía dónde pensaba ir.

—Al cuerno —dijo *miss* Amelia, que tenía todavía la cara ceñuda y ensombrecida—. En mi casa no volverá a poner las pezuñas jamás.

Empujó la silla hacia atrás y se dispuso a cerrar el café. El pensar en Marvin Macy debió de llenarla de temores, porque cargó con la caja registradora y la metió en un escondrijo de la cocina. Henry Macy bajó a la calle oscura. Pero Henry Ford Crimp y Merlie Ryan se quedaron un rato en el porche de delante. Merlie Ryan presumiría después y juraría que aquella noche tuvo un presentimiento de lo que iba a ocurrir. Pero el pueblo no le hizo caso, porque Merlie Ryan estaba siempre dándose importancia con cosas así. *Miss* Amelia y el primo Lymon estuvieron un rato hablando en la sala. Y cuando el jorobado pensó por fin que ya podría dormir, *miss* Amelia le arregló el mosquitero sobre la cama y esperó a que él terminara sus oraciones. Entonces se puso su largo camisón, se fumó dos pipas, pero tardó aún mucho tiempo en irse a dormir.

Aquel otoño fue alegre. Hubo una cosecha muy buena en la comarca, y en el mercado de Forks Falls el precio del tabaco se mantuvo firme, aquel año. Después de un largo verano, los primeros días frescos tenían una dulzura limpia y brillante. Crecían florecitas amarillas a los lados de los caminos polvorientos, y la caña de azúcar estaba madura y rojiza. Todos los días llegaba el autobús de Cheehaw para llevarse a unos cuantos niños pequeños a la escuela comarcal. Los muchachos mayores iban a cazar zorros en los pinares; las ropas de invierno se aireaban en las cuerdas de tender, y las batatas quedaron preparadas en el suelo, cubiertas con paja, para los meses fríos. Por las tardes se elevaban de las chimeneas delicadas columnas de humo, y la luna estaba redonda y de color naranja en el cielo de otoño. No hay una paz comparable a la

quietud de las primeras noches frías del año. Algunas veces, en las noches sin viento, se podía oír en el pueblo el leve y agudo silbido del tren que pasa por Society City camino del norte lejano.

Para *miss* Amelia Evans aquel fue un período de gran actividad. Trabajaba desde la salida del sol hasta la noche. Construyó un condensador nuevo y más grande para su destilería, y en una semana sacó *whisky* bastante para empapar toda la región. Su vieja mula estaba mareada de tanto triturar cañota, y *miss* Amelia escaldó sus tarros y se puso a hacer conservas de pera. Esperaba con impaciencia las primeras heladas, porque había comprado tres cerdos tremendos y pensaba hacer muchos embutidos, salchichas y menudillos.

Por aquellos días la gente le notó a *miss* Amelia algo especial. Se reía mucho, con una risa profunda y sonora, y sus silbidos tenían un no sé qué melodioso y pícaro. Se pasaba el tiempo probando sus fuerzas, levantando objetos pesados o tocándose con un dedo los duros bíceps. Un día se sentó frente a la máquina de escribir y redactó un cuento. En el cuento salían hombres forasteros, puertas secretas y millones de dólares. El primo Lymon iba siempre detrás de ella trotando pegado a sus pantalones, y *miss* Amelia le miraba con ojos tiernos y brillantes, y cuando pronunciaba su nombre había en su voz un deje amoroso.

Por fin llegaron los primeros fríos. Una mañana, al despertarse, *miss* Amelia vio flores de hielo en los cristales, y la escarcha había plateado las hierbas del patio. *Miss* Amelia encendió un buen fuego en la cocina y luego salió para estudiar el tiempo. Hacía un aire frío y cortante, y el cielo estaba verde pálido y despejado. En seguida empezó a llegar gente del campo para saber qué pensaba *miss* Amelia del tiempo. *Miss* Amelia decidió matar el cerdo más grande, y la noticia corrió por las granjas de los alrededores. El cerdo fue sacrificado, y encendieron un fuego bajo de carbón de encina en el hoyo de la barbacoa. En el patio olía a sangre caliente del cerdo y a humo, y había ruido de pasos y de voces en el aire invernal. *Miss* Amelia iba de un lado para otro dando órdenes, y pronto se terminó la mayor parte del trabajo.

Tenía que resolver un asunto aquel día en Cheehaw, así que, después de asegurarse de que todo marchaba bien, sacó el coche y se preparó para salir. Dijo al primo Lymon que fuera con ella; en realidad, se lo pidió siete veces, pero el jorobado no quería perderse el jaleo de la matanza y no quiso ir. Esto pareció contrariar a *miss* Amelia, pues le gustaba tenerle siempre a su lado y le entraba una nostalgia terrible en cuanto se separaba de él. Pero después de pedirle siete veces que le acompañara ya no insistió más. Antes de irse buscó un palo y trazó un círculo alrededor del hoyo de la barbacoa, a unos dos pies de la parrilla, y le dijo que no pasara de aquella raya. Salió después de comer y pensaba volver antes de que se hiciera de noche.

Como sabéis, no es tan raro que un camión o un auto pasen por el camino y crucen el pueblo cuando van de Cheehaw a otras partes. Todos los años viene el recaudador de contribuciones a discutir con la gente rica como *miss* Amelia. Y si alguien del pueblo, Merlie Ryan por ejemplo, se hace ilusiones de que va a poder

comprarse un auto a crédito, y cree que pagando tres dólares le van a dar una hermosa nevera como la que anuncian en los escaparates de Cheehaw, entonces, aparece un hombre de la ciudad y empieza a hacer preguntas indiscretas, se entera de todas sus dificultades y echa por tierra sus proyectos de compras a plazos. Algunas veces, sobre todo desde que están trabajando en la carretera de Forks Falls, cruzan el pueblo los coches que llevan a los presos. Y hay bastantes automovilistas que se pierden y se paran a preguntar cómo pueden volver a su camino. Así pues, no fue nada anormal que a última hora de aquella tarde pasara un camión por delante del molino y se detuviera en medio de la calle, cerca del café de *miss* Amelia. Un hombre bajó de un salto de la parte de atrás del camión, y el camión siguió su camino.

El hombre se quedó en medio de la calle y miró a su alrededor. Era un hombre alto, de pelo castaño y rizado, y ojos de un azul oscuro, de mirar lento. Tenía los labios muy encarnados y se sonreía con la media sonrisa perezosa de los fanfarrones. Llevaba una camisa roja y un cinturón ancho de cuero repujado; todo su equipaje consistía en una maleta de hojalata y una guitarra. La primera persona del pueblo que vio al recién llegado fue el primo Lymon, que oyó el ruido del camión que arrancaba y salió a curiosear. El jorobado asomó la cabeza por la esquina del porche, sin salir del todo. El hombre y él se quedaron mirándose, y aquella no era la mirada de dos desconocidos que se encuentran por primera vez y se estudian el uno al otro rápidamente. Era una mirada especial, como de dos criminales que se reconocen. Entonces el hombre de la camisa roja levantó el hombro izquierdo, dio la vuelta y se fue. El jorobado estaba muy pálido mientras veía alejarse al hombre, y al cabo de unos momentos empezó a seguirle calle abajo con cuidado, manteniéndose a bastante distancia.

En seguida se supo en todo el pueblo que Marvin Macy había vuelto. Primero fue al molino, apoyó los codos perezosamente en el marco de una ventana y se quedó mirando adentro. Le gustaba ver trabajar a los demás, como les pasa a todos los vagos de nacimiento. Una especie de confusión paralizadora se apoderó de la fábrica: los tintoreros dejaron las tinas humeantes, los hiladores y los tejedores se olvidaron de sus máquinas y ni siquiera Stumpy MacPhail, que era capataz, sabía exactamente qué hacer. Marvin Macy seguía sonriendo con su húmeda media sonrisa, y cuando vio a su hermano no se alteró su expresión petulante. Después de mirar al molino, Marvin Macy bajó por la calle hasta la casa donde se había criado, y dejó su maleta y su guitarra en el porche. Entonces dio la vuelta a la alberca y fue a ver la iglesia, las tres tiendas y el resto del pueblo. El jorobado le seguía a distancia, con las manos en los bolsillos y la carita todavía muy pálida.

Se había hecho tarde. Ya se estaba poniendo el rojo sol de invierno, y el cielo tenía por el oeste un color dorado profundo y carmesí. Los vencejos peluchones de las chimeneas volaron a sus nidos; se encendieron las lámparas. De tiempo en tiempo se notaba el olor de humo y el aroma denso y cálido de la barbacoa que se asaba despacio en la parrilla detrás del café. Después de dar una vuelta por el pueblo,

Marvin Macy se paró delante de la casa de *miss* Amelia y leyó el letrero del porche. Luego entró sin vacilar por el corral lateral. El pito del molino dio un silbido agudo y solitario, y se terminó la jornada de trabajo. En seguida se reunieron otros hombres en el patio posterior de *miss* Amelia, además de Marvin Macy: Henry Ford Crimp, Merlie Ryan, Stumpy MacPhail, y muchos chiquillos y gente que se quedaron curioseando por allí. Se habló poco. Marvin Macy estaba solo a un lado del foso, y los demás estaban agrupados al otro lado. El primo Lymon se quedó algo apartado de todos y no quitaba los ojos del rostro de Marvin Macy.

—¿Qué tal lo has pasado en el penal? —preguntó Merlie Ryan, con una risita tonta.

Marvin Macy no contestó. Se sacó del bolsillo posterior del pantalón una gran navaja, la abrió despacio y empezó a afilarla pasándosela por los fondillos. Merlie Ryan se quedó de pronto muy callado y se colocó detrás de la ancha espalda de Stumpy MacPhail.

Miss Amelia no volvió a su casa hasta el anochecer. Oyeron lejos el ruido de su auto, y luego la puerta que se abría y unos golpes como si estuviera subiendo algún bulto por la escalera. Ya se había puesto el sol, y caía la neblina azul de los atardeceres de invierno. *Miss* Amelia bajó muy despacio los escalones de la parte de atrás y los hombres que estaban en su patio se quedaron silenciosos, esperando. Había en el mundo pocas personas capaces de hacerle frente a *miss* Amelia; y ella odiaba a Marvin Macy de un modo singular y feroz. Todos pensaron que se iba a poner de pronto a vociferar, que agarraría algún objeto peligroso y le echaría del pueblo. Al principio no vio a Marvin Macy, y su cara tenía aquella expresión soñadora y aliviada, como siempre que volvía a su casa después de haber estado algo alejada de ella.

Miss Amelia debió ver a Marvin Macy y al primo Lymon al mismo tiempo. Miró al uno, miró al otro, pero no fue en el expresidiario donde finalmente se posó su mirada de desmayado asombro: *miss* Amelia, como todos, se quedó mirando al primo Lymon; y era, desde luego, algo digno de verse.

El jorobado estaba en el extremo del foso, con su cara pálida iluminada por el resplandor suave del fuego de encina. El primo Lymon tenía una habilidad muy peculiar, que utilizaba siempre que quería congraciarse con alguien: se quedaba muy quieto, un poco concentrado, y empezaba a mover sus enormes orejas pálidas con una rapidez y una facilidad asombrosas. Empleaba aquel truco siempre que quería sacarle algo especial a *miss* Amelia, y ella lo encontraba irresistible. Y ahora las orejas del jorobado aleteaban furiosamente en su cabeza, pero no era a *miss* Amelia a quien estaba mirando esta vez: el jorobado sonreía a Marvin Macy, implorante, casi desesperadamente. Al principio Marvin Macy no le prestó atención, y cuando al fin le miró fue sin apreciación de ninguna clase.

—¿Qué le pasa al jorobeta este? —preguntó, señalándole rudamente con el pulgar.

Nadie respondió. Y el primo Lymon, viendo que con aquella gracia no adelantaba nada, añadió nuevos métodos de persuasión. Se puso a mover rápidamente los párpados, que parecían pálidas mariposillas atrapadas en las cuencas de sus ojos; zapateó, gesticuló con los brazos y, finalmente, inició una especie de bailecillo parecido a un trote. Allí, en la última claridad de la tarde invernal, parecía el hijo de un duende del pantano.

Entre todos los que estaban en el patio, Marvin Macy fue el único que se impresionó.

—¿Es que le ha dado un ataque al enano? —preguntó; y, como nadie le contestara, se adelantó y dio al primo Lymon un manotazo en la cabeza. El jorobado se tambaleó y cayó al suelo. Se quedó allí sentado, con los ojos levantados hacia Marvin Macy, y sus orejas, con gran esfuerzo, todavía lograron batir en un débil y desesperado aleteo.

Entonces se volvieron todos a mirar a *miss* Amelia para ver qué iba a hacer. Durante aquellos años, nadie se había atrevido a tocar ni un pelo del primo Lymon, aunque a más de uno le hubiera gustado hacerlo. Bastaba con que alguien le hablara con dureza al jorobado para que *miss* Amelia cortase el crédito a tan malvado mortal y le hiciera la vida imposible durante mucho tiempo. Por eso, a nadie le hubiera sorprendido ver ahora a *miss* Amelia agarrar el hacha del cobertizo y abrirle la cabeza a Marvin Macy. Pero no hizo nada de eso.

Había ocasiones en que *miss* Amelia parecía caer en una especie de trance; la causa de aquellos trances era, por lo general, conocida y comprendida. Porque *miss* Amelia era un médico considerado, que no sacaba las raíces del pantano y otros ingredientes desconocidos para dárselos al primer paciente que llegara. Siempre que inventaba una medicina nueva la probaba ella primero. Se tragaba una dosis enorme y se pasaba el día siguiente yendo y viniendo, con aire pensativo, del café al retrete de ladrillo. Muchas veces, cuando aparecía una epidemia de gripe aguda, *miss* Amelia se quedaba muy quieta, de pie, mirando al suelo y con los puños apretados. Estaba tratando de averiguar qué órgano resultaba afectado, y cuál sería la dolencia que la nueva medicina podía aliviar mejor. Y ahora, mientras observaba al jorobado y a Marvin Macy, la cara de *miss* Amelia tenía ese mismo aire tenso, como si estuviera acechando un dolor interno, aunque esta vez no había tomado ninguna medicina nueva.

—Así aprenderás, jorobeta —dijo Marvin Macy.

Henry Macy se echó hacia atrás el mechón de pelo blanquecino que le caía sobre la frente y tosió nerviosamente. Stumpy MacPhail y Merlie Ryan restregaron los pies en el suelo, y los niños y los negros que estaban a la entrada del patio enmudecieron. Marvin Macy cerró la navaja que tenía en la mano y, después de mirar a su alrededor

sin temor alguno, salió del patio contoneándose. Las ascuas del foso se iban convirtiendo en cenizas como plumas grises; ya la noche había caído completamente.

He aquí cómo Marvin Macy volvió del penal. En todo el pueblo no hubo una persona que se alegrara de verle. Hasta la señora Mary Hale, que era tan buena mujer y le había criado con tanto cariño, hasta aquella anciana madre adoptiva, en cuanto le vio, dejó caer la cazuela que tenía en las manos y rompió a llorar. Pero a aquel Marvin Macy nada le desconcertaba. Se sentó en los escalones de atrás de la casa de Hale, se puso a tocar la guitarra perezosamente y cuando estuvo hecha la cena apartó a los niños de la casa y se sirvió un plato colmado, aunque apenas había tortas y carne para todos. Después de cenar se instaló en el rincón de dormir mejor y más caliente del cuarto de delante y ninguna pesadilla turbó su sueño.

Miss Amelia no abrió el café aquella noche. Atrancó todas las puertas y las ventanas, dejó una lámpara encendida en su cuarto toda la noche y no se les vio por ningún lado a ella ni al primo Lymon.

Como era de esperar, Marvin Macy trajo mala suerte desde el primer momento. Al día siguiente, el tiempo cambió de repente y empezó a hacer calor. Ya desde la mañana se notaba un bochorno pegajoso; el viento traía el olor podrido de las ciénagas y sobre la alberca zumbaba una nube de mosquitos. Aquel calor no era propio de la estación, era peor que en agosto; hizo mucho daño, porque casi todos los que tenían un cerdo habían imitado a *miss Amelia* y lo habían matado el día anterior. Y ¿cómo iba a conservarse el cerdo con un tiempo semejante? A los pocos días había por todo el pueblo un olor a carne pasada y un ambiente de mal humor por tanta pérdida. Y lo peor fue que en una fiesta familiar cerca de la carretera de Forks Falls comieron asado de cerdo y murieron todos, desde el primero hasta el último. Estaba claro que su cerdo se había echado a perder. Y ¿quién iba a saber si el resto de la carne se había estropeado o no? Los vecinos estaban desgarrados entre el deseo del buen sabor del cerdo y el temor a la muerte. Fueron unos días de ruina y confusión.

Y el culpable de todo, Marvin Macy, no tenía la menor vergüenza. Se le veía en todas partes. Durante las horas de trabajo andaba por los alrededores de la fábrica y se asomaba a mirar por las ventanas; y los domingos se ponía camisa roja y se exhibía por la calle Mayor con su guitarra. Todavía era guapo, con aquel pelo castaño, aquellos labios tan rojos y los hombros tan anchos y tan fuertes; pero su maldad era ya demasiado famosa para que su buen aspecto le sirviera de nada. Y aquella maldad no se medía solo por los pecados cometidos. Efectivamente, había robado en aquellas estaciones de gasolina. Y ya antes había echado a perder a las más tiernas muchachitas de la región y se había reído de su hazaña. Se le podían achacar toda clase de iniquidades, pero había algo en él que no tenía nada que ver con sus crímenes: era una maldad secreta, algo que se desprendía de él como un olor. Y otra

cosa, no sudaba jamás, ni siquiera en agosto; esa es seguramente una señal que vale la pena tener en cuenta.

Y en el pueblo pensaban que ahora era más peligroso que nunca, porque en el penal de Atlanta debía de haber aprendido a embrujar. ¿Cómo se explicaba, si no, su influencia en el primo Lymon? Porque desde el momento en que vio a Marvin Macy, el jorobado estaba poseído por un mal espíritu. A todas horas quería ir detrás de aquel presidiario, y no hacía más que inventar trucos estúpidos para llamar su atención. Pero Marvin Macy le trataba brutalmente o no le hacía el menor caso. A veces el jorobado se daba por vencido, se encaramaba a la barandilla del porche igual que un pájaro enfermo a un cable del teléfono y lanzaba sus quejas a los cuatro vientos.

—Pero ¿por qué? —preguntaba *miss* Amelia con los puños apretados, clavando en él su mirada gris y bisoja.

—¡Ay, Marvin Macy! —berreaba el jorobado, y el sonido de aquel nombre bastaba para alterar el ritmo de sus sollozos y le hacía hipar—. ¡Ha estado en Atlanta!

Miss Amelia movía la cabeza y su cara se endurecía y oscurecía. En primer lugar, los viajes la irritaban; despreciaba a esas gentes inquietas que habían hecho el viaje a Atlanta o que se habían alejado cincuenta millas del pueblo solo para ver el océano.

—El haber ido a Atlanta no es ningún mérito.

—¡Ha estado en el penal! —decía el jorobado, muerto de envidia.

¿Cómo va uno a discutir con una persona que tiene tales anhelos? En su desconcierto, la misma *miss* Amelia no parecía muy segura de lo que estaba diciendo:

—¿Que ha estado en el penal, primo Lymon? ¿Y eso, qué? Un viaje así no es como para darse importancia.

Durante aquellas semanas, todos observaban atentamente a *miss* Amelia. Andaba de un lado para otro con aire ausente, como si hubiera caído en uno de sus trances gripales. Quién sabe por qué, desde el día siguiente a la llegada de Marvin Macy dejó a un lado el mono y llevaba siempre el traje rojo que hasta entonces había reservado para los domingos, los funerales y las sesiones del juzgado. Después, al cabo de unas semanas, empezó a dar algunos pasos para aclarar la situación. Pero era difícil entender sus procedimientos. Si le dolía ver al primo Lymon siguiendo a Marvin Macy por el pueblo, ¿por qué no hablaba claro de una vez y le decía al jorobado que si le veía con Marvin Macy le echaría de su casa? Eso hubiera sido bien sencillo, y el primo Lymon hubiera tenido que someterse si no se quería ver en la triste alternativa de encontrarse abandonado en el mundo. Pero parecía que *miss* Amelia se había quedado sin voluntad; por primera vez en su vida no sabía qué camino tomar. Y, como suele ocurrir cuando se anda titubeando, hizo lo peor que podía hacer: tomar por varios caminos a la vez, unos en un sentido y otros en el sentido contrario.

El café se abría todas las noches, como de costumbre, y, cosa bastante extraña, cuando Marvin Macy entraba contoneándose, con el jorobado pegado a sus talones,

miss Amelia no le echaba a la calle. Llegó hasta a darle de beber gratis y le sonreía de un modo raro y torvo. Y al mismo tiempo le había preparado en el pantano un cepo capaz de matarle si se quedaba atrapado en él. Dejó que el primo Lymon le invitara a comer un domingo, y cuando Marvin bajaba la escalera intentó echarle la zancadilla. Inició una gran campaña de diversiones en honor del primo Lymon, con giras exhaustivas a los más variados espectáculos en localidades lejanas; fueron en el auto a Chautauqua, a treinta millas del pueblo, y le llevó a ver un desfile en Forks Falls. Total que aquella temporada fue enloquecedora para *miss* Amelia. La mayor parte de la gente pensaba que *miss* Amelia se ponía en ridículo, y todo el mundo estaba esperando a ver cómo iba a terminar aquello.

Volvió el frío. El invierno se adueñó del pueblo y se hacía de noche antes de que terminara el trabajo en la fábrica. Los niños dormían con toda la ropa puesta, y las mujeres se levantaban las faldas por detrás para tostarse soñadoramente junto al fuego. Después de llover, el barro de la calle formaba duros surcos helados; se veía el débil resplandor de las lámparas de las casas y los melocotoneros estaban deshojados. En aquellas noches de invierno, oscuras y silenciosas, el café era el punto central y cálido del pueblo, y sus luces brillaban tanto que se veían desde un cuarto de milla. Al fondo de la sala, la gran estufa de hierro rugía, crujía, se ponía al rojo vivo. *Miss* Amelia había hecho cortinas encarnadas para las ventanas y a un buhonero que pasó por el pueblo le había comprado un gran ramo de rosas de papel que casi parecían de verdad.

Pero no eran solo el calor, los adornos y la iluminación los que hacían al café tan preciso para el pueblo; había una razón más honda. Y aquella razón estaba relacionada con cierto orgullo que hasta entonces no se había conocido por aquí. Para comprender este nuevo orgullo hay que tener en cuenta el poco valor de la vida humana. Siempre había un montón de gente esperando junto a un molino; pero en las casas no tenían casi nunca carne suficiente, ni vestidos, ni tocino. La vida llegaba a convertirse en una larga y turbia rebatiña, solo para conseguir lo necesario para mantenerse vivos. Lo más desconcertante es que todas las cosas útiles tienen un precio y se compran solo con dinero, y que así es como está organizado el mundo. Sin tener que pararse a pensar, ya sabe uno cuál es el precio de una bala de algodón o de un cuartillo de melaza. Pero a la vida de un hombre no se le ha puesto precio: nos la dan de balde y nos la quitan sin pagárnosla. ¿Qué valor puede tener? Si se pone uno a considerar, hay momentos en que parece que la vida tiene muy poco valor, o que no tiene ninguno. Cuántas veces, después de haber estado uno sudando, y esforzándose, y las cosas no se le arreglan, se le mete a uno en el fondo del alma el sentimiento de que no vale gran cosa.

Pero el nuevo orgullo que trajo el café a este pueblo se dejó sentir en casi todos los vecinos, hasta en los niños. Porque para ir al café no era necesario pagar la cena, o un vaso de *whisky*; había refrescos embotellados por un níquel; y si no podía uno gastarse ni eso, *miss* Amelia tenía una bebida llamada zumo de cereza que valía un

penique el vaso y era de color rosa y muy dulce. Casi todo el mundo, excepto el reverendo T. M. Willin, iba al café por lo menos una vez a la semana. A los niños les encanta dormir en casas ajenas y comer con los vecinos; en esas ocasiones se portan como es debido y se ponen orgullosos. Así de orgullosos se sentían los vecinos del pueblo cuando se sentaban a las mesas del café. Se lavaban antes de ir donde *miss* Amelia y al entrar en el café se restregaban los pies muy finamente en el salón. Y allí, por lo menos durante unas horas, podía uno olvidar aquel sentimiento hondo y amargo de no valer para gran cosa en este mundo.

El café era un buen recurso para los solteros, los desgraciados y los tísicos. Y, por cierto, había cosas que hacían sospechar que el primo Lymon estaba tísico: el brillo de sus ojos grises, su terquedad, su charlatanería y su tos; todo aquello era mala señal. Además, ya se sabe que siempre tiene algo que ver el espinazo torcido con la tisis. Pero como le hablan de eso a *miss* Amelia se ponía nerviosa. Negaba aquellos síntomas con agria vehemencia, pero luego, a escondidas, le ponía al primo Lymon emplastos calientes en el pecho y le daba Kroup Kure y cosas así. Y aquel invierno la tos del jorobado había empeorado, y algunas veces, incluso en días fríos, rompía a sudar copiosamente. Pero aquello no le impedía andar constantemente pegado a los talones de Marvin Macy.

Todas las mañanas, muy temprano, el jorobado salía, se iba a la puerta trasera de la casa de la señora Hale y allí se quedaba, aguarda que aguarda (pues Marvin Macy era muy dormilón). Se quedaba allí de pie llamándole bajito. Su voz era igual que las voces de los niños cuando se quedan agachados con mucha paciencia junto a esos agujeritos del suelo donde creen que viven las mariquitas, y hurgan en el agujero con una paja, canturreando:

*Mariquita, mariquita,
vete a tu casa volando,
sal afuera, mariquita,
que tu casa se ha prendido
y tus hijos se están quemando.*

El jorobado llamaba todas las mañanas a Marvin Macy con aquella misma voz, a un tiempo triste, insinuante y resignada. Y cuando Marvin Macy salía, el jorobado le iba siguiendo por todo el pueblo, y algunas veces se marchaban juntos al pantano y se pasaban allí horas enteras.

Y *miss* Amelia seguía haciendo lo peor que podía hacer; es decir, que tomaba varios caminos a la vez. Cuando el primo Lymon salía de casa, no le llamaba para hacerle volver, sino que se quedaba allí sola en medio de la calle mirándole hasta que se perdía de vista. Casi todas las noches volvía Marvin Macy con el primo Lymon a la hora de la cena y se sentaba a la mesa con ellos. *Miss* Amelia abría los tarros de peras en conserva y preparaba una buena cena con jamón o pollos, grandes fuentes de tortas de maíz y guisantes de invierno. También es verdad que una vez *miss* Amelia trató de envenenar a Marvin Macy; pero hubo una confusión, se equivocaron de plato

y le tocó a ella la ración envenenada. En seguida se dio cuenta, al notar un ligero sabor amargo en la comida, y aquella noche se quedó sin cenar. Estuvo allí apoyada en el respaldo de la silla, tocándose el bíceps y mirando a Marvin Macy.

Marvin Macy iba todas las noches al café y se instalaba en la mesa mejor y más grande, la que estaba en el centro. El primo Lymon le traía el licor sin que Marvin tuviera que pagar un céntimo. Marvin Macy apartaba de un manotazo al jorobado, como si fuera un mosquito del pantano, y no solo no demostraba el menor agradecimiento por aquellos favores, sino que le daba al jorobado con el revés de la mano cada vez que se le ponía delante, o le decía:

—Quítate de mi vista, jorobeta, o te arranco el cuero cabelludo.

Cuando esto ocurría, *miss* Amelia salía de detrás del mostrador y se acercaba a Marvin Macy muy despacio, con los puños cerrados, y el extraño traje rojo le colgaba del modo más estrambótico en torno a las huesudas rodillas. Entonces Marvin Macy cerraba también los puños y se ponían a dar vueltas uno alrededor del otro, muy despacio y con aire amenazador. Pero aunque todos se quedaban mirándoles sin atreverse a respirar, nunca pasaba nada. Todavía no había llegado la hora de la pelea.

Aquel invierno ocurrió algo insólito, y por eso todos lo recuerdan y hablan todavía de él; fue una cosa extraordinaria. Cuando los vecinos se levantaron el 2 de enero encontraron que el mundo entero se había transformado a su alrededor. Los niños inocentes miraron por las ventanas y se asustaron tanto que se echaron a llorar. Los viejos empezaron a revolver en sus recuerdos y no pudieron encontrar nada que en estas tierras se hubiera parecido a aquel fenómeno. Y es que había nevado por la noche. Durante las oscuras horas después de medianoche, habían empezado a caer los leves copos suavemente sobre el pueblo. Al amanecer, todo el campo estaba cubierto de aquella nieve extraña que encuadraba las vidrieras rojas de la iglesia y blanqueaba los tejados. El pueblo tenía un aspecto como sumergido y aterido. Las casitas de los obreros resultaban sucias, ruinosas, como si estuvieran a punto de derrumbarse; y todo parecía más oscuro y miserable. Pero la nieve, en cambio, tenía una belleza que pocas personas del pueblo habían visto antes. La nieve no era blanca, como decían los del norte; era de suaves tonos azules y plateados, y el cielo era de un gris claro y luminoso. Y aquella calma soñolienta de la nieve al caer... ¿cuándo había estado el pueblo tan silencioso?

La gente reaccionó ante la nevada de modos muy distintos. *Miss* Amelia, al mirar por la ventana, movió pensativamente los dedos gordos de sus pies descalzos y se ciñó bien el cuello del camisón. Se quedó así un rato y luego empezó a cerrar las persianas de todas las ventanas. Cerró la casa por completo, encendió las lámparas y se sentó solemnemente a desayunar su tazón de avena. La razón no era que *miss* Amelia tuviese miedo de la nevada; sencillamente, se sentía incapaz de formarse una opinión inmediata del nuevo acontecimiento; y, cuando no sabía de un modo exacto y definitivo lo que pensaba de una cosa (y esto ocurría con harta frecuencia), prefería no hacer caso de ella. Nunca había visto caer nieve por estas tierras, y nunca había

pensado en la nieve de una forma o de otra; pero si admitía esta nevada iba a tener que llegar a alguna decisión y aquella temporada tenía ya demasiados quebraderos de cabeza. Así que se paseó por la casa sombría a la luz de las lámparas, pretendiendo que no había pasado nada. En cambio, el primo Lymon se alborotó muchísimo, y, cuando *miss* Amelia dio media vuelta para prepararle el desayuno, se escapó de la casa.

Marvin Macy empezó a darse importancia a costa de la nevada y dijo que ya conocía la nieve, que la había visto en Atlanta, y por su manera de pasear aquel día por el pueblo parecía que era el dueño de todos y cada uno de los copos de nieve. Se burló de los niños que se asomaban tímidamente a las puertas de las casas y les alargó puñados de nieve para que la probasen. El reverendo Willin caminaba calle abajo presurosamente y con una cara feroz, porque estaba pensando profundamente y tratando de meter la nieve en su sermón del domingo. La mayor parte de la gente se sentía humilde y contenta ante aquella maravilla; y todos hablaban en voz baja y decían «muchas gracias» y «por favor» más de lo necesario. Naturalmente, unas pocas almas flojas se desmoralizaron y se emborracharon; pero no fueron muchas. La nevada fue como una fiesta para todos, y algunos vecinos contaron su dinero y decidieron ir aquella noche al café.

El primo Lymon siguió a Marvin Macy todo el día, secundando sus alardes a propósito de la nieve; se maravillaba de que la nieve no cayera como la lluvia, y se quedó con la cabeza levantada mirando caer los copos leves y lentos, hasta que se tambaleó, mareado. Y ¡qué orgulloso se sentía dentro de la órbita de la gloria de Marvin Macy! Tanto, que muchas personas no pudieron evitar el gritarle:

—«Dijo la mosca en la rueda del carro: ¡Qué polvareda vamos levantando!».

Miss Amelia no había pensado servir cenas. Pero cuando a las seis se oyó ruido de pasos en el porche, abrió la puerta principal con cautela. Era Henry Ford Crimp, y aunque no había nada para comer, le dejó sentarse a una mesa y le sirvió de beber. Llegaron otros hombres. La tarde estaba azul, cortante, y aunque ya había dejado de nevar soplaba un viento de los pinares que levantaba del suelo ligeros remolinos. El primo Lymon no volvió hasta la noche, y con él venía Marvin Macy llevando su maleta de hojalata y su guitarra.

—¿Te vas de viaje? —le dijo *miss* Amelia muy de prisa.

Marvin Macy se calentó junto a la estufa. Después se sentó a su mesa y empezó a sacar punta a un palito con mucha calma. Se limpió los dientes, y a cada momento se sacaba el palito de la boca para mirarle la punta y luego lo limpiaba en la manga de su abrigo. No se molestó en contestar.

El jorobado miró a *miss* Amelia, que estaba detrás del mostrador. No parecía nada preocupado, sino muy seguro de sí mismo. Cruzó las manos a la espalda y levantó confiadamente las orejas. Tenía las mejillas encarnadas, los ojos brillantes y la ropa completamente mojada.

—Marvin Macy viene a quedarse con nosotros —dijo.

Miss Amelia no contestó. Tan solo salió de detrás del mostrador y se colocó junto a la estufa, como si la noticia le hubiera dado frío. No se calentaba la espalda con modestia, levantándose las faldas una pulgada o así, como hacen todas las mujeres cuando hay gente delante; *miss Amelia* no tenía ni pizca de modestia, y muchas veces se olvidaba por completo de que había hombres allí. Ahora, mientras se calentaba, tenía el traje rojo tan levantado por detrás que todo el que quisiera molestarse en mirar podía ver un trozo de su muslo, fuerte y velludo. Tenía la cabeza ladeada, y había empezado a hablar sola, cabeceando y arrugando la frente, y su voz era acusadora y llena de reproches, aunque no se entendían las palabras. Mientras tanto, el jorobado y Marvin Macy habían subido a la sala donde estaban las «hierbas de la Pampa» y las dos máquinas de coser, a las habitaciones donde *miss Amelia* había pasado toda su vida. Desde el café se les podía oír andando por allí arriba, instalando a Marvin Macy y deshaciendo su equipaje. Así es cómo se introdujo Marvin Macy en casa de *miss Amelia*. Al principio, el primo Lymon, que había cedido su cuarto a Marvin Macy, dormía en el sofá de la sala. Pero la nevada le había sentado mal; cogió un catarro que terminó en anginas, y *miss Amelia* le dejó su cama. El sofá de la sala era demasiado corto para ella; se le salían los pies por encima de los bordes, y se caía muchas veces al suelo. Seguramente fue la falta de sueño lo que le nubló la inteligencia; todo lo que intentaba hacer contra Marvin Macy se volvía contra ella. Caía en sus propias trampas y se encontró en situaciones muy violentas. Pero aun así no echaba a Marvin Macy de su casa, porque temía quedarse sola. Cuando se ha vivido alguna vez con otra persona, es un tormento tener que vivir solos. El silencio de una habitación donde arde el fuego, cuando de pronto se para el tictac del reloj; las sombras obsesionantes de una casa vacía... es preferible caer en manos de nuestro peor enemigo que enfrentarnos con el terror de vivir a solas.

La nieve no duró mucho. Salió el sol, y a los dos días el pueblo estaba igual que siempre. *Miss Amelia* no abrió su casa hasta que se deritió el último copo. Entonces se puso a hacer una limpieza general y sacó todas las cosas al sol. Pero antes de meterse a limpiar, lo primero que hizo al volver a salir al patio fue atar una cuerda a la rama más grande del cerezo chino. En el extremo de la cuerda ató un saquillo bien relleno de arena. Ese fue el *punching bag* que hizo para entrenarse, y, desde aquel día, todas las mañanas se dedicaba a boxear con él en el patio. Ya era una boxeadora muy buena; quizá fuera un tanto pesada de piernas, pero en cambio conocía todas las mañas y los trucos del boxeo.

Miss Amelia, como ya se ha dicho, medía seis pies y dos pulgadas de estatura. Marvin Macy era una pulgada más bajo. De peso estaban casi iguales: los dos pesaban unas ciento sesenta libras. Marvin Macy tenía la ventaja de su astucia de movimientos y de la dureza de su pecho. A primera vista se diría que él llevaba las de ganar. Sin embargo, casi todos los vecinos estaban apostando por *miss Amelia*. Los vecinos recordaban la gran pelea entre *miss Amelia* y un abogado de Forks Falls que había querido engañarla. Era un mocetón tremendo, pero cuando *miss Amelia*

terminó con él estaba medio muerto. Y no habían sido solamente sus dotes de boxeadora lo que había impresionado a todo el mundo. *Miss Amelia* consiguió desmoralizar a su adversario poniendo unas caras tan horribles y haciendo unos ruidos tan impresionantes que hasta los espectadores se habían espantado. Era valiente, se entrenaba con aplicación con su *punching bag* y en el caso presente tenía toda la razón de su parte. Así que los vecinos confiaban en ella y esperaban. Desde luego, no se había fijado fecha para la pelea; solo estaban aquellas señales que eran demasiado claras para poder pasarlas por alto.

Aquella temporada, el jorobado andaba por allí con una carita maligna y satisfecha. Era listo, y metía cizaña entre *miss Amelia* y Marvin Macy de mil maneras disimuladas y astutas. Siempre estaba tirando de la pernera del pantalón de Marvin Macy para atraerse su atención. Algunas veces seguía los pasos de *miss Amelia*, pero ahora solo lo hacía para imitar sus andares desgarbados: se ponía bizco y remedaba los gestos de ella de una forma que parecía que *miss Amelia* era un monstruo. Había algo tan terrible en aquellas imitaciones, que los parroquianos del café no se reían, ni siquiera los más tontos como Merlie Ryan. Tan solo Marvin Macy torcía la boca hacia la izquierda y cloqueaba. Cuando esto ocurría, *miss Amelia* se encontraba dividida entre dos emociones; dirigía al jorobado una extraviada mirada de reproche y desesperación, y luego se volvía hacia Marvin Macy con los dientes apretados.

—¡Así revientes! —decía furiosa.

Y entonces Marvin Macy solía coger su guitarra que estaba en el suelo junto a su silla y se ponía a cantar. Su voz era húmeda y pegajosa, porque siempre tenía demasiada saliva en la boca. Y las melodías que cantaba se le escurrían de la garganta como anguilas. Sus fuertes dedos pellizcaban las cuerdas con suave destreza, y cuando cantaba le hacía sentirse a uno fascinado y exasperado a la vez. Aquello era más de lo que *miss Amelia* podía soportar.

—¡Así revientes! —repetía, gritando.

Pero Marvin Macy tenía siempre una réplica a punto para ella. Ponía la mano sobre las cuerdas para apagar los sonidos que quedaban vibrando y contestaba con lenta y aplomada insolencia:

—¡Todo lo que me grites te pasará a ti! ¡Jo, jo!

Y *miss Amelia* se tenía que quedar allí desamparada, ya que nadie ha inventado nunca un remedio contra esta artimaña. No podía gritarle insultos que fueran a recaer luego sobre ella. La tenía cogida, no había nada que hacer.

Así iban las cosas. Nadie sabía qué pasaba entre ellos tres por las noches, en las habitaciones de arriba. Pero el café estaba cada tarde más concurrido. Hubo que poner otra mesa. Hasta el ermitaño, el loco llamado Rainer Smith, que se había ido al pantano hacía muchos años, oyó hablar de lo que ocurría y fue una noche para mirar por la ventana la reunión del café iluminado. Y el momento cumbre todas las noches era cuando *miss Amelia* y Marvin Macy cerraban los puños, se ponían frente a frente y se quedaban mirándose. Por lo general, esto no ocurría después de ninguna

discusión, sino que parecía producirse de una manera misteriosa, por algún instinto de los dos. En esos momentos el café se quedaba tan silencioso que se podía oír cómo crujía el ramillete de rosas de papel con la corriente de los ventiladores. Y cada noche duraba aquella escena un poco más que la anterior.

La pelea tuvo lugar el día del Topo, que es el 2 de febrero. El tiempo fue favorable, sin lluvia ni sol, con una temperatura mediana. Hubo varias señales de que aquel era el día fijado, y hacia las diez la noticia había corrido por todos los contornos. Por la mañana temprano, *miss* Amelia había salido y había cortado la cuerda de su *punching bag*. Marvin Macy se sentó en el escalón de atrás con una lata de grasa de cerdo entre las rodillas y empezó a embadurnarse cuidadosamente los brazos y las piernas. Un halcón con la pechuga ensangrentada voló sobre el pueblo y dio dos vueltas sobre la casa de *miss* Amelia. Sacaron las mesas del café al porche de atrás, de forma que todo el salón quedó despejado para la pelea. Estaban todas las señales.

Tanto *miss* Amelia como Marvin Macy se sirvieron cuatro raciones de asado medio crudo en la comida, y el resto de la tarde estuvieron echados para coger fuerzas. Marvin Macy se echó en el cuarto grande de arriba, y *miss* Amelia se tumbó sobre el banco de su oficina. Se veía claramente, por su cara blanca y tensa, qué tormento era para ella estar tumbada sin hacer nada, pero se quedó allí quieta y estirada como un cadáver, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho.

El primo Lymon no paró en todo el día, y su carita estaba sombría y tirante de pura excitación. Se preparó un bocadillo al mediodía y salió a buscar al topo. Volvió al cabo de una hora; se había comido el bocadillo y dijo que el topo había visto su sombra y que se preparaba mal tiempo. Luego, como lo mismo *miss* Amelia que Marvin Macy estaban descansando para coger fuerzas y nadie le hacía caso, se le ocurrió ponerse a pintar el porche delantero. La casa no había sido pintada desde hacía muchos años; en realidad, sabe Dios si la habían pintado alguna vez. El primo Lymon estuvo revolviendo por allí y al poco tiempo tenía pintada de un alegre color verde chillón la mitad del suelo del porche y embadurnada toda su persona. Y, cosa muy propia de él, antes de terminar el suelo empezó con la pared y fue pintándola hasta donde alcanzaba y luego se subió a un canasto para llegar una cuarta más arriba. Cuando se le acabó la pintura, la parte derecha del suelo estaba verde brillante y había un trozo de pared pintado que acababa en una línea dentellada. Allí abandonó el primo Lymon su obra.

Había algo infantil en su satisfacción con su pintura. Y a propósito de esto mencionaremos algo muy curioso: no había en el pueblo quien tuviera la menor idea de la edad del jorobado, ni siquiera *miss* Amelia. Algunos decían que cuando llegó al pueblo era todavía un niño de unos doce años; otros estaban seguros de que pasaba de los cuarenta. El jorobado tenía unos ojos azules y serenos como los de un niño, pero debajo de aquellos ojos se veían unas sombras violáceas que delataban la edad. Era

imposible adivinar su edad por su extraño cuerpo deforme. Y tampoco por su dentadura se podía sacar nada en claro; todavía tenía los dientes completos, pero se los había manchado tanto de tomar aquel polvo dulce que era imposible saber si eran dientes jóvenes o dientes viejos. Cuando le preguntaban directamente su edad, el jorobado confesaba que no tenía la menor idea, no sabía cuántos años llevaba en este mundo, si eran diez o si eran ciento. Así que su edad seguía siendo un misterio.

El primo Lymon terminó de pintar a las cinco y media de la tarde. El día se había puesto frío y se notaba humedad en el aire. El viento venía de los pinares; golpeaba las ventanas y un periódico viejo pasó revoloteando calle abajo y al fin se quedó prendido en un árbol. Empezó a llegar gente del campo; automóviles abarrotados con muchos niños que asomaban la cabeza por las ventanillas; carromatos tirados por mulas viejas que parecían sonreír con enojo y hastío y seguían arrastrando su carga con los ojos cansados y medio cerrados. De Society City llegaron tres jóvenes. Los tres iban con camisa amarilla y con las gorras echadas hacia atrás; eran tan parecidos como trillizos, y se les encontraba siempre en las peleas de gallos y en las fiestas camperas. A las seis el silbato de la fábrica anunció la salida del trabajo y la multitud se completó. Naturalmente, entre los recién llegados había alguna gentuza, personas desconocidas y demás; pero, aún así, la gente estaba tranquila. Había en todo el pueblo un ambiente de expectación, y las caras de la gente resultaban extrañas a la luz del crepúsculo. La oscuridad fue cayendo poco a poco; el cielo estuvo un momento amarillo pálido y claro, y sobre él se destacaban las líneas netas y oscuras de la iglesia; después se apagó lentamente, la oscuridad se fue concentrando y se hizo de noche.

El siete es número popular, y para *miss* Amelia en especial, era el número favorito: siete tragos de agua para el hipo, siete carreras alrededor de la alberca para la tortícolis, siete dosis de Purgante Milagroso Amelia para las lombrices... sus tratamientos giraban casi siempre en torno a ese número. Es un número con las más variadas posibilidades, un número que tienen en gran estima todos aquellos que aman el misterio y la magia. Así que la pelea tenía que ser a las siete. Esto lo sabía todo el mundo y no porque se hubiera anunciado o hablado de ello, sino que se entendía sin necesidad de preguntarlo, lo mismo que se entiende la lluvia, o un mal olor que viene del pantano. Así que, antes de las siete, todo el mundo se encontró con aire grave alrededor de la casa de *miss* Amelia. Los más listos entraron en el café y se alinearon junto a las paredes. Otros se apiñaron en el porche delantero o se buscaron un sitio en el patio.

Miss Amelia y Marvin Macy no se habían dejado ver todavía. *Miss* Amelia, después de descansar toda la tarde en el banco de la oficina, había subido al piso de arriba. Por su parte, el primo Lymon estaba por medio todo el tiempo, abriéndose camino entre la multitud, chasqueando los dedos nerviosamente y parpadeando. A las siete menos un minuto se deslizó en el café y se subió encima del mostrador. Reinaba un silencio absoluto.

Tenían que haberse puesto de acuerdo de algún modo; porque en cuanto dieron las siete apareció *miss* Amelia en lo alto de la escalera, y en el mismo instante se vio a Marvin Macy en la entrada del café. La multitud le abrió paso en silencio. Se dirigieron el uno hacia el otro, sin prisa, con los puños ya apretados y la mirada absorta. *Miss* Amelia había cambiado el traje rojo por su viejo mono, que llevaba remangado hasta las rodillas. Iba descalza y llevaba una muñequera de hierro en el brazo derecho. Marvin Macy también se había arremangado los pantalones; iba desnudo de cintura para arriba y muy embadurnado de grasa. Llevaba puestas las pesadas botas que le habían dado al salir del penal. Stumpy MacPhail se adelantó y les palpó los bolsillos de las caderas con la palma de la mano derecha para asegurarse de que no aparecerían navajas de improviso. Entonces se quedaron solos en el centro despejado del café, inundado de luz.

No se dio ninguna señal, pero los dos golpearon a la vez. Los dos golpes dieron en las barbillas, y las cabezas de *miss* Amelia y de Marvin Macy rebotaron hacia atrás y ambos se quedaron un tanto atontados. Durante unos momentos después de los primeros golpes, se contentaron con restregar los pies por el suelo, probando diferentes posturas y dando puñetazos al aire. Y de pronto se lanzaron el uno contra el otro como gatos salvajes. Se oían los puñetazos, los resoplidos y los golpes de los pies en el suelo. Eran tan rápidos que resultaba difícil seguir el curso de la pelea; pero una vez *miss* Amelia fue proyectada hacia atrás con tanta fuerza que se tambaleó y estuvo a punto de caer, y otra vez Marvin Macy recibió un golpe en el hombro que le hizo girar como una peonza. Y la pelea prosiguió de aquel modo salvaje y violento, sin que ninguno de los dos diera muestras de debilidad.

Durante una lucha así, cuando los adversarios son tan rápidos y tan fuertes como aquellos dos, vale la pena dejar de mirar la confusión de la pelea y observar a los espectadores. La gente se había echado hacia atrás todo lo posible y se aplastaba contra las paredes. Stumpy MacPhail estaba en un rincón, encogido y con los puños apretados como los luchadores, y hacía ruidos extraños. El pobre Merlie Ryan tenía la boca tan abierta que se le metió una mosca dentro y se la tragó antes de darse cuenta de nada. El primo Lymon era algo digno de verse: estaba todavía encima del mostrador, de manera que quedaba muy por encima de todos los demás. Tenía las manos sobre las caderas, la cabezota echada hacia delante y las piernecillas dobladas de forma que le sobresalían las rodillas. Estaba muy excitado y le temblaba la pálida boca.

Pasó media hora antes de que variara el curso de la pelea. Se habían cambiado cientos de golpes y hubo una corta pausa. Y de pronto Marvin Macy consiguió agarrar el brazo izquierdo de *miss* Amelia y se lo retorció detrás de la espalda. *Miss* Amelia se revolvió y atenazó a Marvin Macy por la cintura; ahora empezaba la verdadera lucha. La lucha libre es el modo natural de pelear en esta región; ya que el boxeo es demasiado rápido y hay que pensar y concentrarse mucho. Y ahora que *miss* Amelia y Marvin Macy estaban ya agarrados, la multitud salió de su arrobo y se

apretó más cerca. Durante algún tiempo los luchadores se ciñeron músculo contra músculo, con los huesos de las caderas estrechamente unidos. Así estuvieron moviéndose hacia delante y hacia atrás, hacia un lado y hacia otro. Marvin Macy no había sudado todavía, pero el mono de *miss Amelia* estaba empapado y se le escurría tanto sudor por las piernas que iba dejando las marcas húmedas de los pies en el suelo. Había llegado la hora de la prueba, y en aquellos momentos de esfuerzo tremendo *miss Amelia* era la más fuerte. Marvin Macy estaba grasiento y escurridizo, y era difícil de agarrar, pero ella era la más fuerte. Le fue doblando poco a poco hacia atrás, y pulgada a pulgada le abatía contra el suelo. Era algo terrible de ver, y en todo el café no se oían más que sus respiraciones jadeantes. Al fin le derribó y montó encima de él, y sus manos grandes y fuertes estaban sobre la garganta del hombre.

Pero en aquel momento, justo cuando la pelea estaba ganada, se oyó en el café un grito que hizo que un estremecimiento recorriera todas las espaldas. Y lo que pasó ha sido un misterio desde entonces. Todo el pueblo estaba allí para dar testimonio de lo ocurrido, pero hubo quien dudó de sus propios ojos. Porque el mostrador donde estaba subido el primo Lymon se hallaba por lo menos a doce pies de los que luchaban en el centro del café. Pero en el momento en que *miss Amelia* agarraba la garganta de Marvin Macy, el jorobado saltó hacia adelante y cruzó por el aire como si le hubieran nacido alas de halcón. Aterrizó sobre la ancha y fuerte espalda de *miss Amelia* y le apretó el cuello con sus deditos como garras.

El resto es una pura confusión. *Miss Amelia* fue vencida antes de que la multitud pudiera recobrarse. Gracias al jorobado, Marvin Macy ganó la pelea; al final *miss Amelia* yacía despatarrada en el suelo, con los brazos y las piernas extendidos, y sin sentido. Marvin Macy se irguió sobre ella, con la cara un tanto congestionada, pero sonriendo con su media sonrisa de siempre. Y en cuanto al jorobado, había desaparecido de repente. Quizá estaba asustado de lo que había hecho, o tal vez estaba tan encantado que quería saborear su alegría a solas; en todo caso, se escabulló fuera del café y se hizo un ovillo debajo de los escalones de atrás. Alguien echó agua encima de *miss Amelia*, que al cabo de un rato se levantó despacio y se arrastró hacia su oficina. La gente la veía a través de la puerta abierta, sentada a su mesa de trabajo, con la cabeza apoyada en el brazo, sollozando con su último resuello. Luego apretó el puño derecho y dio tres golpes con él sobre la mesa, y después su mano se abrió débilmente y se quedó quieta, con la palma hacia arriba. Stumpy MacPhail se adelantó y cerró la puerta.

Los espectadores estaban tranquilos y salieron del café uno por uno. Despertaron y desataron a las mulas, dieron la vuelta a los automóviles, y los tres jóvenes de Society City se fueron a pie, camino abajo. Aquella no había sido de esas peleas que se comentan después; la gente volvió a sus casas y se metió en la cama. El pueblo se quedó oscuro, menos la casa de *miss Amelia*, pues allí hubo luz en todas las habitaciones durante toda la noche.

Marvin Macy y el jorobado debieron abandonar el pueblo una hora o así antes del amanecer. Y he aquí lo que hicieron antes de marcharse:

Abrieron la vitrina de los tesoros y se llevaron todo lo que contenía.

Rompieron la pianola.

Grabaron con las navajas palabrotas horribles en las mesas del café.

Encontraron el reloj que se abría por detrás y se veían unas cataratas y también se lo llevaron.

Derramaron una garrafa de melaza por toda la cocina y rompieron los tarros de conservas.

Se fueron al pantano, destruyeron la destilería, estropearon el gran condensador nuevo y el refrigerador y después prendieron fuego a la cabaña.

Prepararon una fuente con el manjar predilecto de *miss* Amelia, maíz frito con salchichas, lo aderezaron con una cantidad de veneno capaz de matar a todo el condado y colocaron la fuente tentadoramente en el mostrador del café.

Hicieron todo el daño que les pasó por la cabeza, sin entrar en la oficina donde *miss* Amelia pasó la noche. Y después se marcharon juntos.

Así fue cómo *miss* Amelia se quedó sola en el pueblo. Los vecinos la hubieran ayudado de haber sabido cómo hacerlo, ya que la gente de este pueblo suele ser amable cuando se presenta la ocasión. Algunas amas de casa aparecieron por allí con escobas y se ofrecieron para limpiar los estropicios. Pero *miss* Amelia solo se las quedó mirando con sus ojos bizcos y perdidos y meneó la cabeza. Stumpy MacPhail entró en el café al tercer día para comprar un torcido de tabaco *queenie*, y *miss* Amelia dijo que el precio era un dólar. Todo lo del café había subido de repente a un dólar, y ¿qué clase de café es ese? También como médico cambió *miss* Amelia de un modo muy raro. En todos los años anteriores había sido mucho más popular que el médico de Cheehaw. Nunca se ensañaba con el alma de sus pacientes prohibiéndoles cosas tan necesarias como el alcohol, el tabaco y todo eso. Alguna vez, muy de tarde en tarde, podía advertir cuidadosamente a un paciente que no comiera nunca sandía frita o algún plato así que a nadie se le hubiera ocurrido tomar. Pero ahora se habían terminado ya aquellas inteligentes curas. A la mitad de sus pacientes les dijo que estaban para morir de un momento a otro; y a la otra mitad les recomendó unos tratamientos tan difíciles y terribles que nadie en su sano juicio podía tomarlos en serio ni por un momento.

Miss Amelia dejó que el pelo le creciese como una maraña, y estaba encaneciendo. Su cara se alargó, los grandes músculos de su cuerpo se relajaron hasta que se quedó delgada con esa delgadez de las solteras que se vuelven chifladas. Y aquellos ojos grises... poco a poco, día a día, iban estando más bizcos, y parecía que se buscaban el uno al otro para lanzarse una miradita de congoja y amistad. No era agradable oírlos: su lengua se había afilado de un modo terrible.

Si alguien aludía al jorobado, *miss Amelia* solo decía lo siguiente:

—¡Ah, si pudiera ponerle la mano encima, le arrancaría la joroba y se la echaría al gato!

Pero no eran tan terribles sus palabras como la voz con que las pronunciaba. Su voz había perdido el antiguo vigor; no quedaba ningún rastro de aquel tono de venganza que solía tener cuando hablaba de «ese remienda telares con el que me casé», o de algún otro enemigo. Su voz era rota, suave, y tan triste como el resoplido quejumbroso del armonio de la iglesia.

Durante tres años estuvo sentándose todas las noches en los escalones de delante, sola y en silencio, mirando hacia el camino y esperando. Pero el jorobado nunca volvió. Corrían rumores de que Marvin Macy le utilizaba para saltar por las ventanas y robar, y también se decía que Marvin Macy le había vendido para una feria. Pero aquellas dos noticias provenían de Marlie Ryan, qué nunca ha dicho una palabra que sea verdad. Al cabo de cuatro años, *miss Amelia* se trajo un carpintero de Cheehaw y le hizo atrancar su casa, y desde entonces ha permanecido allí en aquellas habitaciones cerradas.

Sí, el pueblo es lúgubre. En las tardes de agosto la calle está vacía, blanca de polvo, y allá arriba el cielo es brillante como cristal. Nada se mueve. No se oyen voces de niños, solo el zumbido del molino. Los melocotoneros parece que se tuercen más cada verano, y sus hojas son de un gris apagado y de una levedad enfermiza. La casa de *miss Amelia* se inclina tanto hacia la derecha que ya es solo cuestión de tiempo el que se caiga del todo, y la gente tiene cuidado de no pasar por el patio. En el pueblo no se puede comprar buen licor; la destilería más cercana está a ocho millas, y el licor de allí es tan malo que a quienes lo beben les salen en el hígado unas verrugas como puños y caen en peligrosos ensueños interiores.

No hay absolutamente nada que hacer en el pueblo: dar la vuelta a la alberca, quedarse dando patadas a un tronco podrido, pensar qué puede uno hacer con la rueda de carro vieja que está a un lado del camino, junto a la iglesia. El alma se pone enferma de aburrimiento. También puede uno bajar a la carretera de Forks Falls a ver la cuerda de presos.

LOS DOCE MORTALES

La carretera de Forks Falls se encuentra a tres millas del pueblo, y allí ha estado trabajando la cuerda de presos. La carretera es de asfalto, y el condado ha decidido rellenar los baches y ensancharla en cierto paso peligroso. La cuadrilla está compuesta por doce hombres, todos vestidos con el traje de presidiarios, a rayas

blancas y negras, y todos encadenados por los tobillos. Hay un guardián que lleva un fusil, y sus ojos no son más que unas rajadas encarnadas, a causa de la luz. La cuadrilla trabaja todo el día; los presos llegan amontonados en el coche de la cárcel poco después del alba, y se los llevan otra vez en el gris crepúsculo de agosto. Todo el día se oye el sonido de los picos que golpean en la tierra caliza, todo el día hace un sol duro y huele a sudor. Y todos los días hay música. Una voz oscura inicia una frase, medio cantada, como una pregunta. Y al cabo de un momento se le une otra voz, y luego empiezan a cantar todos los presos. Las voces son sombrías en la luz dorada, la música es una intrincada mezcla de tristeza y de gozo. La música va creciendo hasta que al fin parece que el sonido no proviene de los doce hombres encadenados, sino de la tierra misma o del ancho firmamento. Es una música que ensancha el corazón, que estremece de éxtasis y temor a quien la escucha. Y después, poco a poco, la música va cayendo hasta que al final queda una sola voz, luego un respirar bronco, el sol y el golpear de los picos en el silencio.

¿Quiénes son estos hombres, capaces de hacer una música así? Solo doce mortales, siete muchachos negros y cinco muchachos blancos de este condado. Solo doce mortales que están juntos.

WUNDERKIND

Entró en el cuarto de estar, con la carpeta de la música golpeándole contra las piernas con medias de invierno y el otro brazo caído por el contrapeso de los libros de clase; se quedó quieta un momento escuchando los sonidos que venían del estudio. Una procesión suave de acordes de piano y el afinar de un violín. Luego el señor Bilderbach la llamó con su voz gutural y pastosa:

—¿Eres tú, Bienchen?

Al tirar de sus mitones vio que sus dedos se contraían con los movimientos de la fuga que había estado estudiando esa mañana.

—Sí —contestó—. Soy yo.

—Un momento.

Se oía hablar al señor Lafkowitz; sus palabras se devanaban en un murmullo sedoso e ininteligible. Una voz casi de mujer, pensó, comparada con la del señor Bilderbach. La inquietud dispersó su atención. Manoseó el libro de geometría y *Le Voyage de Monsieur Perrichon* antes de dejarlos sobre la mesa. Se sentó en el sofá y empezó a sacar de la carpeta sus papeles de música. Se miró otra vez las manos, los tendones palpitantes que bajaban tensos de los nudillos, la herida de un dedo enfundada en una cintita enrollada y sucia. Al verla, se agudizó el miedo que le había empezado a atormentar en los últimos meses.

En voz baja se murmuró a sí misma unas palabras de aliento. Una buena lección, como antes. Cerró los labios cuando oyó el ruido pesado de los pasos del señor Bilderbach atravesando el suelo del estudio y el crujido de la puerta al abrirse.

Por un momento tuvo la extraña sensación de que durante los quince años de su vida, la mayor parte del tiempo se la había pasado mirando el rostro y los hombros que sobresalían ahora por detrás de la puerta, en un silencio que solo rompía el pellizcar asordinado y ausente de una cuerda de violín. El señor Bilderbach. Su profesor, el señor Bilderbach. Los ojos vivos detrás de las gafas con cerco de concha, el pelo suave y claro, y, debajo, la cara estrecha; los labios gruesos y cerrados con suavidad, el de abajo rosa y brillante de mordérselo con los dientes; las venas bifurcadas en las sienes latiendo tan claramente que se las podía ver desde el otro lado de la habitación.

—¿No has venido un poco temprano? —le preguntó echando una mirada al reloj de la chimenea, que, desde hacía un mes, señalaba las doce y cinco—. Ahí está Josef. Estamos mirando una sonatina de uno que él conoce.

—Muy bien —dijo ella tratando de sonreír—. La escucharé.

Le parecía ver sus dedos hundiéndose impotentes en una confusión de teclas de piano. Se sintió cansada, sintió que si él la seguía mirando mucho rato le temblarían las manos.

Él se quedó indeciso en mitad de la habitación. Apretó los dientes con fuerza en el labio inferior, hinchado y brillante.

—¿Tienes hambre, Bienchen? —preguntó—. Hay un poco de pastel de manzana que ha hecho Anna, y leche.

—Esperaré a después —dijo ella—. Gracias.

—Cuando termines de dar una clase muy buena, ¿eh? —Su sonrisa pareció desmigarse por las comisuras.

Se oyó un ruido detrás de él en el estudio y el señor Lafkowitz empujó la otra hoja de la puerta y se quedó quieto a su lado.

—¿Qué hay, Frances? —dijo sonriendo—. Y ¿qué tal va el trabajo?

Sin quererlo, Lafkowitz la hacía siempre sentirse sin gracia, desgarbada. Era un hombre pequeño, de aspecto fatigado cuando no sostenía el violín. Las cejas se curvaban muy altas sobre su cara cetrina de judío, como preguntando algo, pero los párpados se cerraban lánguidos e indiferentes. Hoy tenía un aire distraído. Le miró entrar en la habitación sin propósito visible, sosteniendo el arco con incrustaciones de nácar entre sus dedos tranquilos y haciendo pasar las crines blancas por el pedazo de resina. Hoy tenía los ojos como hendiduras agudas y brillantes y el pañuelo de hilo que le asomaba por el cuello oscurecía sus ojeras.

—Supongo que estás trabajando mucho ahora —sonrió el señor Lafkowitz, aunque ella no había contestado a su pregunta.

Ella miró al señor Bilderbach y él se volvió. Sus hombros pesados empujaron la puerta abriéndola y el último sol de la tarde entró por la ventana del estudio, una línea amarilla por el cuarto de estar polvoriento. Detrás de su profesor podía ver el largo piano agazapado, la ventana y el busto de Brahms.

—No —contestó ella a Lafkowitz—, lo estoy haciendo muy mal. —Sus dedos delgados aletearon por las hojas de música—. No sé lo que me pasa —dijo mirando la espalda musculosa e inclinada del señor Bilderbach, que estaba en tensión escuchando.

El señor Lafkowitz sonrió.

—Me parece que hay veces que uno...

Sonó en el piano un acorde duro.

—¿No cree que sería mejor que siguiéramos con esto? —preguntó el señor Bilderbach.

—En seguida —dijo Lafkowitz dándole al arco otra pasada antes de dirigirse a la puerta. Pudo verle recoger su violín de encima del piano. Él la vio y bajó el instrumento—. ¿Has visto el retrato de Heime?

Sus dedos se agarraron con fuerza a los bordes agudos de la carpeta.

—¿Qué retrato? —preguntó.

—Uno de Heime en el *Musical Courier* que está ahí en la mesa. Detrás de la cubierta.

Empezó la sonatina. Discordante, pero de todas maneras sencilla. Vacía, pero con un estilo propio bien cortado. Frances tomó la revista y la abrió.

Ahí estaba Heime, en el ángulo de la izquierda. Sostenía el violín con los dedos curvados hacia abajo sobre las cuerdas, para el *pizzicato*. Con sus pantalones bombachos oscuros sujetos con cuidado bajo las rodillas y un jersey de cuello alto. Era una foto mala. Aunque estaba de perfil, sus ojos se volvían hacia el fotógrafo y parecía que el dedo iba a equivocarse de cuerda. Parecía sufrir de tenerse que volver hacia el aparato fotográfico. Estaba más delgado (la tripa ya no le sobresalía), pero no había cambiado mucho en estos seis meses. «Heime Israelsky, joven violinista de talento, fotografiado mientras ensaya en el estudio de su profesor en Riverside Drive. El joven maestro Israelsky, que pronto cumplirá quince años, ha sido invitado a tocar el *Concierto* de Beethoven...».

A ella, esa mañana, después de estudiar de seis a ocho, su padre la había hecho sentarse con la familia a desayunar. Odiaba el desayuno; luego se quedaba como marcada. Prefería esperar y comprarse luego cuatro barras de chocolate con sus veinte centavos del almuerzo y comérselas durante la clase, sacándolas a pedacitos del bolsillo, debajo del pañuelo, y parándose en seco cada vez que el papel de plata hacía ruido. Pero aquella mañana su padre le había puesto un huevo frito en el plato, y sabía que, si se rompía y el amarillo viscoso se escurría sobre el blanco, lloraría. Y había pasado eso. Esa sensación le venía también ahora. Dejó otra vez la revista con cuidado y cerró los ojos.

La música del estudio parecía buscar violentamente y sin gracia ninguna algo que no se podía lograr. Un momento después sus pensamientos se alejaron de Heime y el concierto y la foto y revolotearon otra vez en torno a la lección. Se tumbó en el sofá hasta que pudo ver bien el estudio: los dos tocando, escudriñando las anotaciones sobre el piano, sacando con afán todo lo que estaba allí escrito.

No podía olvidar el recuerdo de la cara del señor Bilderbach cuando la había mirado un rato antes. Sus manos, que todavía se crispaban inconscientemente con los movimientos de la fuga, se agarraban a sus rodillas huesudas. Cansada, eso es lo que estaba. Y con aquella sensación de hundirse y disolverse en ondas, como la que le venía tan a menudo antes de echarse a dormir por la noche cuando había estudiado demasiado. Como aquellos medio sueños fatigosos que zumbaban y la arrastraban en sus torbellinos.

Una niña prodigio, *Wunderkind*, *Wunderkind*. Las sílabas le venían rodando a la manera alemana, le golpeaban contra los oídos y luego se hacían un murmullo. Y con los rostros girando, hinchándose hasta la distorsión, achicándose en pálidas burbujas. El señor Bilderbach, la señora Bilderbach, Heime, Lafkowitz. Dando vueltas y más vueltas en círculo en torno al gutural *Wunderkind*. Y el señor Bilderbach, enorme en mitad del círculo, su rostro apremiante, y todos los demás a su alrededor.

Frases musicales balanceándose locamente. Notas que había tocado cayendo unas sobre otras como un puñado de canicas escaleras abajo. Bach, Debussy, Prokofiev,

Brahms... llevando el compás grotescamente con el último latido de su cuerpo cansado y el círculo zumbante.

Algunas veces, cuando no había estudiado más de tres horas, o no había ido al Instituto, los sueños no eran tan confusos. La música se remontaba con claridad en su cabeza y volvían pequeños recuerdos, rápidos y precisos, claros como esa ñoña estampita, *La edad de la inocencia*, que Heime le había dado al terminar el concierto en que tocaron juntos.

Wunderkind, Wunderkind. Esto era lo que el señor Bilderbach la había llamado cuando, a los doce años, fue a su estudio por primera vez. Los alumnos mayores lo habían repetido.

No que el señor Bilderbach se lo hubiera dicho nunca a ella. «Bienchen (ella tenía un nombre corriente, pero él lo usaba solamente cuando cometía equivocaciones muy grandes), Bienchen», solía decir. «Sé que debe ser terrible llevar todo el tiempo una cabeza tan cargada. Pobre Bienchen...».

El padre del señor Bilderbach fue un violinista holandés. Su madre era de Praga. Él había nacido en esa ciudad y había pasado su juventud en Alemania. ¡Cuántas veces había deseado ella no haber nacido y haberse criado simplemente en Cincinnati! «¿Cómo se dice *queso* en alemán?, señor Bilderbach». «¿Cómo es en holandés *no lo entiendo?*».

El primer día vino ella al estudio. Tocó toda la *Rapsodia Húngara n.º 2* de memoria. El cuarto ensombreciéndose con el crepúsculo. El rostro del señor Bilderbach al encorvarse sobre el piano.

—Ahora empezaremos todo otra vez —dijo aquel primer día—. Esto; tocar música, es algo más que una maña. Que los dedos de una niña de doce años cubran tantas teclas en un segundo, no quiere decir nada. —Se golpeó con su mano grandota el pecho ancho y la frente—: Aquí y aquí. Eres lo bastante mayor para entenderlo. —Encendió un cigarrillo y le sopló bromeando el humo sobre la cabeza—. Trabajar, trabajar, trabajar. Vamos a empezar ahora con estas Invenciones de Bach y estas piezas de Schumann. —Se movieron otra vez sus manos, ahora para tirar de la cadenilla de la lámpara que estaba detrás de ella y señalar la música—. Te voy a enseñar cómo quiero que estudies esto. Escucha con atención.

Había estado al piano casi tres horas y se sentía muy cansada. La voz honda del señor Bilderbach sonaba como si vagase dentro de ella desde hacía mucho tiempo. Quería alcanzar y tocar sus dedos flexibles y musculosos que señalaban las frases; quería sentir el anillo fulgurante y su mano velluda y fuerte.

Tenía clase los martes después del Instituto y los sábados por la tarde. Muchas veces se quedaba después de terminar la lección del sábado y cenaba y dormía con ellos y a la mañana siguiente tomaba el tranvía para su casa. La señora Bilderbach la quería a su manera tranquila, casi en silencio. Era muy diferente de su marido. Era pacífica, gorda y lenta. Cuando no estaba en la cocina haciendo alguno de los ricos platos que a los dos les gustaban tanto, parecía pasarse todo el tiempo arriba, en su

cama, leyendo revistas o, simplemente, mirando a la nada con una semisonrisa. Cuando se casaron en Alemania, ella se dedicaba a cantar *lieder*. Ya no volvió a cantar (decía que era por la garganta). Cuando el señor Bilderbach iba a la cocina a llamarla para que escuchara a un alumno, sonreía siempre y decía que estaba *gut*, muy *gut*.

Cuando Frances tenía trece años, se le ocurrió un día que los Bilderbach no tenían hijos. Le pareció extraño. Una vez estaba con la señora Bilderbach en la cocina cuando llegó del estudio él, en tensión, furioso contra algún alumno que le fastidiaba. Ella siguió batiendo la sopa espesa, hasta que el señor Bilderbach, con su mano, como a tientas, se apoyó en su hombro. Entonces se volvió, con aire plácido, mientras él la abrazaba y escondía su cara seca en la carne blanca y sin nervios de su cuello. Así estuvieron sin moverse. Luego él levantó bruscamente la cara, en la que la ira se había cambiado en una tranquila falta de expresión, y volvió a su estudio.

Desde que había empezado con el señor Bilderbach, no tenía tiempo de ver a la gente del colegio, y Heime había sido el único amigo de su edad. Era alumno del señor Lafkowitz y venía con él a casa del señor Bilderbach las tardes en que ella estaba allí. Oían tocar a sus profesores y, a veces, también ellos dos hacían juntos música de cámara, sonatas de Mozart o Bloch.

Wunderkind, Wunderkind.

Heime era un «niño prodigio». Él y ella luego.

Heime tocaba el violín desde los cuatro años. No tenía que ir al colegio, el hermano del señor Lafkowitz, que era tullido, le enseñaba por las tardes geometría, la historia de Europa y los verbos franceses. A los trece años tenía una técnica como el mejor violinista de Cincinnati, todo el mundo lo decía. Pero tocar el violín debe ser más fácil que el piano. Estaba segura de que lo era.

Heime parecía oler siempre a pantalones de pana, a la comida que había tomado y a resina. Casi siempre, también, tenía las manos sucias alrededor de los nudillos y los puños de la camisa le salían grisáceos por las mangas del jersey. Ella le miraba siempre las manos cuando tocaba: flacas solamente en las articulaciones, con duras burbujitas de carne rebosando encima de las uñas raspadas, y el pliegue, tan niño, que se le notaba en la muñeca arqueada.

Lo mismo dormida que despierta, podía recordar el concierto solo en una nebulosa. No supo hasta algunos meses después que ella no había tenido éxito. Era verdad que los periódicos habían alabado a Heime más que a ella. Pero él era más pequeño. Cuando estaban de pie, juntos, en el escenario, él le llegaba solo a los hombros. Y eso para la gente hacía mucho, ya se sabe. También había aquello de la sonata que tocaron juntos. La de Bloch.

—No, no. No creo que esto sea lo apropiado —había dicho el señor Bilderbach cuando sugirieron lo de Bloch para finalizar el concierto—. Mejor eso de John Powell, la *Sonata virginalesca*.

Ella no lo había comprendido entonces; quería que fuera la de Bloch, igual que el señor Lafkowitz y Heime.

El señor Bilderbach había cedido. Después, cuando en las reseñas dijeron que le faltaba temperamento para esa clase de música, después que llamaron a su manera de tocar floja y sin sentimiento, se sintió defraudada.

—Eso de *oi-oi* —dijo el señor Bilderbach dándole con los periódicos— no es para ti, Bienchen. Deja eso para los Heime, los *witzes* y los *eskis*.

Una niña prodigio. No importaba qué dijeran los periódicos; eso era lo que él la había llamado. ¿Por qué Heime lo había hecho mucho mejor que ella en el concierto? En el colegio, a veces, cuando debería estar mirando al que resolvía el problema de geometría en la pizarra, la pregunta se revolvía como un cuchillo dentro de ella. Pensaba en ello en la cama y, a veces, hasta cuando debería estar concentrada en el piano. No era culpa de Bloch ni de que ella no fuera judía; no del todo, por lo menos. ¿Sería que Heime no tenía que ir al colegio y había empezado a tocar tan pequeño? ¿Sería...?

Por fin pensó que ya sabía el porqué.

—Toca la *Fantasía y Fuga* —le había dicho el señor Bilderbach una tarde hacía un año, después de que él y el señor Lafkowitz habían terminado de leer algo de música juntos.

Mientras tocaba, le pareció que Bach le salía bien. Con el rabillo del ojo podía ver la expresión tranquila y contenta del rostro del señor Bilderbach, podía verte levantar las manos de los brazos de la silla en los momentos culminantes y luego dejarlas caer satisfechas, cuando los puntos cumbres de las frases habían salido bien. Ella se levantó del piano al terminar la pieza, tragando como para aflojar las ligaduras que la música parecía haberle atado alrededor de la garganta y del pecho. Pero...

—Frances —había dicho entonces el señor Lafkowitz, mirándola de pronto con una curva en su boca fina y sus ojos casi cubiertos por sus pestañas delicadas—. ¿Sabes cuántos hijos tenía Bach?

Ella se volvió intrigada:

—Muchos, veintitantos...

—Bien, entonces... —los bordes de su sonrisa se marcaban suavemente en su cara pálida—. Entonces no podía ser tan frío.

Al señor Bilderbach esto no le gustó; su refulgencia gutural de palabras alemanas parecía dejar oír *Kind* en alguna parte. El señor Lafkowitz levantó las cejas. Ella se había dado cuenta, pero quiso guardar un rostro inexperto y sin expresión porque era como al señor Bilderbach le gustaba verla.

Pero estas cosas no tenían nada que ver. No importaban mucho por lo menos, porque ya se haría mayor. El señor Bilderbach lo comprendía y, después de todo, tampoco el señor Lafkowitz había dicho en serio lo que dijo.

En sus sueños, el rostro del señor Bilderbach se ensanchaba y se contraía en el centro de un círculo en torbellino, los labios alzándose suavemente, las sienes

insistiendo.

Pero, a veces, antes de dormirse, había recuerdos tan claros como cuando se remeti6 un agujero que tenia en la media para que lo tapara el zapato.

—¡Bienchen, Bienchen! —Y el traer la se6ora Bilderbach la cesta de la costura enseñándole c6mo se zurcía y no eso de apretarlo todo en un mont6n arrebujado.

Y cuando se examin6 de grado medio en el Instituto: «¿Qu6 te vas a poner?», le pregunt6 la se6ora Bilderbach el domingo por la ma6ana, durante el desayuno, cuando ella les cont6 c6mo habían ensayado la entrada en el sal6n de actos.

—Un traje de noche que se puso el a6o pasado mi prima.

—¡Ay, Bienchen! —dijo 6l dando vueltas con sus pesadas manos a la taza de caf6, mirándola, con pliegues alrededor de sus ojos risue6os—. Apuesto a que s6 lo que quiere Bienchen...

6l insistió. No le crey6 cuando ella le dijo que, de verdad, no le importaba nada.

—Así, Anna —dijo, empujando la servilleta al otro lado de la mesa. Y cruz6 la habitaci6n con andares afectados, moviendo las caderas y girando los ojos detrás de las gafas de concha.

El sábad6 siguiente por la tarde, despu6s de la clase, se la llev6 a los almacenes de la ciudad. Sus dedos gruesos acariciaban los tejidos finos y los organdíes crujientes que las dependientas sacaban de sus perchas. Le ponía los colores junto a la cara, torciendo la cabeza a un lado, y escogi6 el rosa. Tambi6n se acord6 de los zapatos. Prefiri6 unos zapatos blancos de ni6a. A ella le parecieron un poco de se6ora vieja, y la etiqueta con la cruz roja en el tal6n les daba un aire de beneficencia. Pero no importaba. Cuando la se6ora Bilderbach empez6 a acortarlo y a sujetarlo con alfileres, el se6or Bilderbach interrumpió la clase para verlo y sugerir fruncidos en las caderas y en el cuello y una rosa de fantasía en el hombro. La m6sica iba saliendo bien. Los trajes y la fiesta de fin de curso y demás no cambiaban nada.

Nada importaba mucho, excepto tocar la m6sica como había que tocarla, haciendo salir lo que tenía dentro, tocando y tocando, hasta que el rostro del se6or Bilderbach perdiera algo de su mirada apremiante. Poniendo en la m6sica lo que ponían Myra Hess, Yehudi Menuhin... ¡incluso Heime!

¿Qu6 le había empezado a pasar en los 6ltimos cuatro meses? Las notas empezaban a salir con una entonaci6n muerta y rota. La adolescencia, pens6. Algunos ni6os prometen tocando y tocan y tocan hasta que, como ella, cualquier bobada les hace llorar. Y se cansan queriendo sacarlo bien, y están anhelando algo; algo extraño iba a pasar. ¡Pero ella no! Ella era como Heime. Tenía que serlo. Ella...

En otro tiempo, era seguro que tenía ese don. Y esas cosas no se pierden. *Wunderkind... Wunderkind...*, había dicho de ella el se6or Bilderbach, arrastrando las palabras a la segura y profunda manera alemana. Y en los sue6os más profundamente aún, más cierta que nunca. Con su cara como un espejismo ante ella, y las anhelantes frases musicales mezcladas en el zumbante girar y girar. *Wunderkind, Wunderkind...*

Aquella tarde, el señor Bilderbach no acompañó al señor Lafkowitz hasta la puerta, como de costumbre. Se quedó en el piano, apretando con suavidad una nota solitaria. Escuchando, Frances mira al violinista enrollarse la bufanda alrededor de la garganta pálida.

—Una buena fotografía de Heime —dijo ella cogiendo sus papeles de música—. Me escribió una carta hace un par de meses contándome que había oído a Schnabel y a Huberman, y sobre el Carnegie Hall y lo que se come en la sala de té rusa.

Para retrasar un poco más su entrada en el estudio, esperó hasta que el señor Lafkowitz se dispuso a marchar y se quedó detrás de él hasta que abrió la puerta. El frío helado de fuera entró cortante en la habitación. Se hacía tarde y el aire estaba teñido del amarillo pálido del atardecer del crepúsculo invernal. Al girar la puerta en los goznes, la casa parecía más oscura y más silenciosa que nunca.

Cuando ella entró en el estudio, el señor Bilderbach se levantó del piano y, en silencio, la miró sentarse al teclado.

—Bien, Bienchen —dijo—. Esta tarde vamos a empezar otra vez de nuevo. Desde el principio. Olvida estos últimos meses.

Parecía como si tratara de representar un papel en una película. Balanceaba su cuerpo sólido y se frotaba las manos, y hasta sonrió de una manera satisfecha, cinematográfica. Luego, de pronto, dejó esta actitud de manera brusca. Dejó caer sus hombros pesados y empezó a mirar el montón de música que ella había traído.

—Bach... no, todavía no, no —murmuró—. ¿Beethoven? Sí, la *Sonata con variaciones, op. 26*. —Las teclas del piano la aprisionaban, tiesas y blancas como muertas.

—Espera un momento —dijo él. Estaba de pie, en la curva del piano, apoyado de codos, mirándola—. Hoy espero algo de ti. Esta sonata es la primera sonata de Beethoven que estudiaste. No te falla ni una sola nota técnicamente; no tienes que preocuparte más que de la música. Eso es todo lo que tienes que pensar.

Recorrió las páginas del tomo hasta que encontró dónde estaba. Luego empujó su silla hasta la mitad de la habitación, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas, apoyándose en el respaldo.

Por alguna razón, ella sabía que esta postura de él tenía un buen efecto en su actuación. Pero sentía que hoy iba a verle con el rabillo del ojo y que se distraería. El señor Bilderbach estaba sentado, tieso, con las piernas en tensión. El pesado libro parecía balancearse peligrosamente sobre el respaldo de la silla. «Vamos ya», dijo él lanzando un disparo de sus ojos hacia ella.

Ella curvó las manos sobre las teclas y luego las hundió. Las primeras notas fueron demasiado fuertes, las otras frases siguieron secas.

El señor Bilderbach levantó la mano de la música:

—Espera; piensa un momento en lo que estás tocando. ¿Cómo está marcado este principio?

—An... andante.

—Muy bien. No lo hagas un adagio entonces. Y toca bien en las notas. No las arrastres por encima de esa manera. A ver. Un andante gracioso y expresivo.

Probó otra vez. Sus manos parecían estar separadas de la música que había dentro de ella.

—Escucha —interrumpió él—. ¿Cuál de estas variaciones domina el conjunto?

—La marcha fúnebre —contestó ella.

—Prepárate entonces para ella. Esto es un andante, pero no una pieza de salón según tú la has tocado. Empieza suavemente, *piano*, y no hagas el *crescendo* hasta llegar al arpeggio. Hazlo cálido y dramático. Y aquí abajo, donde pone *dolce*, haz cantar a la melodía. Sabes ya todo eso. Ya lo hemos visto todo. Ahora tócalo. Siéntelo como Beethoven lo escribió. Siente esa tragedia y contención.

No podía dejar de mirarle a las manos. Parecían posarse intencionadamente en la música, dispuestas a levantarse en señal de parada tan pronto como ella empezara, con el brillo de su sortija avisándole el alto.

—Señor Bilderbach, puede ser que si yo..., si usted me dejara tocar la primera variación sin pararme, lo haría mejor.

—No te interrumpiré —dijo él.

Agachó demasiado su cara pálida sobre las teclas. Tocó la primera parte y, obedeciendo a una señal de él, empezó la segunda. No había faltas que le molestaran, pero las frases salían de sus dedos antes de que pudiera poner en ellas lo que sentía que quería decir.

Cuando terminó, él levantó la vista de la música y empezó a hablar con calma gris:

—No he oído casi esos acordes de la mano derecha. Y, por cierto, esta parte tendría que ir creciendo en intensidad, desarrollando los temas que tenían que haberse destacado en la primera parte. En fin, pasa a la siguiente.

Quería empezar con una tristeza contenida, para ir llegando paulatinamente a una expresión de dolor hondo, desbordante. Esto era lo que le decía la cabeza. Pero las manos parecían pegársele a las teclas como macarrones blandos y no podía imaginar cómo tenía que ser la música.

Cuando cesó de resonar la última nota, el señor Bilderbach cerró el libro y se levantó de la silla poco a poco. Movía la mandíbula inferior de un lado a otro y entre sus labios abiertos se podía ver la pequeña línea roja de la garganta y sus dientes amarillos de tabaco. Dejó el libro de Beethoven sobre el montón de música y apoyó los codos otra vez en el piano negro y suave.

—No —dijo sencillamente, mirándola.

La boca de ella empezó a temblar.

—No puedo remediarlo. Yo...

Repentinamente, él se sonrió.

—Escucha, Bienchen —empezó con una voz suave, forzada—. ¿Tocas todavía *El herrero armonioso*, no? Te dije que no lo quitaras de tu repertorio.

—Sí —dijo ella—, lo toco de vez en cuando.

Era la voz que él usaba con los niños.

—¿Te acuerdas? Fue de las primeras cosas que tocamos juntos. Lo solías tocar muy fuerte, como si fueras de verdad la hija de un herrero. Ya ves, Bienchen, te conozco tan bien... como si fueras mi propia hija. Sé lo que tienes. Te he oído tocar tan bien... Solías tocar...

Se paró sin saber qué decir y chupó la colilla pulposa de su cigarrillo. El humo salía como adormecido de los rosados labios de él y se enredaba en una niebla gris por los lisos cabellos y la frente infantil de Frances.

—Hazlo sencillo y alegre —dijo él encendiendo la lámpara detrás de ella y alejándose del piano. Se quedó un momento dentro del círculo brillante que hacía la luz. Luego, impulsivamente, se puso casi en cuclillas—. Vigoroso —dijo.

No podía dejar de mirarle, sentado en un talón con el otro pie delante de él para guardar el equilibrio, los músculos de sus fuertes piernas en tensión bajo la tela de los pantalones, la espalda derecha, los codos apoyados sólidamente en las rodillas.

—Ahora, sencillamente —repitió con un gesto de sus manos carnosas—, piensa en el herrero, trabajando todo el día al sol. Trabajando tranquilo y sin que le molesten.

Ella no podía mirar al piano. La luz le iluminaba el vello de sus manos extendidas y hacía brillar los cristales de sus gafas.

—¡Todo seguido! —ordenó él—. ¡Vamos ya!

Sintió que la médula de sus huesos se vaciaba y que no le quedaba sangre dentro. El corazón, que toda la tarde le había golpeado contra el pecho, lo sintió muerto, lo vio gris, blando y encogido por los bordes como una ostra.

El rostro del señor Bilderbach parecía vibrar en el espacio delante de ella, acercarse al ritmo de las sacudidas de las venas de sus sienes. Evasivamente ella miró al piano. Sus labios temblaban como jalea y una oleada de lágrimas silenciosas hizo que las teclas blancas se le empañaran con una línea aguanosa.

—No puedo —murmuró—. No sé por qué, pero no puedo. No puedo más.

El cuerpo tenso del señor Bilderbach se relajó y poniéndose la mano en el costado se levantó. Ella recogió su música y le pasó por delante corriendo.

Su abrigo. Los mitones. Los chanclos. Los libros del colegio y la cartera que él le había regalado en su cumpleaños. Todo lo que en el cuarto silencioso era suyo. De prisa, antes de que él hablara.

Al atravesar el vestíbulo no pudo dejar de ver sus manos, colgando del cuerpo, que se apoyaba contra la puerta del estudio, relajado y sin designio. Cerró la puerta con fuerza. Con los libros y la cartera a rastras, bajó tropezándose por las escaleras de piedra, se equivocó de dirección al salir, corrió por la calle que se había vuelto una confusión de ruidos y bicicletas y juegos de otros niños.

EL JOCKEY

El *jockey* llegó a la puerta del comedor; después de un momento entró y se puso a un lado, quieto, con la espalda apoyada contra la pared. El local estaba lleno; era ya el tercer día de la temporada y todos los hoteles de la ciudad estaban repletos. En el comedor, unos ramitos de rosas habían dejado caer pétalos sobre los manteles blancos y desde el bar cercano llegaba un sonido de voces cálido y ronco. El *jockey* esperaba con la espalda pegada a la pared y observaba el comedor con ojos apretados, rugosos. Examinó la habitación y su mirada llegó hasta una mesa de la esquina de enfrente en la que estaban sentados tres hombres. Observando, el *jockey* levantó la barbilla y echó la cabeza hacia un lado; su cuerpo de enano se irguió rígido y apretó las manos con los dedos curvos hacia dentro como garfios de hierro. Así, en tensión, contra la pared del comedor, miraba y esperaba.

Aquella tarde llevaba un traje de seda china verde bien cortado a medida y del tamaño de un disfraz de niño. La camisa era amarilla; la corbata a rayas, de colores pastel. Iba sin sombrero y llevaba el pelo cepillado hacia la frente en una especie de flequillo mojado y tieso. Su rostro era chupado, gris y sin edad. Había hoyos de sombra en sus sienes y sus labios se crispaban en una sonrisa forzada. Después de un rato se dio cuenta de que le había visto uno de los tres hombres que él había mirado. Pero el *jockey* no saludó con la cabeza, levantó más la barbilla y metió el pulgar de su mano rígida en el bolsillo del chaleco.

Los tres hombres de la mesa de la esquina eran un entrenador, un corredor de apuestas y un hombre rico. El entrenador era Sylvester, un sujeto grandote, desgarrado, de nariz brillante y lentos ojos azules. El de las apuestas era Simmons. El hombre rico era el dueño de un caballo que se llamaba Seltzer, con el que el *jockey* había corrido aquella tarde. Los tres bebían *whisky* con soda, y un camarero uniformado con chaqueta blanca acababa de traer el plato principal de la cena.

Fue Sylvester el primero que vio al *jockey*. Desvió la vista en seguida, dejó su vaso de *whisky* y se frotó nervioso la punta de la nariz enrojecida.

—Es Bitsy Barlow —dijo—. Está ahí, al otro lado del comedor, mirándonos.

—¡Ah, el *jockey*! —dijo el hombre rico. Estaba de cara a la pared y casi dio media vuelta para mirar hacia atrás—. Dile que venga.

—¡No, por Dios! —dijo Sylvester.

—Está loco —dijo Simmons. La voz del corredor de apuestas era opaca y sin inflexiones. Tenía la cara de un jugador nato, ajustada cuidadosamente su expresión en equilibrio permanente de miedo y codicia.

—Bueno, yo no le llamaría eso precisamente —dijo Sylvester—. Le conozco desde hace tiempo. Estaba estupendamente hasta hace unos seis meses. Pero si sigue así, me parece que no dura otros seis meses, no puede.

—Fue aquello que le pasó en Miami —dijo Simmons.

—¿Qué? —preguntó el hombre rico.

Sylvester echó una mirada al *jockey* a través del comedor y se humedeció los labios con la lengua roja y carnosa.

—Un accidente. Un chico que se hirió en la pista. Se rompió una pierna y la cadera. Era muy amigo de Bitsy. Un irlandés. No era mal jinete tampoco.

—Es una pena —dijo el hombre rico.

—Sí. Eran muy amigos —dijo Sylvester—. Estaba siempre en el hotel en el cuarto de Bitsy. Solían jugar al póquer o se tumbaban en el suelo a leer juntos la página de deportes.

—Bueno, son cosas que pasan —dijo el hombre rico.

Simmons cortaba su filete. Tenía el tenedor sobre el plato y amontonaba cuidadosamente sobre él las setas con la hoja del cuchillo.

—Está loco —repetía—. A mí me pone nervioso.

Estaban ocupadas todas las mesas del comedor. En la mesa del centro había un grupo de fiesta y las mariposas blancas y verdes habían entrado desde la noche y revoloteaban alrededor de las llamas claras de las velas. Dos chicas con pantalones de franela y chaquetas sueltas entraron del brazo y fueron al bar. De la calle principal llegaban los ecos de la histérica barahúnda de la gente en vacación.

—Aseguran que Saratoga es en agosto la ciudad más rica del mundo por cabeza —dijo Sylvester dirigiéndose al hombre rico—. ¿A usted qué le parece?

—No sé —dijo el hombre rico—. Podría serlo muy bien.

Simmons se limpió cuidadosamente la boca grasienta con la punta del índice:

—¿Y qué pasa con Hollywood? ¿Y Wall Street?

—Calla —dijo Sylvester—. Viene hacia acá.

El *jockey* había dejado la pared y se acercaba a la mesa de la esquina. Andaba pavoneándose, presumido, lanzando las piernas en un semicírculo a cada paso, taconeando viva y petulantemente sobre la alfombra de terciopelo rojo. Al andar se dio contra el codo de una mujer gorda vestida de satén blanco, que estaba en la mesa del banquete; el *jockey* retrocedió y se inclinó con cortesía estudiada, los ojos bien cerrados. Cuando hubo cruzado el comedor, acercó una silla y se sentó en una esquina de la mesa, entre Sylvester y el hombre rico, sin hacer el menor saludo ni cambiar en lo más mínimo su rostro gris e inmóvil.

—¿Has cenado? —preguntó Sylvester.

—Algunos lo llamarían cenar —la voz del *jockey* era alta, clara y amarga.

Sylvester puso el cuchillo y el tenedor cuidadosamente sobre el plato. El hombre rico cambió de postura, poniéndose de lado en la silla y cruzando las piernas. Llevaba pantalones grises de montar, las botas sucias y una chaqueta marrón muy estropeada. Este era su atuendo día y noche durante las carreras, aunque nadie le había visto nunca a caballo. Simmons siguió con su cena.

—¿Quieres un poco de *seltz*? —preguntó Sylvester—. ¿O algo por el estilo?

El *jockey* no contestó. Sacó una petaca de oro del bolsillo y la abrió de golpe. Dentro había algunos pitillos y una navajita de oro minúscula. Usaba la navaja para cortar en dos los cigarrillos. Cuando hubo encendido el pitillo, levantó la mano llamando al camarero que pasaba junto a la mesa.

—Un *whisky*, por favor.

—Mira, chico —dijo Sylvester.

—No me llame chico.

—Sé razonable. Sabes que tienes que ser razonable.

El *jockey* hizo una mueca rígida con el extremo izquierdo de la boca. Bajó los ojos mirando la comida que había encima de la mesa, pero los levantó en seguida. Delante del hombre rico había una cazuelita de pescado asado con salsa de crema y adornado con perejil. Sylvester había pedido unos huevos «Benedict». Había espárragos, maíz tostado con mantequilla y un platito con aceitunas negras. Había una fuente de patatas fritas en la esquina de la mesa, delante del *jockey*. No miró más la comida. Fijaba sus ojos apretados en el centro de mesa con rosas abiertas.

—Me figuro que no se acordarán de cierta persona que se llamaba McGuire —dijo.

—Oye, mira —dijo Sylvester.

El camarero trajo el *whisky* y el *jockey* se sentó acariciando el vaso con sus manos pequeñas, fuertes y callosas. En la muñeca llevaba una cadena de oro que golpeaba contra el borde de la mesa. Después de dar vueltas al vaso entre las palmas de las manos, se bebió de pronto el *whisky* en dos tragos. Dejó el vaso con aire decidido.

—No, no creo que su memoria sea tan larga y amplia —dijo.

—Claro que sí, Bitsy —dijo Sylvester—. Pero ¿por qué haces estas cosas? ¿Has tenido hoy noticias del chico?

—He tenido una carta —dijo el *jockey*—. A esa persona de la que hablábamos la han quitado del personal el miércoles. Tiene una pierna dos centímetros más corta que la otra. Eso es todo.

Sylvester chasqueó la lengua y movió la cabeza.

—Me hago cargo de lo que sientes.

—¿Sí? —El *jockey* miraba los platos de la mesa. Su mirada iba de la cazuelita de pescado al maíz y finalmente se fijó en la fuente de patatas fritas. Apretó la cara, y levantó la mirada rápidamente. Deshojó una rosa y cogió uno de los pétalos, lo estrujó entre los dedos y se lo metió en la boca.

—Bueno, son cosas que pasan —dijo el hombre rico.

El entrenador y el de las apuestas habían terminado de comer, pero quedaba comida en las fuentes. El hombre rico se lavó los dedos grasientos en el vaso de agua y se secó con la servilleta.

—¡Vaya! —dijo el *jockey*—. ¿No quieren que les traiga algo? ¿O quizá desean repetir? ¿Otro filete, señores, o...?

—Por favor —dijo Sylvester—. Sé razonable. ¿Por qué no te vas arriba?

—Sí, ¿por qué no me voy? —dijo el *jockey*.

Su voz aflautada era todavía más alta y tenía algo del plañido agudo de la histeria.

—¿Por qué no me voy a mi maldito cuarto y le doy vueltas y escribo unas cartas y me voy a la cama como un buen chico? ¿Por qué no...? —Empujó su silla hacia atrás y se levantó—. ¡Oh, al cuerno! —dijo—. Váyanse al cuerno. Quiero algo de beber.

—Lo que te digo es que esto es tu funeral —dijo Sylvester—. Tú ya sabes el mal que esto te hace. Lo sabes de sobra.

El *jockey* cruzó el comedor y se acercó a la barra. Pidió un Manhattan y Sylvester le miró, de pie con los talones juntos, apretados, el cuerpo tieso como un soldado de plomo, con el meñique separado del vaso, y bebiendo despacio.

—Está loco —dijo Simmons—. Ya lo dije.

Sylvester se volvió al hombre rico:

—Si se toma una chuleta de cordero, se le ve la forma en el estómago una hora después. No digiere ya las cosas. Pesa cincuenta y un kilos. Ha engordado un kilo y medio desde que dejamos Miami.

—Un *jockey* no debe beber —dijo el hombre rico.

—La comida no le satisface como antes y no la digiere. Si se toma una chuleta, se la puede ver saliendo de punta en el estómago y no le baja.

El *jockey* terminó su Manhattan. Tragó y aplastó la cereza del fondo del vaso con el dedo gordo, y la apartó luego lejos de él. Las dos chicas en pantalones estaban de pie a su izquierda, mirándose, y al otro lado del bar dos chicos habían empezado una discusión sobre cuál era la montaña más alta del mundo. Todos estaban acompañados; no había nadie solo aquella noche. El *jockey* pagó con un billete nuevo de cincuenta dólares y no contó el cambio.

Volvió al comedor, a la mesa en la que estaban sentados los tres hombres, pero no se sentó.

—No, no me atrevería a pensar que la memoria de ustedes es tan buena —dijo. Era tan bajo que el borde de la mesa le llegaba casi al cinturón y cuando agarró la esquina con sus manos nervudas no tuvo que doblarse—. No, ustedes están demasiado ocupados en tragar cenas en restaurantes. Están demasiado...

—De veras —rogó Sylvester—. Tienes que ser razonable.

—¡Razonable! ¡Razonable! —El rostro gris del *jockey* tembló, luego se detuvo en una sonrisa helada y desagradable. Sacudió la mesa hasta que los platos se tambalearon, y por un momento pareció que la iba a volcar. Pero de pronto lo dejó. Alargó la mano a la fuente que estaba a su lado y se metió deliberadamente en la boca un puñado de patatas fritas. Masticaba despacio, con el labio superior levantado, se volvió y escupió la masa pastosa sobre la suave alfombra roja que cubría el suelo—. ¡Depravados! —dijo. Y su voz sonaba delgada y rota. Saboreó la palabra como si tuviera un sabor que le gustara—. ¡Depravados! —repitió, y volviéndose se marchó del comedor con su rígido pavoneo.

Sylvester encogió uno de sus hombros pesados y caídos. El hombre rico secó un poco de agua que se había vertido sobre el mantel, y no hablaron hasta que vino el camarero a recoger los platos.

MADAME ZILENSKY Y EL REY DE FINLANDIA

Todo el mérito de haber traído a *madame* Zilensky a la Universidad de Ryder se debía a *Mister* Brook, director del Departamento de Música. La universidad se consideraba afortunada, porque *madame* Zilensky tenía una gran reputación, lo mismo como compositora que como pedagoga. *Mister* Brook se encargó personalmente de buscar una casa para *madame* Zilensky, un sitio cómodo, con jardín, bastante cerca de la universidad y al lado de la casa de pisos donde él habitaba.

Nadie en Westbridge había conocido a *madame* Zilensky antes de que viniera. *Mister* Brook había visto retratos suyos en las revistas de música, y una vez le había escrito para preguntarle sobre la autenticidad de cierto manuscrito de Buxtehude. También, cuando se decidió que viniera a la universidad, se habían intercambiado algunos telegramas y cartas sobre asuntos prácticos. Tenía una letra clara y recta, y lo único fuera de lo corriente en estas cartas era que hacían alguna referencia casual a objetos y personas completamente desconocidos a *Mister* Brook, como «el gato amarillo de Lisboa» o «el pobre Heinrich». *Mister* Brook achacó estas distracciones a la confusión de la huida de Europa con su familia.

Mister Brook era una persona algo borrosa; años de minuetos de Mozart, de explicaciones sobre séptimas disminuidas y terceras menores, le habían dado en su vocación una paciencia alerta. Casi siempre estaba solo. Odiaba la ostentación académica y las juntas. Años antes, cuando los del Departamento de Música habían decidido hacer un viaje juntos y pasar el verano en Salzburgo, en el último momento *Mister* Brook se escurrió del compromiso y se fue solo al Perú. Tenía algunas rarezas y era tolerante con las extravagancias de los demás; realmente casi le hacía gracia el ridículo. A menudo, cuando se enfrentaba con alguna situación grave e incongruente, sentía un cosquilleo interior, que endurecía su rostro largo y suave y agudizaba la luz de sus ojos grises.

Mister Brook fue a recibir a *madame* Zilensky a la estación de Westbridge una semana antes de empezar el semestre de otoño. La reconoció al punto. Era una mujer alta y erguida, con la cara pálida y ojerosa. Sus ojos estaban profundamente sombreados y llevaba el cabello oscuro echado hacia atrás desde la misma frente. Tenía manos largas y delicadas, muy sarmentosas. En toda su persona había algo noble y abstraído que hizo que *Mister* Brook retrocediera un poco y se quedara desabrochándose nervioso los gemelos. A pesar de sus vestidos (una falda larga negra y una chaqueta roja de cuero), daba una impresión de vaga elegancia. Con *madame* Zilensky había tres niños, entre los diez y los seis años, los tres rubios, guapos y de ojos claros. Había otra persona, una mujer vieja, que luego resultó ser la criada finlandesa.

Este fue el grupo que encontró en la estación. El único equipaje que traían con ellos eran dos enormes cajas de manuscritos; el resto se lo habían dejado olvidado en la estación de Springfield cuando cambiaron de tren. Esto es algo que le puede pasar a cualquiera. Cuando *Mister Brook* los metió a todos en un taxi, pensó que lo peor ya había pasado, pero *madame Zilensky* de pronto trató de saltar por encima de sus rodillas y salir.

—¡Dios mío! —dijo—. Me he dejado mi..., ¿cómo se dice?, mi tic-tic-tic...

—¿Su reloj? —preguntó *Mister Brook*.

—¡Oh, no! —dijo ella con vehemencia—. Ya sabe usted, mi tic-tic-tic —y movía el índice de un lado a otro como un péndulo.

—Tic-tic —dijo *Mister Brook* llevándose las manos a la cabeza y cerrando los ojos—. ¿Es posible que quiera usted decir un metrónomo?

—¡Sí, sí! Creo que lo he debido perder donde cambiamos de tren.

Mister Brook pudo tranquilizarla. Hasta dijo, con una especie de galantería aturdida, que le buscaría uno al día siguiente. Pero, de momento, tenía que reconocerse que había algo extraño en este desconsuelo por el metrónomo, cuando faltaba todo el resto del equipaje.

Los Zilensky se instalaron en la casa de al lado y, aparentemente, todo iba bien. Los niños eran unos chicos tranquilos. Se llamaban Sigmund, Boris y Sammy. Estaban siempre juntos y se seguían el uno al otro en fila india, Sigmund delante por lo general. Entre ellos hablaban en algo que sonaba a un esperanto familiar hecho con ruso, francés, finlandés, alemán e inglés; cuando había gente alrededor estaban extrañamente silenciosos. Lo que a *Mister Brook* le ponía incómodo no era nada de lo que los Zilensky hacían o decían. Eran pequeños detalles. Por ejemplo, cuando los niños estaban en una habitación, había algo que inconscientemente le molestaba. Por fin se dio cuenta de que los chicos Zilensky no pisaban nunca las alfombras: las bordeaban en fila india sobre el suelo desnudo, y si una habitación estaba toda alfombrada, se quedaban en la puerta y no entraban. Había otra cosa: habían pasado varias semanas y *madame Zilensky* parecía no hacer el menor esfuerzo por instalarse y amueblar la casa con algo más que una mesa y unas camas. La puerta principal estaba abierta día y noche, y pronto la casa empezó a tener un aspecto extraño y destartalado, como un sitio abandonado hacía años.

La universidad podía estar satisfecha con *madame Zilensky*. Enseñaba con tremenda insistencia y se indignaba profundamente si cualquier Mary Owens o Bernardine Smith no sacaba limpios los trinos de Scarlatti. Buscó cuatro pianos para su estudio y puso a cuatro asombradas estudiantes a tocar fugas de Bach juntas. La barahúnda que venía desde su parte de la sección era tremenda, pero *madame Zilensky* parecía no tener nervios, y, si la voluntad y el esfuerzo puros pudieran transmitir una idea musical, realmente la Universidad de Ryder no hubiera podido

pedir más. Por las noches *madame* Zilensky trabajaba en su duodécima sinfonía. Parecía no dormir nunca; no importaba a qué hora de la noche se le ocurriera a *Mister* Brook mirar por la ventana de su cuarto de estar, la luz del estudio de *madame* Zilensky estaba siempre encendida. No, no era por ninguna causa profesional que *Mister* Brook estaba intrigado.

Fue a finales de octubre cuando por primera vez notó que había algo que indudablemente estaba mal. Había almorzado con *madame* Zilensky y se había divertido con una descripción detallada que ella le había dado sobre un safari que había hecho en África en 1928. Después, por la tarde, se había parado delante de su despacho y se había quedado un tanto abstraída en la puerta.

Mister Brook la miró desde su escritorio y preguntó:

—¿Quiere usted algo?

—No, gracias —dijo *madame* Zilensky. Tenía una voz baja, bella y sombría—. Estaba solo pensando. ¿Se acuerda usted del metrónomo? ¿Cree usted que quizá me lo habré dejado en casa de aquel francés?

—¿De quién? —preguntó *Mister* Brook.

—De ese francés con el que estuve casada —contestó.

—Francés —dijo tímidamente *Mister* Brook. Trató de imaginarse al marido de *madame* Zilensky, pero su mente se negó. Murmuró casi para él—. El padre de los niños.

—¡Oh, no! —dijo *madame* Zilensky con decisión—. El padre de Sammy.

Mister Brook tuvo una rápida premonición. Su instinto interno le advirtió que no siguiera. Pero su amor al orden, su conciencia, le hicieron preguntar:

—¿Y el padre de los otros dos?

Madame Zilensky se llevó la mano a la nuca y se levantó el pelo corto y erizado. Su rostro estaba soñoliento y durante unos minutos no contestó. Luego dijo amablemente:

—Boris es de un polaco que tocaba el flautín.

—¿Y Sigmund? —preguntó luego. *Mister* Brook miró su escritorio ordenado, con la pila de ejercicios corregidos, los tres lápices bien afilados, el elegante pisapapeles de marfil. Cuando levantó la vista hacia *madame* Zilensky, esta pensaba con esfuerzo. Miró alrededor por las esquinas de la habitación, los párpados bajos y la mandíbula moviéndose de un lado a otro. Finalmente dijo:

—¿Hablabamos del padre de Sigmund?

—Bueno, no —dijo *Mister* Brook—. No hace falta que hablemos de ello.

Madame Zilensky contestó con voz a un tiempo orgullosa y terminante:

—Era un compatriota.

A *Mister* Brook realmente no le importaba la cosa. No tenía prejuicios; la gente se podía casar diecisiete veces y tener hijos chinos por lo que a él le tocaba. Pero había algo en la conversación con *madame* Zilensky que le molestaba. Comprendió de

repente. Los niños no se parecían en nada a *madame* Zilensky pero eran iguales entre sí, y, teniendo padres diferentes, *Mister* Brook pensó que la semejanza era asombrosa.

Pero *madame* Zilensky había terminado el asunto. Se subió la cremallera de la chaqueta de cuero y se volvió.

—Ahí es exactamente donde me lo he dejado —dijo con un rápido movimiento de cabeza—. *Chez* aquel francés.

La vida en la sección de música transcurría tranquila. *Mister* Brook no tenía dificultades serias que resolver, como lo de la profesora de arpa del año anterior, que se fugó con un mecánico. Había solo esa constante inquietud por *madame* Zilensky. No podía aclarar qué le pasaba en su relación con ella y por qué sus sentimientos estaban tan confusos. Para empezar: ella era una gran viajera y sus conversaciones estaban salpicadas de referencias incongruentes sobre sitios lejanos. Podía pasarse días sin abrir la boca, rondando por los corredores con las manos en los bolsillos de la chaqueta y el rostro meditabundo. Y de pronto agarraba a *Mister* Brook y se lanzaba a un largo monólogo, con ojos fieros y brillantes y voz vehemente y cálida. Tenía que hablar de todo o de nada. Pero había siempre algo raro, de una manera indirecta, en cualquier episodio que ella mencionara. Si hablaba de llevar a Sammy al peluquero, la impresión que producía era tan exótica como si estuviera hablando de una tarde en Bagdad. *Mister* Brook no podía aclararlo.

La verdad le llegó de repente, y la verdad lo aclaró todo perfectamente, o por lo menos despejó la situación. *Mister* Brook había vuelto temprano a casa y había encendido el fuego en la pequeña chimenea de su cuarto de estar. Se sentía a gusto y en paz aquella noche. Estaba sentado ante el fuego, en calcetines, con un tomo de William Blake en la mesa al lado y se había servido media copa de licor de melocotón. A las diez estaba dormitando cómodamente delante del fuego, su mente llena de frases nebulosas de Mahler y retazos de pensamientos flotantes, y, de pronto, de entre aquel delicado sopor, le vinieron a la memoria cuatro palabras: «el rey de Finlandia». Las palabras le parecían familiares, pero al principio no pudo localizarlas; luego, de pronto, pudo seguirles la pista. Estaba paseando aquella tarde por el campus, cuando *madame* Zilensky le paró y empezó algún descabellado galimatías que escuchó solo a medias; estaba pensando en el montón de cánones que le habían hecho en la clase de contrapunto. Ahora le volvían las palabras con una exactitud molesta, las inflexiones de su voz... *Madame* Zilensky había empezado con la siguiente frase: «Un día, cuando estaba delante de una *pâtisserie*, el rey de Finlandia pasó en un trineo».

Mister Brook se enderezó en la butaca con una sacudida y dejó la copa de licor. Esa mujer era una mentirosa patológica. Casi todas las palabras que pronunciaba fuera de la clase eran mentiras. Si había trabajado toda la noche, se desviaba de su camino para contar que había estado esa noche en el cine; si almorzaba en la Old

Tavern, era seguro que aludiría a que había comido en casa con sus hijos. La mujer era sencillamente una mentirosa patológica y esto era todo.

Mister Brook hizo crujir sus nudillos y se levantó de la butaca. Su primera reacción fue de exasperación. ¡Que día tras día *madame Zilensky* hubiera tenido la desfachatez de sentarse ahí, en su despacho, e inundarle con sus afrentosas falsedades! *Mister Brook* estaba furioso. Paseó arriba y abajo por la habitación, luego fue a la cocinita y se hizo un bocadillo de sardina.

Una hora después, sentado junto al fuego, su irritación se había cambiado en un asombro científico y meditativo; lo que tenía que hacer, se dijo, era mirar la situación de manera impersonal y ver a *madame Zilensky* como un médico ve a un paciente enfermo. Sus mentiras eran de lo más inocente. No fingía nada con intención de engañar y las mentiras que contaba no las usaba, jamás, para ninguna ventaja posible. Esto era lo que desconcertaba; no había motivo detrás de todo aquello.

Mister Brook terminó el licor, y despacio, cuando era casi medianoche, comprendió aún mejor. La razón de las mentiras de *madame Zilensky* era sencilla y triste. Toda su vida había trabajado en el piano, enseñando y escribiendo aquellas doce sinfonías hermosas e inmensas. Día y noche había luchado afanándose y volcando su alma en su trabajo, y apenas le quedaba algo de sí misma para más. Humana como era, sufría esta falta, y hacía lo que podía para compensarla. Si pasaba la tarde inclinada sobre una mesa de la biblioteca y luego decía que había estado jugando a las cartas, era como si hubiera podido hacer las dos cosas. Por medio de sus mentiras vivía una doble vida; las mentiras doblaban lo poco de existencia que le quedaba fuera del trabajo y engrandecían el pequeño andrajo último de su vida personal.

Mister Brook miró al fuego y el rostro de *madame Zilensky* estaba en su mente: un rostro severo, de ojos oscuros, cansados, y una boca delicadamente disciplinada. Notó algo cálido en su pecho, un sentimiento de piedad, de protección y de comprensión tremenda. Durante un rato permaneció en un bello estado de confusión.

Más tarde se lavó los dientes y se puso el pijama. Tenía que ser práctico. ¿Qué resolvía esto? ¿Y el francés, el polaco del flautín, Bagdad? ¿Y los niños, Sigmund, Boris y Sammy, quiénes eran? ¿Serían realmente sus hijos después de todo, o los habría reunido sencillamente de cualquier sitio? *Mister Brook* limpió los cristales de las gafas y las dejó en la mesilla de noche. Tenía que llegar a un acuerdo con ella. Si no, podía crearse en la sección una situación de lo más problemática. Eran las dos. Miró por la ventana y vio que la luz del cuarto de trabajo de *madame Zilensky* estaba aún encendida. *Mister Brook* se metió en la cama y puso caras horribles en la oscuridad tratando de planear lo que le diría al día siguiente.

Mister Brook estaba en su despacho a las ocho. Acechaba detrás de su mesa, pronto a atrapar a *madame Zilensky* cuando pasase por el corredor. No tuvo mucho que esperar, y en cuanto oyó sus pasos la llamó por su nombre.

Madame Zilensky se paró en la puerta. Tenía un aire vago y fatigado.

—¿Cómo está usted? —dijo—. Yo he descansado tan bien esta noche...

—Síntese, por favor —dijo *Mister Brook*—. Me gustaría hablar un momento con usted.

Madame Zilensky puso a un lado su carpeta y se echó hacia atrás en la butaca, frente a él.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Ayer, mientras paseaba por el campus me habló usted —dijo él, despacio—. Y, si no me equivoco, creo que me dijo algo sobre una pastelería y el rey de Finlandia. Es así, ¿no?

Madame Zilensky volvía la cabeza hacia un lado y miraba con fijeza a una esquina de la ventana.

—Algo sobre una pastelería —repitió él.

El rostro cansado de *madame Zilensky* se iluminó:

—¡Pues claro! —dijo vehemente—, le contaba que aquella vez que estaba frente a esa tienda y el rey de Finlandia...

—¡*Madame Zilensky*! —gritó *Mister Brook*—. No hay rey en Finlandia.

Madame Zilensky se quedó ausente por completo. Después de un instante empezó otra vez:

—Estaba delante de la pastelería Bjarne, cuando volví los ojos de los pasteles y vi de pronto al rey de Finlandia...

—*Madame Zilensky*, acabo de decirle que no hay rey en Finlandia.

—En Helsingfors —empezó ella de nuevo, desesperadamente, y otra vez él la dejó llegar a lo del rey y no la dejó seguir más.

—Finlandia es una república —dijo él—. No es posible que usted haya podido ver al rey de Finlandia. Por lo tanto, lo que acaba usted de decir es una falsedad, una pura falsedad.

Nunca en la vida pudo olvidar *Mister Brook* la cara de *madame Zilensky* en aquel momento. Había en sus ojos sorpresa, consternación y una especie de horror acorralado. Era como una persona que mirara todo su mundo interior abierto en trozos y desintegrado.

—Crea usted que lo siento —dijo *Mister Brook* con verdadera pena.

Pero *madame Zilensky* se repuso. Levantó la barbilla y dijo fríamente:

—Yo soy finlandesa.

—No lo dudo —contestó *Mister Brook*. Para sus adentros sí lo dudaba un poco.

—Nací en Finlandia y soy súbdita finlandesa.

—Es muy natural —dijo *Mister Brook* alzando más la voz.

—En la guerra —continuó ella acaloradamente— iba en motocicleta y era enlace.

—Su patriotismo no entra en esto.

—Solo porque estoy sacando los primeros papeles de nacionalización...

—¡*Madame Zilensky*! —dijo *Mister Brook*. Sus manos agarraban el borde del escritorio—. Esto es solamente un hecho sin importancia. La cosa es que usted

mantenía y aseguraba que vio... que vio... —Pero no pudo terminar. El rostro de *madame* Zilensky le hizo callarse. Estaba pálida como una muerta y había sombras alrededor de su boca. Tenía los ojos muy abiertos, tremendos y orgullosos. Y *Mister* Brook se sintió de pronto como un asesino. Una conmoción de sentimientos, comprensión, remordimiento y amor irrazonable le hizo taparse la cara con las manos... No pudo hablar hasta que su interior se aquietó y entonces dijo muy bajo—: Sí, claro, el rey de Finlandia. ¿Era simpático?

Una hora después, *Mister* Brook estaba sentado mirando por la ventana de su despacho. Los árboles, a lo largo de la calle tranquila de Westbridge, estaban casi desnudos y los edificios grises de la universidad tenían un aire suave y triste. Mientras repasaba perezosamente el paisaje familiar, vio al viejo perro Airedale de los Drake, que iba balanceándose calle abajo. Era algo que había visto antes cientos de veces; entonces, ¿qué era lo que le chocaba como extraño? Luego se dio cuenta con fría sorpresa de que el perro iba corriendo hacia atrás. *Mister* Brook miró al Airedale hasta que le hubo perdido de vista, luego reanudó su trabajo con los cánones que le habían hecho en la clase de contrapunto.

EL TRANSEÚNTE

Esa mañana, la frontera crepuscular entre el sueño y la vigilia era romana: fuentes salpicando y calles estrechas con arcos. La dorada y pródiga ciudad de flores y piedra pulida por los años. A veces, en su semiinconsciencia estaba otra vez en París, o entre escombros de guerra alemanes, o esquiando en Suiza y en un hotel en la nieve. Algunas veces también era un barbero de Georgia en una madrugada de caza. Era Roma esta mañana, en la región sin tiempo de los sueños.

John Ferris se despertaba en una habitación de un hotel en Nueva York. Tenía la sensación de que algo desagradable le esperaba; qué podría ser, no sabía. La sensación, sumergida en las exigencias mañaneras, se prolongó aun después de haberse vestido y haber bajado. Era un día de otoño despejado y un sol pálido, en rebanadas, se metía entre los rascacielos color pastel. Ferris entró en la cafetería de al lado y se sentó en el compartimiento del fondo junto al ventanal que daba a la acera. Pidió un desayuno a la americana de huevos revueltos y salchichas.

Ferris había venido de París al entierro de su padre que había sido la semana anterior en su pueblo, en Georgia. El choque de la muerte le había hecho darse cuenta de que la juventud había ya pasado. Se le caía el pelo y las venas de sus ya desnudas sienes quedaban salientes latiendo; su cuerpo se conservaba bien, a no ser por una panza incipiente. Ferris había querido mucho a su padre y la unión entre ellos había sido antes muy fuerte, pero los años habían debilitado algo esta devoción filial; la muerte, aguardada durante mucho tiempo, le había dejado con una consternación imprevista. Había alargado lo posible su estancia en casa, junto a su madre y sus hermanos. Su avión para París salía a la mañana siguiente.

Ferris sacó la agenda de direcciones para confirmar un número. Iba volviendo las páginas con interés creciente. Nombres y direcciones de Nueva York, de capitales de Europa, unas pocas borrosas de su estado del Sur. Nombres borrosos en letras de molde, nombres borrachos, garrapateados. Betty Wills: un amor pasajero, ahora casada. Charlie Williams: herido en la selva de Hürtgen, paradero desconocido desde entonces. El gran Williams... ¿vivía o había muerto? Don Walket: trabajando en la televisión y haciéndose rico. Henry Green: se chifló después de la guerra, ahora en un sanatorio, decían. Cozie Hall: había oído que había muerto. La atolondrada, la alegre Cozie... era extraño pensar que ella también, tan boba, podía morir. Al cerrar el cuaderno, Ferris padecía una impresión de azar, de tránsito, casi de miedo.

Fue entonces cuando su cuerpo dio una sacudida repentina. Miraba por la ventana cuando allí mismo, pasando por la acera, vio a su antigua mujer. Elizabeth pasaba muy cerca de él, andando despacio. Ferris no pudo comprender el estremecimiento salvaje de su corazón ni la sensación inmediata de desahogo y de gracia que le quedaron cuando ella hubo pasado.

Ferris pagó de prisa y salió corriendo a la calle. Elizabeth estaba en la esquina esperando para cruzar la Quinta Avenida. Corrió hacia ella pensando en hablarle, pero cambiaron las luces y ella cruzó la calle antes de que la alcanzara. Ferris la siguió. Al otro lado podría muy bien haberla alcanzado, pero se sorprendió rezagándose sin saber por qué. Llevaba el cabello castaño claro recogido con sencillez, y, mientras la observaba, se acordó Ferris de que su padre había dicho una vez que Elizabeth tenía «buenos andares». Elizabeth dobló la esquina siguiente y Ferris la siguió, aunque su intención de abordarla había desaparecido ya. Ferris se preguntó el porqué de la agitación de su cuerpo a la vista de Elizabeth, el sudor de sus manos, los fuertes latidos de su corazón.

Hacía ocho años que Ferris no había visto a su antigua mujer. Sabía que se había casado otra vez hacía tiempo. Y tenía niños. Durante los últimos años raramente había pensado en ella. Pero al principio, después del divorcio, la pérdida casi le había derrumbado. Luego, calmado por la acción del tiempo, había amado otra vez, y luego otra. Ahora era Jeannine. Desde luego, el amor por su antigua mujer había pasado hacía tiempo. ¿Por qué entonces el desasosiego de su cuerpo y la mente sacudida? Solo sabía que su corazón nublado estaba extrañamente en disonancia con el día de otoño soleado y claro. Ferris dio la vuelta de repente y, andando a grandes zancadas, casi corriendo, volvió de prisa al hotel.

Ferris se sirvió de beber, aunque no eran aún las once. Tumbado en una butaca como una persona exhausta, se puso a contemplar su vaso de *whisky*. Tenía un día entero por delante, y se iba en avión a la mañana siguiente. Repasó sus obligaciones: llevar su equipaje a la Air France, almorzar con su jefe, comprarse unos zapatos y un abrigo... ¿No había algo más? Ferris terminó la bebida y abrió la guía de teléfonos.

La decisión de llamar a su antigua mujer fue impulsiva. El número venía en Bailey, el nombre del marido, y Ferris lo marcó sin tomarse tiempo para pensarlo. Elizabeth y él se habían intercambiado felicitaciones en Navidad, y Ferris le había mandado un juego de trinchar cuando recibió la participación de boda. No había razón para no llamar. Pero mientras esperaba, oyendo la llamada al otro lado, la duda empezó a inquietarle.

Elizabeth contestó; su voz familiar fue para él un nuevo choque. Tuvo que repetir su nombre dos veces, pero cuando fue identificado ella pareció alegrarse. Le dijo que estaba en la ciudad solo por un día. Ellos tenían un compromiso para ir al teatro, dijo ella, pero a ver si podía venir a cenar temprano. Ferris dijo que le encantaría.

Mientras iba de una cosa a otra, estaba aún molesto a ratos con la sensación de que algo importante se le olvidaba. Ferris se bañó y se cambió a última hora de la tarde, pensando a menudo en Jeannine: estaría con ella la próxima noche. «Jeannine», diría, «me encontré por casualidad con mi antigua mujer cuando estaba en Nueva York. Cené con ella, y con su marido, claro. Fue extraño verla después de todos estos años».

Elizabeth vivía en una Avenida Cincuenta y tantos Este, y, mientras Ferris iba en taxi desde el centro, vislumbraba en los cruces el ocaso prolongado, pero al llegar a su destino era ya noche otoñal. Él lugar era un edificio con marquesina y portero; el apartamento de ella estaba en el séptimo piso.

—Entre, señor Ferris.

Preparado para Elizabeth, o hasta para el marido no imaginado, Ferris se quedó asombrado ante el chico pelirrojo y pecoso; sabía lo de los niños, pero su pensamiento no había sido capaz de imaginárselo de alguna manera. La sorpresa le hizo dar un paso atrás torpemente.

—Este es nuestro apartamento —dijo el niño respetuoso—. ¿No es usted el señor Ferris? Soy Billy, entre.

En el cuarto de estar, al otro lado del vestíbulo, el marido le dio otra sorpresa. Tampoco para él estaba preparado emocionalmente. Bailey era un hombre macizo, de cabello rojo, con ademanes decididos. Se levantó y le tendió la mano.

—Soy Bill Bailey. Encantado de conocerle. Elizabeth vendrá en seguida... Está terminando de vestirse.

Las últimas palabras despertaron una serie fluida de vibraciones, recuerdos de otros años. Elizabeth, clara, rosada y desnuda antes del baño. A medio vestir delante del espejo de su tocador, cepillándose el fino cabello castaño. Dulce intimidad casual, la amabilidad de la carne suave poseída sin discusión. Ferris alejó de sí los recuerdos indeseados y se obligó a encontrar la mirada de Bill Bailey.

—Bill, ¿quieres traer esa bandeja de bebidas que hay en la mesa de la cocina?

El niño obedeció con prontitud y, cuando se hubo ido, Ferris dijo:

—¡Qué chico más guapo tienen!

—Nosotros, por lo menos, lo creemos así.

Se hizo silencio hasta que el niño volvió con una bandeja de vasos y la coctelera con martinis. Con el estímulo de la bebida fueron sacando a flote la conversación: hablaron de Rusia y de la lluvia artificial en Nueva York, y del problema de los pisos en Manhattan y París.

—El señor Ferris volará mañana a través de todo el océano —le dijo Bailey al niño, que estaba encaramado en el brazo de su butaca, tranquilo y bien educado—. Apuesto a que te irías de polizón en su maleta.

Billy se echó para atrás sus lacios mechones de pelo:

—Yo quiero volar en un avión y ser periodista como el señor Ferris. —Y añadió con seguridad repentina—: Esto es lo que quiero ser cuando sea mayor.

Bailey dijo:

—Yo creí que querías ser médico.

—¡Sí! —dijo Billy—. Seré las dos cosas. También quiero ser un sabio de bombas atómicas.

Elizabeth entró llevando en brazos una niña.

—¡Oh, John! —dijo. Y colocó a la niña en el regazo de su padre—. Es tan estupendo volver a verte... Me alegro tanto de que hayas podido venir...

La pequeña estaba sentada mimosamente en las rodillas de Bailey. Llevaba un trajecito de crepé rosa pálido cogido en los hombros con un lazo y una cinta de seda del mismo color sujetándole los suaves rizos pálidos. Tenía la piel tostada del verano y sus ojos castaños; estaban moteados de oro. Cuando alcanzó y señaló con el dedo las gafas de concha de su padre, este se las quitó y la dejó mirar un poco con ellas.

—¿Cómo está mi bomboncito?

Elizabeth estaba muy hermosa, más hermosa quizá de lo que Ferris la había visto jamás. Su cabello limpio y liso brillaba. Su rostro era más suave, brillante y sereno. Era una belleza de Madonna, que se avenía bien con el ambiente familiar.

—No has cambiado nada —dijo Elizabeth—. Pero ha pasado mucho tiempo.

—Ocho años. —Casi inconscientemente se llevó la mano al pelo que ya le clareaba, mientras se intercambiaban otras vaguedades.

Ferris se sintió de pronto un espectador, un intruso entre los Bailey. ¿Por qué había venido? Estaba sufriendo. Su propia vida le parecía tan solitaria, una columna frágil sin nada que soportar en medio del naufragio de los años. Sentía que no podría seguir mucho tiempo en la habitación familiar.

Miró el reloj.

—¿Vosotros vais al teatro?

—Es una pena —dijo Elizabeth—, pero teníamos este compromiso desde hace más de un mes. Pero, John, seguro que cualquier día de estos te quedarás aquí. ¿No vas a ser un expatriado, no?

—Expatriado —repitió Ferris—. No me gusta mucho esta palabra.

—¿Qué palabra hay mejor? —preguntó ella.

Él pensó un momento:

—Transeúnte, quizá.

Ferris miró otra vez su reloj y Elizabeth se excusó:

—Si lo hubiera sabido con tiempo...

—Solo paso este día en la ciudad. Tuve que ir a casa inesperadamente. ¿Sabes? Papá murió la semana pasada.

—¿Papá Ferris ha muerto?

—Sí, en el Johns Hopkins. Estuvo enfermo allí casi un año. El entierro fue en casa, en Georgia.

—Cuánto lo siento, John. Papá Ferris fue siempre una de mis personas predilectas.

El niño se levantó por detrás de la butaca de modo que pudiera mirar el rostro de su madre. Preguntó:

—¿Quién se ha muerto?

Ferris estaba muy olvidadizo para comprender; pensaba en la muerte de su padre. Vio otra vez el cadáver, tendido en la seda dorada dentro del ataúd. Le habían

maquillado la cara de una manera grotesca y aquellas manos familiares yacían unidas y pesadas sobre un desbordamiento de rosas. El recuerdo se cerró y Ferris se despertó a la voz tranquila de Elizabeth.

—El padre del señor Ferris, Bill. Una gran persona; alguien a quien tú no conocías.

—Pero ¿por qué le llamas *Papá* Ferris?

Bailey y Elizabeth intercambiaron una mirada furtiva. Fue Bailey el que contestó al niño:

—Hace mucho tiempo —dijo—, tu madre y el señor Ferris estuvieron casados. Pero antes de que nacieras, hace mucho tiempo.

—¿El señor Ferris?

El pequeño se quedó mirando a Ferris incrédulo y desconcertado. Y los ojos de Ferris, al devolverle la mirada, eran también algo incrédulos. ¿Sería verdaderamente cierto que una vez había llamado a esta extraña, a Elizabeth, «patito mío» durante noches de amor, que habían vivido juntos, habían compartido quizás un millar de días y noches y que, finalmente, habían soportado juntos, en medio de la tristeza de la soledad repentina, la pena de ver destruirse poco a poco (celos, alcohol y discusiones por dinero) el edificio del amor conyugal?

Bailey dijo a los niños:

—A alguien le toca cenar. ¡Hala, vamos!

—¡Pero, papá! Mamá y el señor Ferris... Yo...

La mirada insistente de Bill, perpleja y con un brillo de hostilidad, le recordó a Ferris la mirada de otro niño. El hijo de Jeannine, un niño de siete años, de carita ensombrecida y rodillas huesudas al que Ferris evitaba y olvidaba con frecuencia.

—¡De frente, marchen! —Bailey llevó suavemente a Billy hacia la puerta.

—Di buenas noches, hijo.

—Buenas noches, señor Ferris. —Añadió con resentimiento—: Creí que me iba a quedar para la tarta.

—Puedes venir luego por la tarta —dijo Elizabeth—. Corre ahora con papá a cenar.

Ferris y Elizabeth estaban solos. El peso de la situación gravitó sobre aquellos primeros momentos de silencio. Ferris pidió permiso para servirse otro cóctel y Elizabeth le puso la coctelera en la mesa a su lado. Miró el piano y observó la música en el atril.

—¿Tocas todavía tan bien como antes?

—Todavía disfruto tocando.

—Toca, por favor, Elizabeth.

Elizabeth se levantó inmediatamente. Su prontitud para tocar cuando se lo pedían había sido siempre una de sus amabilidades. Nunca se hacía rogar, excusándose. Ahora, mientras se acercaba al piano, había en ella, además, la prontitud del alivio.

Empezó con un *Preludio y Fuga* de Bach. El *Preludio* era alegremente irisado, como un prisma en una habitación por la mañana. La primera voz de la *Fuga*, un anuncio puro y solitario, se repitió entremezclada con una segunda voz y repetida otra vez dentro de un marco elaborado; la música múltiple, horizontal y serena, fluía con majestad, sin apresuramiento. La melodía principal se trenzaba con otras dos voces, embellecida con un sinfín de ingeniosidades, dominante unas veces, sumergidas otras, con la sublimidad de una cosa única que no teme rendirse al conjunto. Hacia el final, la densidad del material se reunió para la última insistencia, enriquecida sobre el primer motivo dominante, y la *Fuga* terminó en un acorde, como una afirmación final. Ferris descansaba la cabeza sobre el respaldo de la butaca y cerró los ojos. En el silencio que siguió, una voz alta y clara vino de la habitación del otro lado del vestíbulo. «Papá, pero *cómo podían* mamá y el señor Ferris...». Luego se oyó cerrar una puerta.

El piano empezó otra vez. ¿Qué música era esta? Sin lugar, familiar, la melodía límpida llevaba mucho tiempo dormida en su corazón. Ahora le hablaba de otro tiempo, otro lugar; era la música que Elizabeth solía tocar. La melodía suave evocó un bosque de recuerdos. Ferris se perdió en el tumulto de anhelos pasados, conflictos, deseos ambivalentes. Era extraño que la música, ocasión de esta anarquía tumultuosa, fuera tan clara y serena. La melodía principal quedó rota por la aparición de la criada.

—Señora, la cena está servida.

Todavía, después que se sentó a la mesa entre sus anfitriones, la música interrumpida le oscurecía el humor. Estaba algo borracho.

—*L'improvisation de la vie humaine* —dijo—. No hay nada que te haga darte tanta cuenta de la improvisación de la existencia humana como una canción sin terminar, o un viejo cuaderno de direcciones.

—¿Un cuaderno de recuerdos? —repitió Bailey. Luego se calló prudente.

—Sigues siendo el mismo, John —dijo Elizabeth con algo de la antigua ternura.

La cena de aquella noche era al estilo del Sur, y los platos eran de los que a él le gustaban: pollo frito y pastel de maíz y batatas en dulce. Durante la comida, Elizabeth mantuvo viva la conversación cuando los silencios se hacían demasiado largos. Y así Ferris tuvo ocasión de hablar de Jeannine.

—La conocí el otoño pasado, hacia esta época, en Italia. Es cantante y tenía un contrato en Roma. Creo que nos casaremos pronto.

Las palabras parecían tan verdaderas, inevitables, que Ferris no se dio al principio cuenta de que mentía. Él y Jeannine no habían hablado nunca de matrimonio en todo el año. Y en realidad ella seguía casada con un ruso blanco, agente de bolsa en París, del que llevaba separada cinco años. Pero era demasiado tarde para corregir la mentira. Elizabeth ya estaba diciendo: «Me alegra mucho saberlo. Enhorabuena, Johnny».

Trató de compensarlo con cosas verdaderas:

—El otoño romano es tan bonito... Suave y florido. —Añadió—: Jeannine tiene un niño de seis años. Un chico curioso con tres idiomas; le llevo algunas veces a las Tullerías.

Mentira otra vez. Había llevado solo una vez al pequeño a los jardines. El pálido niño extranjero, con los pantalones cortos que le dejaban al descubierto las piernas huesudas, había echado su barco en el estanque de cemento y había montado en un caballito. El niño había querido entrar en el guiñol. Pero no había habido tiempo porque Ferris tenía un compromiso en el Scribe Hotel. Le había prometido que irían al guiñol otra tarde. Solamente había llevado una vez a Valentín a las Tullerías.

Hubo un revuelo. La criada trajo una tarta blanca con velas rojas. Los niños entraron en pijama. Ferris no comprendía aún.

—Felicidades, John —dijo Elizabeth—. Sopla las velas.

Ferris se acordó de que era el día de su cumpleaños. Las velas se fueron apagando despacio y olía a cera quemada. Ferris tenía treinta y ocho años. Las venas de sus sienes se oscurecieron y latieron de una manera visible.

—Es hora de ir al teatro.

Ferris agradeció a Elizabeth la cena de cumpleaños y dijo los adioses apropiados. La familia entera le despidió en la puerta.

Una luna alta, fina, brillaba sobre los oscuros rascacielos mellados. En las calles hacía viento y frío. Ferris fue deprisa a la Tercera Avenida y llamó un taxi. Miraba la ciudad nocturna con la atención deliberada de la partida y quizá de despedida. Estaba solo. Deseó que llegara pronto la hora del vuelo y el viaje.

Al día siguiente miró la ciudad desde el cielo, bruñida al sol, de juguete, precisa. Luego, América se quedó atrás y solo estaba el Atlántico y la distante costa europea. El océano tenía un color lechoso, pálido, plácido bajo las nubes. Ferris dormitó casi todo el día. Hacia el atardecer pensaba en Elizabeth y en la visita de la tarde anterior. Pensó en Elizabeth entre su familia, con deseo, con envidia y una pena inexplicable. Buscó la melodía, la frase sin terminar que le había emocionado tanto. La cadencia, algunos sonidos dispersos, era todo lo que le quedaba; la melodía misma había huido. Había encontrado, en cambio, la primera voz de la fuga que Elizabeth había tocado, irónicamente invertida y en tono menor. Colgado sobre el océano, las preocupaciones por su soledad y por lo transitorio de las cosas dejaron de acongojarle y pensó en la muerte de su padre con ecuanimidad. A la hora de cenar, el avión llegó a la costa francesa.

A medianoche, Ferris cruzaba París en un taxi. El cielo estaba cubierto y la neblina ponía halos a las luces de la plaza de la Concordia. Los bistrós nocturnos brillaban en los pavimentos húmedos. Como siempre después de un vuelo transoceánico, el cambio de continentes era demasiado repentino. Nueva York por la mañana, esta noche París. Ferris entrevió el desorden de su vida; la sucesión de ciudades, de amores transitorios; y el tiempo, el siniestro deslizarse de los años, siempre el tiempo.

—*Vite, vite!* —llamó con terror—. *Dépêchez-vous.*

Valentín le abrió la puerta. El niño estaba en pijama, con una bata roja que le venía grande. Sus ojos grises estaban ensombrecidos y, al entrar Ferris en el piso, chispearon momentáneamente.

—*J'attends maman.*

Jeannine cantaba en un club nocturno. No estaría en casa hasta dentro de una hora. Valentín volvió a un dibujo que estaba haciendo, acurrucándose con sus lápices sobre un papel extendido en el suelo. Ferris miró el dibujo: era uno que tocaba el banjo con las notas y las líneas onduladas saliéndole en un globito, como en las historietas.

—Volveremos otra vez a las Tullerías.

El niño levantó la cabeza y Ferris se lo acercó a las rodillas. La melodía, la música sin terminar que Elizabeth había tocado le vino de repente a la memoria. Sin pedírselo, la memoria desembarcaba en él su carga; esta vez trayendo solo reconocimiento y súbita alegría.

—*Monsieur Jean* —dijo el niño—. ¿Le vio usted?

Confuso, Ferris pensó solamente en otro niño, el niño pecoso, mimado por su familia.

—¿A quién, Valentín?

—A su papá, en Georgia. —El niño añadió—: ¿Estaba bien?

Ferris se apresuró a decir:

—Iremos a las Tullerías a menudo, a montar en el caballito y ver el guiñol. Lo veremos y no tendremos prisa nunca más.

—*Monsieur Jean* —dijo el niño—. El guiñol está cerrado ahora.

Otra vez el terror, la comprensión de años desperdiciados, y la muerte. Valentín, impulsivo y confiado, se acurrucaba entre sus brazos. Su mejilla tocó la mejilla suave y sintió el roce de las pestañas delicadas. Con íntima desesperación estrechó al niño como si una emoción tan cambiante como su amor pudiera dominar el pulso del tiempo.

DILEMA DOMÉSTICO

El jueves, Martin Meadows salió de la oficina a tiempo de tomar el primer autobús directo para su casa. Era la hora en que el resplandor violeta del atardecer se extinguía en las calles fangosas, pero al dejar el autobús la parada del centro de la ciudad ya brillaba la gran noche ciudadana. Los jueves la criada tenía la tarde libre y a Martin le gustaba llegar a casa lo más pronto posible ahora que desde el año pasado su mujer no estaba... bien. Ese jueves estaba muy cansado y, con la esperanza de que ningún viajero habitual le escogiera para conversar, se enfrascó con atención en el periódico hasta que el autobús hubo cruzado el puente George Washington. Una vez en la carretera 9-W, Martin sentía siempre que el viaje estaba a la mitad; respiraba hondo incluso en invierno, cuando solamente estrías de corrientes cortaban el aire humoso del autobús, porque le parecía estar ya respirando el aire del campo. Solía ser en este punto cuando empezaba a descansar y pensaba con alegría en su casa. Pero en este último año la cercanía le traía solo una sensación de tensión y no sentía prisa de terminar el viaje. Esa tarde, Martin pegaba la cara a la ventanilla y miraba los campos vacíos y las solitarias luces de los barcos del río. Había una luna pálida sobre la tierra oscura y manchas de nieve gastada y porosa; a Martin el campo le parecía esa noche vasto y desolado. Tomó el sombrero de la rejilla y se metió el periódico doblado en el bolsillo de abrigo unos minutos antes de tocar el timbre.

La casa estaba a una manzana de la parada del autobús junto al río, pero no directamente sobre la orilla; desde la ventana del cuarto de estar se podía ver el Hudson, mirando a través de la calle y del jardín de enfrente. La casa era moderna, casi demasiado blanca y nueva en el estrecho trocito de terreno. Durante el verano la hierba era suave y fresca, y Martin había puesto con cariño un borde de flores y un enrejado de rosas. Pero durante los meses fríos y áridos, el terreno estaba vacío y la casa parecía desnuda. Esta noche había luces encendidas en todas las habitaciones de la casa y Martin se apresuró por el camino de entrada. Delante de las escaleras se paró para quitar de en medio una carretilla.

Los niños estaban en el cuarto de estar tan metidos en sus juegos que al principio no oyeron abrirse la puerta. Martin se quedó mirando a sus pequeños, tan a salvo y tan graciosos. Habían abierto el último cajón del escritorio y habían sacado los adornos de Navidad. Andy se las había arreglado para sacar las luces del árbol, y las bombillitas verdes y rojas brillaban en la alfombra del cuarto de estar con una alegría a destiempo. En ese momento estaba tratando de poner la ristra luminosa sobre el caballito de Marianne. Marianne estaba sentada en el suelo arrancando las alas a un ángel. Los niños le sobresaltaron con sus aullidos de acogida. Martin se subió a los hombros a la niña pequeñita y gordinflona y Andy se echó contra las piernas de su padre.

—¡Papaíto! ¡Papaíto! ¡Papaíto!

Martin dejó con cuidado a la pequeña y balanceó unas cuantas veces como un péndulo a Andy. Luego recogió el cordón del árbol de Navidad.

—¿Qué hace fuera todo esto? Ayúdame a ponerlo otra vez en el cajón. No tenéis que hacer bromas con el enchufe de la luz. Recuerda que te lo he dicho ya. En serio, Andy.

El pequeño de seis años asintió con la cabeza y cerró el cajón del escritorio. Martin le acarició el pelo rubio y suave, y su mano se demoró con ternura en la nuca del frágil cuello del niño.

—¿No habéis cenado, macaco?

—Hacía daño, el pan quemaba.

La niña se tambaleó en la alfombra y después del primer susto de la caída empezó a llorar. Martin la cogió y la llevó sobre los hombros a la cocina.

—Mira, papá —dijo Andy—. La tostada...

Emily había dejado la cena de los niños sobre la mesa esmaltada. Había dos platos con los restos de sopa de cereales y huevos, y unos vasos de plata que habían contenido leche. También había un plato de tostadas con canela, sin tocar, excepto la marca de los dientes de un mordisco. Martin olfateó el pedazo mordido y mordisqueó con cuidado. Luego tiró el pan al cubo de la basura.

—¡Uf! ¿Qué diablos...?

Emily había confundido la lata de canela con la de pimienta.

—Casi me quemo —dijo Andy—. Bebí agua y me fui corriendo afuera y abrí la boca. Marianne no se comió ni nada.

—No comió nada —corrigió Martin. Estaba de pie, desolado, mirando en torno de las paredes de la cocina—. ¡Vaya! Es eso, me figuro —dijo al fin—. ¿Dónde está ahora vuestra madre?

—Está arriba, en el cuarto vuestro.

Martin dejó a los niños en la cocina y subió a ver a su mujer. Delante de la puerta esperó un momento para calmar su furia. No llamó y una vez dentro cerró la puerta detrás de él.

Emily estaba sentada en la mecedora, junto a la ventana del cuarto acogedor. Estaba bebiendo algo de un vaso y al entrar él lo puso precipitadamente en el suelo detrás de la silla. En su actitud había confusión y culpabilidad, que trató de esconder con una demostración de aparente vivacidad.

—¡Oh, Marty! ¡Ya estás en casa! ¡Cómo se me ha ido el tiempo! Iba a bajar ahora... —Corrió hacia él y le dio un beso con fuerte olor a jerez. Ante la impasibilidad de él retrocedió un poco y se rio nerviosa.

—¿Qué tienes, que estás ahí tieso como un palo? ¿Te pasa algo?

—¿Algo a *mí*? —Martin se agachó sobre la mecedora y cogió del suelo el vaso—. Si te pudieras dar cuenta de lo harto que estoy..., de lo malo que es esto para todos nosotros.

Emily habló con una voz falsa y trivial que Martin conocía de sobra. A veces, en ocasiones semejantes, afectaba un ligero acento británico, copiando quizás a alguna actriz que admiraba:

—No tengo ni la más remota idea de lo que quieres decir. A no ser que te refieras al vaso que he usado para beber una gota de jerez. He bebido un dedo de jerez, quizá dos. Pero ¿qué hay de malo en ello? A ver, dime. Estoy muy bien. Muy bien.

—Sí, se ve a simple vista.

Mientras iba al cuarto de baño, Emily andaba con gravedad estudiada. Abrió el agua fría y se echó un poco a la cara haciendo hueco con las manos. Luego se secó a golpecitos con la punta de la toalla. Su rostro era de rasgos delicados y joven, perfecto.

—Bajaba justamente ahora a preparar la cena. —Se tambaleó y guardó el equilibrio agarrándose al marco de la puerta.

—Yo me ocuparé de la cena. Tú quédate aquí. Ya la subiré.

—No haré nada de eso. ¿Por qué? ¿A quién se le ocurre semejante idea?

—Por favor —dijo Martin.

—Déjame. Estoy perfectamente. Iba a bajar ya...

—Escúchame.

—¡Que te escuche tu abuela!

Fue hacia la puerta, pero Martin la agarró de un brazo.

—No quiero que los niños te vean en este estado. Sé razonable.

—¿Qué estado? —De un tirón, Emily zafó su brazo. Su voz se alzó enfadada—: Qué, porque bebo un par de sorbos por la tarde estás tratando de hacerme creer que soy una borracha. ¡Qué estado! Ni siquiera toco el *whisky*. Lo sabes bien. No ando emborrachándome por los bares. Algo que tú mismo no podrías decir. Ni siquiera tomo un cóctel con la cena. Lo único que hago es beber de vez en cuando una copa de jerez. ¿Qué hay de malo en esto, pregunto yo? ¡Estado!

Martin buscó palabras con que calmar a su mujer.

—Cenaremos tranquilamente los dos solos, aquí arriba. ¡Así me gustan las buenas chicas!

Emily se sentó en el borde de la cama y él abrió la puerta para salir rápidamente.

—Vuelvo volando.

Mientras estaba ocupado con la cena, abajo, se preguntó una vez más lo de siempre: ¿cómo le había caído este problema en su casa? También a él le había gustado siempre una copa. Cuando todavía vivían en Alabama se servían cócteles y bebidas como si nada. Durante años habían bebido una o dos, quizá tres copas antes de cenar y a la hora de acostarse un vaso grande. Las vísperas de fiesta se alegraban quizás hasta llegar a atontarse un poco. Pero el alcohol nunca le había parecido un problema, solamente un gasto grande, que con el aumento de la familia difícilmente se podían permitir. Hasta que su compañía no le trasladó a Nueva York, Martin no se

dio cuenta de que realmente su mujer bebía demasiado. Poco o mucho, observó estaba bebiendo durante todo el día.

Una vez visto el problema, trató de analizar la causa. El cambio de Alabama a Nueva York la había alterado, desde luego; acostumbrada al calor perezoso de una pequeña ciudad del Sur, a la vida familiar, los parientes y amigos de la infancia, no había logrado encajar en las costumbres más estrictas y aisladas del Norte. Los deberes de la maternidad y de la casa le eran insoportables. Llena de nostalgia por Paris City, no había hecho amistades en el ambiente suburbano. No leía más que revistas y novelas policíacas. Su vida interior era insuficiente sin el artificio del alcohol.

El descubrimiento de aquel vicio fue insidiosamente destruyendo en él la idea que se había formado de su mujer. A ratos, Emily era de una inexplicable maldad; había veces en que la bebida era causa de una explosión de tremenda ira. Martin se dio cuenta de que en Emily había una rudeza latente, que desmentía su sencillez natural. Mentía sobre la bebida y le engañaba con estratagemas insospechadas.

Y luego pasó el accidente. Cuando volvía una noche del trabajo a casa, hacía un año aproximadamente, le sorprendieron los gritos desde el cuarto de los niños. Se encontró a Emily sosteniendo a la pequeñita, desnuda y mojada del baño. Se le había caído la niña, su frágil cabecita se había dado contra el borde de la mesa y un hilo de sangre empapaba sus cabellos finísimos. Emily sollozaba borracha. Mientras Martin acunaba a la niña herida, infinitamente preciosa en aquel momento, tuvo una espeluznante visión del futuro.

Al día siguiente Marianne estaba bien. Emily prometió que nunca más tocaría el alcohol y, durante unas semanas, fría y abatida, mantuvo la promesa. Después empezó poco a poco —ni *whisky* ni ginebra, pero sí cerveza, jerez o licores extraños: una vez dio con una sombrerera llena de botellas vacías de crema de menta. Martin encontró una buena criada que llevaba la casa de una manera competente. Virgie era también de Alabama y Martin nunca se había atrevido a decir a Emily los sueldos acostumbrados en Nueva York. La bebida de Emily era ahora completamente secreta; lo hacía antes de que él llegara a casa. Generalmente los efectos eran casi imperceptibles: una dejadez en los movimientos o los ojos cargados. Los rastros de irresponsabilidad, como lo de las tostadas con pimienta en lugar de canela, eran raros, y Martin podía estar tranquilo cuando Virgie estaba en casa. Sin embargo, la preocupación estaba siempre latente, como una amenaza de desastre inconcreto que socavaba sus días.

—¡Marianne! —llamó Martin, porque hasta el recuerdo de aquello le traía la necesidad de asegurarse. La pequeña, curada ya, pero no por ello menos preciosa para su padre, entró en la cocina con su hermano. Martin siguió preparando la cena. Abrió una lata de sopa y puso dos chuletas en la sartén. Luego se sentó junto a la mesa y se subió a Marianne sobre las rodillas para hacer el caballito. Andy les miraba moviéndose con los dedos el diente que estaba para caerse desde hacía una semana.

—Andy el goloso —dijo Martin—. ¿Tienes todavía ese viejo chisme en la boca? Acércate; deja que papá lo mire.

—Tengo un cordel para arrancarlo. —El niño sacó del bolsillo un pedazo de hilo—. Virgie dijo que lo atara al diente y atara la otra punta al picaporte y que cerrara la puerta fuerte, pero fuerte, y de un solo golpe.

Martin sacó un pañuelo limpio y tocó el diente con cuidado:

—Este diente va a salir de la boca de mi Andy esta noche: si no, temo que vamos a tener un árbol de dientes en la familia.

—¿Un qué?

—Un árbol de dientes —dijo Martin—. En cuanto muerdas algo, te lo tragarás, y ese diente echará raíces en la tripita de Andy y crecerá un árbol de dientes con dientecitos afilados en vez de hojas.

—Eh, papaíto —dijo Andy. Pero se agarraba el diente con fuerza entre el índice y el pulgar pringoso—: No hay ningún árbol así; yo no he visto uno nunca.

—No hay ningún árbol así y nunca he visto ninguno —corrigió el padre.

Martin se puso de pronto en tensión. Emily bajaba por las escaleras. Escuchó sus pasos vacilantes, mientras con el brazo sujetaba angustiado al niño. Cuando Emily entró en la habitación, sus movimientos y su cara enrojecida delataban que había bebido otra vez. Empezó a abrir cajones y a poner la mesa.

—¡Estado! —dijo con voz turbia—. Me hablas así. No creas que me olvido. Me acuerdo de todas esas cochinas mentiras que me dices. No creas ni por un momento que me olvido.

—¡Emily! —rogó—. Los niños...

—Los niños, sí. No creas que no veo a través de tus sucios planes y manejos. Aquí abajo tratando de volver a mis propios hijos en contra mía. No creas que no veo ni comprendo.

—Emily, por favor, vete arriba.

—Sí, para que puedas poner a mis hijos..., a mis propios hijos... —Dos grandes lágrimas le rodaron por las mejillas. Tratando de poner a mi hijo, a mi Andy, contra su propia madre.

Con el impulso de la borrachera, Emily se arrodilló en el suelo delante del perplejo niño; guardó el equilibrio con las manos sobre los hombros del pequeño:

—Oye, Andy..., no hagas caso de ninguna de las mentiras que te cuenta tu padre. No creas nada de lo que te diga. Escucha, Andy, ¿qué te estaba diciendo papá antes de que bajara? —dudando, el niño buscó el rostro de su padre—. Dímelo, mamá quiere saberlo.

—Lo del árbol de dientes.

—¿Qué?

El niño se lo volvió a decir y ella repitió las palabras como un eco, con terror, incrédula:

—¡El árbol de dientes! —Osciló y volvió a agarrarse en los hombros del niño—. No sé de qué hablas, pero escucha, Andy, mamá está muy bien, ¿verdad? —Le rodaban las lágrimas por las mejillas; Andy retrocedió; estaba asustado. Agarrándose al borde de la mesa, Emily se puso de pie—. ¡Mira! Has puesto al niño en contra mía.

Marianne empezó a llorar y Martin la tomó en brazos.

—¡Muy bien! Puedes quedarte con tu niña. Desde el principio se te ha visto que la prefieres. No me importa, pero al menos puedes dejarme a mi hijo.

Andy se acercó a su padre y le agarró la pierna:

—Papaíto —sollozó.

Martin llevó a los niños al pie de la escalera:

—Andy, llévate a Marianne y papá irá dentro de un momento.

—¿Y mamá? —preguntó el niño como en un susurro.

—Mamá se pondrá bien, no te apures.

Emily lloraba sobre la mesa de la cocina, con la cara tapada por el brazo. Martin sirvió una taza de caldo y se la puso delante. Sus sollozos roncacos le pusieron nervioso; la vehemencia de su emoción, independientemente de la causa, despertó en él un sentimiento de ternura. Sin querer, le puso la mano sobre el cabello oscuro:

—Siéntate y tómate la sopa.

Su cara, al levantar los ojos estaba purificada e implorante. La huida del niño o el contacto de la mano de Martin habían cambiado su actitud.

—Mar... Martin —sollozó—. Estoy tan avergonzada...

—Bébetelo el caldo.

Obedeciéndole, bebió entre suspiros entrecortados. Después de otra taza se dejó llevar por él hasta arriba, hasta su cuarto. Ahora era dócil y estaba más serena. Martin puso el camisón sobre la cama e iba a dejar el cuarto, cuando otra vez volvió la agitación del alcohol, una nueva oleada de la pena.

—Me volvió la espalda, Andy me miró y se volvió.

Martin, a pesar de que la impaciencia y el cansancio le endurecían la voz, contestó amablemente:

—Olvidas que Andy es todavía un niño, no puede entender qué significan esas escenas.

—¿Hice una escena? Martin, ¿hice una escena delante de los niños?

Su cara horrorizada le conmovió y le divirtió contra su voluntad.

—Déjalo ya. Ponte el camisón y vete a dormir.

—Mi pequeño huyó de mí. Andy miró a su madre y retrocedió. Los niños...

Estaba presa en la tristeza rítmica del alcohol. Martin se fue del cuarto diciendo:

—¡Por amor de Dios, vete a dormir! Los niños lo habrán olvidado mañana.

Mientras lo decía, pensó si sería verdad. ¿Desaparecería tan fácilmente la escena de la memoria o echaría raíces en la inconsciencia para encontrarse con los años? Martin no lo sabía y la última alternativa le horrorizaba. Pensó en Emily, previo la humillación de la mañana siguiente; los trozos rotos de recuerdo, la lucidez que nace

de la oscura ley de la vergüenza. Llamaría a la oficina de Nueva York dos veces, posiblemente tres o cuatro. Martin previó su azoramiento pensando si los demás de la oficina sospecharían. Creía que su secretaria había adivinado su preocupación hacía tiempo y que le tenía lástima. Por un momento se rebeló contra su destino; odiaba a su mujer.

Una vez en el cuarto de los niños cerró la puerta y por primera vez aquella tarde se sintió seguro. Marianne se tiró al suelo y se levantó otra vez llamando:

—Papá, mírame. —Se tiró y se levantó y continuó así el juego de tirarse y llamar para que la viera. Andy estaba sentado en la sillita baja moviéndose el diente. Martin abrió el grifo, se lavó las manos en el lavabo y llamó al niño al cuarto de baño.

—Vamos a ver otra vez ese diente.

Martin se sentó en el retrete sujetando a Andy entre las rodillas. La boca del niño estaba abierta y Martin agarró el diente. Un meneo, un tirón rápido y el blanco dientecito de leche estaba fuera. El rostro de Andy en el primer momento estaba entre aterrorizado, atónito y encantado. Tomó un sorbo de agua y escupió en el lavabo.

—¡Mira, papá, es sangre! ¡Marianne!

A Martin le encantaba bañar a sus hijos. Le gustaban mucho sus cuerpos tiernos, desnudos, mientras estaban así, en el agua, inermes. No tenía razón Emily cuando decía que tenía preferencias. Mientras Martin jabonaba el cuerpo delicado de su hijo, sentía que más cariño era imposible. Sin embargo reconocía que su modo de querer a uno y a otra no era exactamente el mismo. El cariño por su hija era más grave, tocado de un poco de melancolía, de una dulzura que casi llegaba a pena. Sus motes para el niño eran las bobadas de la inspiración de cada día; a la niña la llamaba siempre Marianne y su voz al nombrarla era una caricia. Martin secó a golpecitos la tripita gorda de la pequeña y el dulce, pequeño pliegue de la ingle. Los rostros limpios de los niños estaban radiantes como pétalos de flor, amados por igual.

—Voy a poner el diente debajo de la almohada. Me tienen que poner un cuarto de dólar.

—¿Y por qué?

—Tú lo sabes, papá. A Johnny le trajeron eso por su diente.

—¿Quién trae ese dinero? —preguntó Martin—. Yo creía que eran las hadas que lo dejaban por la noche. Aunque en mi tiempo eran cinco centavos.

—Eso es lo que dicen en el parvulario.

—Y ¿quién lo pone?

—Los padres —dijo Andy—. Tú.

Martin estaba remetiéndole la manta de la cama de Marianne. Su hija estaba ya dormida. Casi sin respirar, Martin se agachó y la besó en la frente, besó luego la manita que estaba con la palma hacia arriba, como sorprendida por el sueño junto a la cabeza.

—Buenas noches, Andy-grande.

La respuesta fue solo un murmullo soñoliento. Al cabo de un momento, Martin sacó su portamonedas y deslizó un cuarto de dólar debajo de la almohada. Dejó la lamparita de noche encendida en el cuarto.

Mientras Martin andaba por la cocina preparándose algo de comer, se dio cuenta de que los niños no habían hablado ni una sola vez de su madre, ni de la escena que les tenía que haber parecido incomprensible. Absorbidos por el momento —el diente, el baño, la moneda—, el paso fluido de su tiempo de niños había arrastrado esos episodios ligeros como hojas en la corriente rápida de un arroyo poco profundo, mientras que el enigma adulto había quedado varado en la orilla. Martin dio gracias a Dios por ello.

Pero su propia ira, escondida y reprimida, se despertó otra vez. Su juventud estaba desperdiciada por una borracha, su misma hombría minada sutilmente. Y los niños, una vez pasada la inmunidad de la incomprensión... ¿Qué pasaría dentro de un año? Con los codos sobre la mesa, comía los alimentos como un animal, sin saborearlos. No se podría encubrir la verdad. Pronto habría chismorreos en la oficina y en la ciudad; su mujer era una mujer perdida. Perdida. Y él y sus hijos estaban envueltos en un futuro de degradación y ruina lenta.

Martin empujó la mesa y se fue al cuarto de estar. Siguió las líneas de un libro con los ojos, pero su mente conjuraba tristes imágenes: vio a sus hijos ahogados en un río, su mujer hecha una desgracia por la calle. A la hora de acostarse, la rabia, sorda y dura, era como un peso en su pecho, y arrastró los pies al subir las escaleras.

El cuarto estaba oscuro, menos la rendija de luz de la puerta entreabierta del cuarto de baño. Martin se desnudó en silencio. Poco a poco, misteriosamente, ocurrió en él un cambio. Su mujer estaba dormida, su respiración tranquila se oía suavemente en la habitación. Los zapatos de tacón alto con las medias tiradas con descuido le llamaban en silencio. Su ropa interior estaba echada en desorden sobre la silla. Martin recogió la faja y el sostén de seda y los tuvo un momento en la mano. Por primera vez en la noche miró a su mujer. Sus ojos se posaron en la dulce frente, en el bello arco de las cejas. El arco que había heredado Marianne, con la curva al final de la nariz delicada. En su hijo podía rastrear los pómulos altos y la barbilla afilada. Emily tenía un cuerpo suave y ondulado, de pechos firmes. Mientras Martin contemplaba el sueño tranquilo de su mujer, el fantasma de la vieja ira se desvaneció. Todos los pensamientos de reproche o enfado estaban ahora lejos de él. Martin apagó la luz del cuarto de baño y levantó la ventana. Con cuidado, para que Emily no se despertara, se deslizó en la cama. A la luz de la luna contempló por última vez a su mujer. Sus manos buscaron la carne inmediata y la pena igualó al deseo en la inmensa complejidad del amor.

UN ÁRBOL. UNA ROCA. UNA NUBE

Llovía aquella mañana y todavía estaba muy oscuro. El niño de los periódicos había terminado casi su recorrido cuando llegó al cafetín y entró a tomarse una taza de café. Era un sitio que estaba abierto toda la noche y pertenecía a un hombre amargado y mezquino llamado Leo. Después de la calle desolada y vacía, tenía un aire simpático y alegre: junto a la barra había un par de soldados, tres tejedores de la fábrica, y en una esquina un hombre encorvado, con las narices y media cara dentro de un jarro de cerveza. El niño llevaba un casco como el de los aviadores. Cuando entró en el café se desató el barboquejo y levantó la orejera derecha sobre su orejita colorada. Casi siempre, mientras bebía el café, alguien le decía algo cariñoso. Pero esa vez Leo no le miró y ninguno de los hombres le habló. Pagó, y ya se iba, cuando una voz llamó:

—¡Chico, eh, chico!

Se volvió y el hombre de la esquina le hacía señas con el dedo llamándole. Había levantado la cara del jarro de cerveza y parecía de repente muy alegre. El hombre era largo y pálido, con una gran nariz y el pelo anaranjado marchito.

—¡Eh, chico!

El chico de los periódicos fue hacia él. Era un chiquillo escuchimizado de unos doce años, con un hombro más alto que otro por el peso del saco de periódicos. Tenía la cara chupada y pecosa y sus ojos eran unos ojos redondos de niño.

—¿Qué, señor?

El hombre puso una mano sobre los hombros del chico, luego le cogió la barbilla y le movió despacio la cara de un lado para otro. El chico retrocedió incómodo.

—Diga, ¿qué quiere?

La voz del chico era chillona. El café de pronto se quedó muy silencioso. El hombre dijo despacio:

—Te quiero mucho.

En la barra los hombres se rieron; el chico, que ya se había echado para atrás, y quería irse, no sabía qué hacer. Miró por encima del mostrador a Leo y Leo le miraba con una mueca aburrida de burla. El chico intentó reírse también, pero el hombre estaba serio y triste.

—No he querido tomarte el pelo, hijo —dijo—. Siéntate y toma una cerveza conmigo. Tengo que explicarte una cosa.

Cautamente, con el rabillo del ojo, el chico consultó con los hombres de la barra preguntándoles qué hacer. Pero ellos habían vuelto a sus cervezas o a sus desayunos y no le hicieron caso. Leo puso en el mostrador una taza de café y una jarrita de nata.

—Es menor de edad —dijo.

El muchacho trepó hasta la banqueta. Su oreja, debajo de la orejera levantada, era muy pequeña y muy colorada. El hombre asentía con la cabeza seriamente:

—Es importante —dijo. Y buscó en su bolsillo de atrás y sacó algo que enseñó en la palma de la mano para que lo viera el chico—. Míralo atentamente —dijo.

El chico miró, pero no había nada que mirar con atención. El hombre tenía una fotografía en la palma de la mano grande y mugrienta. Era un rostro de mujer, tan borroso que solamente se veían con claridad el traje y el sombrero que llevaba.

—¿Ves? —dijo el hombre.

El chico asintió y el hombre le enseñó otra fotografía. La mujer estaba de pie en una playa, en traje de baño. El traje de baño le hacía un estómago muy grande; esto era lo primero que se notaba.

—¿Has mirado bien? —Se inclinó más todavía acercándose y finalmente preguntó—: ¿La habías visto antes?

El chico estaba sentado sin moverse, mirando de soslayo al hombre.

—No, que yo sepa.

—Muy bien. —El hombre se volvió a meter las fotografías en el bolsillo—. Era mi mujer.

—¿Murió? —preguntó el chico.

Despacio, el hombre negó con la cabeza. Frunció los labios como si fuera a silbar y contestó de manera indecisa:

—Eh... —dijo—. Te explicaré.

La cerveza, en el mostrador, delante del hombre, estaba en su gran jarro oscuro. No la cogió para beber; en vez de eso se inclinó y, poniendo la cara sobre el borde, estuvo así un momento. Luego, con ambas manos, agarró el jarro y sorbió.

—Cualquier noche te vas a dormir con tu narizota dentro de un jarro y te ahogará —dijo Leo—. «Eminente forastero ahogado en cerveza». Sería una muerte muy graciosa.

El chico de los periódicos trató de hacer una seña a Leo. Cuando el hombre no miraba volvió la cabeza e hizo un gesto con la boca preguntando sin hablar: «¿Borracho?». Pero Leo solo levantó las cejas y se volvió para poner dos trozos de tocino en la parrilla. El hombre apartó de él el jarro, se irguió y juntó sus manos sueltas y huesudas sobre el mostrador. Tenía la cara triste, mirando al chico. No pestañeaba; solo, de vez en cuando, bajaba los ojos verde pálido. Estaba casi amaneciendo y el chico se cambió de hombro el peso del saco de periódicos.

—Estoy hablando de amor —dijo el hombre—. Para mí es una ciencia.

El chico se empezó a escurrir del taburete. Pero el hombre levantó el índice y hubo algo que retuvo al chico, que no le dejó moverse.

—Hace doce años me casé con la mujer de la fotografía. Fue mi mujer durante un año, nueve meses, tres días y dos noches. La quería. Sí... —Aclaró su voz ronca y dijo de nuevo—: La quería y pensaba que ella también me quería a mí. Yo era maquinista de ferrocarriles. Ella tenía todas las comodidades y lujos en casa. Nunca se me pasó por la cabeza que no estuviera satisfecha. Pero ¿sabes lo que pasó?

—¡Hummm...! —dijo Leo.

El hombre no quitaba los ojos de la cara del chico:

—Me dejó. Una noche, cuando volví, la casa estaba vacía y ella se había ido. Me dejó.

—¿Con un fulano? —preguntó el chico.

Suavemente, el hombre puso la palma de la mano sobre el mostrador.

—Claro, naturalmente, hijo. Una mujer no se escapa de esa manera, sola.

El café estaba tranquilo; la lluvia, negra e interminable, en la calle. Leo aplastó el tocino que se estaba friendo con las púas de su gran tenedor:

—Así que llevas once años persiguiendo a esa... ¡Asqueroso viejo verde!

El hombre miró a Leo por primera vez:

—Por favor, no seas grosero. Además, no te estoy hablando a ti. —Se volvió al chico y le dijo en un tono de confianza y secreto—: No vamos a hacerle ningún caso, ¿eh?

El chico de los periódicos asintió, no muy convencido.

—Fue así —continuó el hombre—. Soy una persona que se impresiona mucho con las cosas. Durante toda mi vida, una cosa tras otra me han ido impresionando: la luz de la luna, las piernas de una muchacha bonita... Una cosa tras otra. Pero la cuestión es que, cuando había disfrutado de algo, tenía una sensación extraña, como si estuviera dentro de mí andando suelta. Nada parecía llegar a terminarse ni a encajar con las otras cosas. ¿Mujeres? Ya tuve mi ración de ellas. Es lo mismo. Después, vagando sueltas en mí. Yo era un hombre que no había amado nunca.

Cerró los párpados muy despacio y el gesto fue como la caída del telón cuando termina un acto en el teatro. Cuando habló de nuevo tenía la voz excitada y las palabras venían de prisa; los lóbulos de sus orejas grandes y sueltas parecían temblar.

—Luego encontré a esta mujer. Yo tenía cincuenta y un años y ella siempre decía que treinta. La encontré en una estación de servicio y nos casamos a los tres días. ¿Y sabes cómo nos fue? No puedo ni decírtelo. Todo lo que siempre había sentido estaba reunido alrededor de esta mujer. Ya no había más cosas sueltas dentro de mí, todo estaba concluido en ella.

El hombre se calló de repente y se dio golpes en la larga nariz. Su voz se sumergió en un tono bajo, firme, de reproche.

—No lo estoy explicando bien. Lo que pasó fue esto. Ahí estaban esos sentimientos hermosos y esos pequeños placeres sueltos, dentro de mí. Y esta mujer era para mi alma algo así como una cinta de montaje. Hacía pasar por ella esos poquitos de mí mismo y salía completo. ¿Me sigues ahora?

—¿Cómo se llamaba? —preguntó el chico.

—¡Oh! —dijo él—, la llamaba Dodo. Pero eso no tiene importancia.

—¿Y trató usted de hacerla volver?

El hombre no pareció oír.

—En esas circunstancias, ya te puedes imaginar cómo me quedé cuando me dejó.

Leo cogió el tocino de la parrilla y dobló dos tajadas dentro de un panecillo. Tenía una cara gris, con ojos hendidos, una nariz de pellizco salpicada de suaves sombras azules. Uno de los obreros textiles pidió más café y Leo se lo sirvió. Leo no dejaba que repitieran gratis. El obrero desayunaba allí todas las mañanas, pero cuanto más conocía Leo a sus clientes, más tacaño era con ellos. Royó su bocadillo como si se lo escatimara a sí mismo.

—¿Y no la encontró usted nunca?

El chico no sabía qué pensar del hombre, y su cara de niño parecía incierta, con una mezcla de curiosidad y duda. Era nuevo en el recorrido de los periódicos; todavía le parecía raro estar fuera por la ciudad en la madrugada negra y extraña.

—Sí —dijo el hombre—, tomé algunas medidas para hacerla volver. Estuve por ahí tratando de localizarla. Fui a Tulsa, donde ella tenía parientes; y a Mobile. Fui a todas las ciudades que había mencionado alguna vez, buscando a todos los hombres que habían tenido alguna relación con ella. Tulsa, Atlanta, Chicago, Cheehaw, Memphis... Durante casi dos años corrí por el país tratando de encontrarla.

—Pero la pareja había desaparecido de la faz de la tierra —dijo Leo.

—No le escuches —dijo el hombre confidencialmente—. Y además olvida esos dos años. No son importantes. Lo que importa es que por el tercer año me empezó a pasar una cosa muy curiosa.

—¿Qué? —preguntó el chico.

El hombre se dobló e inclinó el jarro para beber un sorbo de cerveza. Pero mientras se agachaba sobre el jarro las aletas de la nariz le temblaron ligeramente; olfateó el olor rancio de la cerveza y no bebió.

—La verdad es que el amor es una cosa extraña. Al principio no pensaba más que en que volviera. Era una especie de manía. Luego, según pasaba el tiempo, trataba de recordarla, pero ¿sabes qué ocurría?

—No —dijo el chico.

—Cuando me tumbaba en la cama y trataba de pensar en ella, mi cabeza se quedaba en blanco. No podía verla. Y entonces sacaba sus fotografías y las miraba. Nada, no había nada que hacer. Era como si no la viera. ¿Puedes imaginarlo?

—¡Eh, compadre! —gritó Leo a través del mostrador—. ¿Puedes imaginarte la cabeza de este borracho en blanco?

Despacio, como si espantara moscas, el hombre movió la mano. Tenía sus ojos verdes fijos y concentrados en la carita chupada del chico de los periódicos.

—Pero un pedazo de cristal inesperado en la acera, o una canción de moneda en un gramófono automático, una sombra en una pared por la noche, y recordaba. A veces eso ocurría por la calle y yo me echaba a llorar y me golpeaba la cabeza contra un farol. ¿Me comprendes?

—Un trozo de cristal... —dijo el chico.

—Cualquier cosa. Daba vueltas por ahí y no tenía poder sobre cómo y cuándo recordarla. Uno cree que se puede poner encima una especie de blindaje. Pero el

recuerdo no viene al hombre así, de frente, viene por las esquinas, dando rodeos. Estaba a merced de todo lo que oía o veía. De repente, en vez de ser yo el que atravesara el país para encontrarla, empezó ella a perseguirme en mi propia alma. *Ella persiguiéndome a mí, ¡fíjate!* Y en mi alma.

El chico preguntó finalmente:

—¿Por qué parte del país estaba usted entonces?

—¡Huy! —gruñó el hombre—. Era un pobre mortal enfermo. Era como la viruela. Te confieso, hijo, que me emborraché, forniqué, cometí cualquier pecado que de pronto me apeteciera. Me avergüenza confesarlo, pero así es. Cuando recuerdo esa temporada, está todo confuso en mi mente; fue terrible.

El hombre inclinó la cabeza y pegó la frente al mostrador. Durante unos segundos estuvo así doblado, con la nuca nervuda cubierta de una pelambreira anaranjada y las manos, con sus largos dedos retorcidos, palma contra palma, en actitud de rezar. Luego el hombre se irguió; sonreía y de pronto su rostro fue un rostro radiante, trémulo y viejo.

—Pasó en el quinto año —dijo—. Y con él empezó mi ciencia.

La boca de Leo se movió con una mueca pálida y rápida:

—¡Vaya!, ninguno de nosotros se hace más joven —dijo. Luego, con furia repentina, hizo una pelota con el paño de secar que tenía en la mano y lo tiró con fuerza al suelo—: ¡Vaya Don Juan viejo con el rabo a rastras!

—¿Qué pasó? —preguntó el chico.

La voz del viejo era alta y clara:

—Paz —contestó.

—¿Eh?

—Es difícil explicarlo científicamente, hijo —dijo—. Me figuro que la explicación lógica es que ella y yo nos habíamos perseguido tanto tiempo que al fin nos hicimos un lío, nos echamos atrás y lo dejamos. Paz. Un vacío extraño y hermoso. Era primavera en Portland y llovía todas las tardes. Yo me quedaba allí, en mi cama, echado en la oscuridad. Y así me vino la sabiduría.

La luz del nuevo día teñía de azul pálido las ventanas del cafetín. Los soldados pagaron sus cervezas y abrieron la puerta; uno de ellos se peinó y sacudió sus polainas fangosas antes de salir. Los tres obreros se encorvaron en silencio sobre sus desayunos. El reloj de Leo sonó en la pared.

—Es esto. Escucha atentamente. Medité sobre el amor y saqué la conclusión. Me di cuenta de qué es lo que nos pasa. Los hombres se enamoran por primera vez. Y ¿de qué se enamoran?

La tierna boca del chico estaba medio abierta y no contestó.

—De una mujer —dijo el viejo—. Sin sabiduría, sin nada para poder ir por ahí, emprenden la experiencia más sagrada y peligrosa de este mundo. Se enamoran de una mujer. ¿Es esto, no, hijo?

—Sí —dijo el chico desmayadamente.

—Empiezan por el revés del amor. Empiezan por el punto crítico. ¿Te das cuenta de por qué es algo tan desgraciado? ¿Sabes cómo deberían querer los hombres?

El viejo alargó la mano y agarró al chico por el cuello de la chaqueta de cuero. Le sacudió suavemente y sus ojos verdes miraron hacia abajo sin pestañear, graves.

—Hijo, ¿sabes cómo debería empezarse el amor?

El chico seguía sentado, pequeño, callado, tranquilo. Poco a poco meneó la cabeza. El viejo se le acercó más y murmuró:

—Un árbol. Una roca. Una nube.

Todavía llovía fuera en la calle: una lluvia sin fin, suave y gris. La sirena de la fábrica sonó para el turno de las seis, y los tres obreros pagaron y se fueron. En el café no quedaban más que Leo, el viejo y el chico de los periódicos.

—El tiempo estaba así en Portland —dijo— en la época en que empezó mi sabiduría. Medité y empecé con precaución. Cogía cualquier cosa de la calle y me la llevaba a casa. Compré una carpa pequeña y me concentré en ella y la amé. Pasaba gradualmente de una cosa a otra. Día a día iba adquiriendo esta técnica. En el camino de Portland a San Diego...

—¡Oh, cierra el pico! —aulló Leo de repente—. ¡Calla, calla!

El viejo seguía agarrando la chaqueta del chico; temblaba y su rostro estaba muy serio, iluminado, salvaje.

—Ya hace seis años que voy por ahí solo haciéndome mi saber. Y ahora soy un maestro, hijo. Puedo amarlo todo. No tengo ya ni que pensar en ello. Veo una calle llena de gente y una luz hermosa entra dentro de mí. Miro a un pájaro en el cielo o me encuentro con un viajero en el camino. Cualquier cosa, hijo, o cualquier persona. ¡Todos desconocidos y todos amados! ¿Te das cuenta de lo que puede significar una ciencia como la mía?

El chico se sostenía, tieso, con las manos curvadas agarrando fuertemente el borde del mostrador. Al fin, preguntó:

—¿Y encontró a aquella señora?

—¿Qué? ¿Qué dices, hijo?

—Digo —preguntó tímidamente el chico—, ¿se ha vuelto a enamorar de alguna mujer?

El hombre aflojó las manos del cuello del chico. Se volvió y por primera vez asomó a sus ojos verdes una mirada vaga y dispersa. Levantó el jarro del mostrador y bebió la cerveza dorada. Meneaba la cabeza despacio, de un lado a otro. Por fin, contestó:

—No, hijo. Fíjate, es el último paso en mi ciencia. Voy con cuidado. Todavía no estoy preparado del todo.

—Bueno —dijo Leo—, bueno, bueno.

El viejo estaba de pie en el vano de la puerta abierta.

—Acuérdate —dijo. Allí, en medio de la húmeda luz gris de la madrugada, parecía encogido, andrajoso y frágil. Pero su sonrisa era luminosa—. Acuérdate de

que te quiero mucho —dijo, sacudiendo la cabeza por última vez. Y la puerta se cerró sin ruido detrás de él.

El chico no habló durante un buen rato. Se alisó el pelo sobre la frente, y pasó su dedito mugriento por el borde de la taza vacía. Después, sin mirar a Leo, preguntó:

—¿Estaba borracho?

—No —dijo Leo brevemente.

El chico levantó aún más su voz clara:

—Entonces, ¿es que toma cocaína?

—No.

El chico miró a Leo, con su carita fea desesperada y su voz chillona y urgente:

—¿Está loco, pues? ¿Crees que está chiflado? —La voz del chico de los periódicos bajó de pronto con una duda—: ¿Eh, Leo? ¿Está chalado o no?

Pero Leo no le contestó. Hacía catorce años que tenía su café nocturno y se consideraba experto en locuras. Estaban los tipos de la ciudad y también los forasteros que llegaban como si vinieran del fondo de la noche. Conocía las manías de todos. Pero no quiso satisfacer la curiosidad del niño. Contrajo su cara pálida y siguió callado.

Así, el chico se bajó la orejera derecha del casco y, volviéndose para marcharse, hizo el único comentario que le parecía seguro, la única observación que no podía ser reída ni despreciada:

—Desde luego que ha hecho la mar de viajes.



CARSON McCULLERS (Columbus, EE. UU., 1917 - Nyack, EE. UU., 1967), escritora estadounidense. En los años de su infancia en el Sur se grabaron en ella escenarios, imágenes y figuras que serán de recurrencia obsesiva en su narrativa: Los veranos ennegrecedores, los pequeños cafés, los barrios venidos a menos y los extraños personajes embrutecidos por la opresión de la vida provinciana. En su primera novela, *El corazón es un cazador solitario* (*The Heart Is a Lonely Hunter*, 1940), el tema de la incomunicación —constante fija de su mundo fantástico— encuentra una primera expresión. Pasiones incontrolables dominan el universo de *Reflejos en un ojo dorado* (*Reflections in a Golden Eye*, 1941), en la que la atracción entre los polos opuestos de la violencia y de la inocencia provocan la tragedia. En *Frankie y la boda* (*The Member of the Wedding*, 1946), el ojo adolescente de Frankie conmociona los eventos del amor y del matrimonio de que es testigo. En el volumen de cuentos *La balada del café triste* (*The Ballad of the Sad Café*, 1951), título del relato más largo que da título al libro, explora el tema del andrógino como imposible intento de unión entre los contrarios. En la última novela, *Reloj sin manecillas* (*Clock Without Hands*, 1961), McCullers afronta el tema de la muerte como espera de lo imposible, en una pequeña ciudad del Sur, desgarrada por el odio racial. De forma póstuma apareció *El corazón hipotecado* (*The Mortgaged Heart*, 1968), recopilación de cuentos juveniles. El aparato gótico de la narrativa del Sur, cargado de ecos faulknerianos, deviene, en la elaboración de McCullers, un penetrante instrumento de indagación existencial.